

Inés Díaz Arriero

MI FUTURO EN UNA CAJA

Copyright

EDICIONES KIWI, 2018

info@edicioneskiwi.com

www.edicioneskiwi.com

Editado por Ediciones Kiwi S.L.



EDICIONESKIWI

Primera edición, abril 2018

Copyright © 2018 Inés Díaz Arriero

Copyright © de la cubierta: Borja Puig

Copyright © de la foto de cubierta: shutterstock

Corrección: Mercedes Tabuyo

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Nota del Editor

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Índice

[Copyright](#)

[Nota del Editor](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[CAPÍTULO 33](#)

[CAPÍTULO 34](#)

[CAPÍTULO 35](#)

[CAPÍTULO 36](#)

[CAPÍTULO 37](#)

[CAPÍTULO 38](#)

[CAPÍTULO 39](#)

[CAPÍTULO 40](#)

[CAPÍTULO 41](#)

[CAPÍTULO 42](#)

[CAPÍTULO 43](#)

[CAPÍTULO 44](#)

[CAPÍTULO 45](#)

[CAPÍTULO 46](#)

[CAPÍTULO 47](#)

[Capítulo 48](#)

[CAPÍTULO 49](#)

[CAPÍTULO 50](#)

[CAPÍTULO 51](#)

[CAPÍTULO 52](#)

[CAPÍTULO 53](#)

[CAPÍTULO 54](#)

[CAPÍTULO 55](#)

[CAPÍTULO 56](#)

[CAPÍTULO 57](#)

[CAPÍTULO 58](#)

[CAPÍTULO 59](#)

[CAPÍTULO 60](#)

[CAPÍTULO 61](#)

[CAPÍTULO 62](#)

[CAPÍTULO 63](#)

[CAPÍTULO 64](#)

[CAPÍTULO 65](#)

[CAPÍTULO 66](#)

[CAPÍTULO 67](#)

[EPILOGO](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

Con todo mi amor, a mis abuelitos, Tito, María, Julio y Carmen.

Sin las «historietas de abuelo» que me contaban no habría podido escribir esta novela.

LEIRE, TU ALERTA DE EMPLEO CON NUEVAS OFERTAS...

Ubicación: Villagmitos de Tuétano

Descripción de la oferta: Debido al envejecimiento de la población, el Excmo. Ayuntamiento de Villagmitos de Tuétano pone en marcha una primera convocatoria para incorporar a su plantilla jóvenes que se encarguen de hacer compañía y ayudar a nuestros vecinos más mayores en las tareas domésticas y actividades cotidianas.

Perfil: Buscamos personas menores de veintiséis años, responsables y con aptitudes sociales. No se necesitan estudios ni experiencia. Valorable saber cocinar.

Funciones: Cada uno de los seleccionados compartirá casa con la persona a su cargo. Deberá ocuparse de ayudarla en las tareas domésticas y acompañarla tanto en su domicilio como en el exterior de él. El horario es de jornada completa, pero el asistente tendrá tiempo libre siempre que el asistido se lo permita. Además, dispondrá de dos fines de semana libres al mes y tres noches a la semana.

El Ayuntamiento proporcionará la retribución económica correspondiente a las labores anteriormente indicadas.

Requisitos: Disponibilidad para cambiar de domicilio y trabajar a jornada completa. Perfecto dominio del castellano.

Número de plazas disponibles: 15

Y así empezó todo...

CAPÍTULO 1

La entrevista

Por aquel entonces tenía veinticuatro años, hacía uno que había terminado la carrera de Comunicación Audiovisual y estaba a punto de entregar mi proyecto de fin de máster sobre el tratamiento de las bandas sonoras en los documentos audiovisuales. Mi único contacto con el mundo laboral hasta el momento se había limitado a algunas navidades envolviendo paquetes en la tienda de ropa de bebé de mis tíos. Sobra decir que todavía vivía en casa de mis padres y que mis pocos caprichos salían de sus bolsillos.

Empezaba a estar desesperada, lo reconozco. La crisis económica estaba afectando duramente a mi país y los jóvenes estábamos condenados a emigrar si queríamos recuperar la esperanza y buscar un futuro en el que ser felices.

Era verano y andaba yo en esas cavilaciones, reflexionando sobre cuál sería el mejor destino, cuando por casualidad me encontré con aquella oferta de trabajo tan poco usual. Confieso que no me detuve a pensarlo y le di al botón de inscribirme, convencida de que, como siempre, ni siquiera se molestarían en llamarme.

Sin embargo, un par de semanas después, en la pantalla de mi teléfono móvil apareció un número desconocido de esos tan largos.

—Buenos días, quería hablar con Leire Álvarez —dijo una voz de mujer al otro lado de la línea.

—Sí, soy yo.

—Hola, Leire. Te llamo con relación a la oferta de empleo en el Ayuntamiento de Villagamitos de Tuétano. Hemos recibido tu currículum y nos gustaría hacerte una entrevista para conocerte un poco mejor.

—Claro —respondí de manera mecánica, mientras registraba mi memoria en busca de la información que necesitaba para continuar la conversación. Como me había apuntado a tantísimas ofertas durante las últimas semanas, me costó bastante caer en la cuenta de a qué se refería

aquella mujer.

—Estupendo. ¿Qué te parece mañana por la mañana? ¿A esos de las once?

—Sí. Vale —murmuré, justo antes de que mi interlocutora comenzara a recitar la dirección a la que debía acudir. La anoté en una esquina de un papel que encontré sobre la mesa y le di las gracias.

—Hasta mañana a las once, entonces.

Cuando colgué el teléfono, empecé a sentir una extraña pesadez en el estómago. Tomé el portátil y me senté en la cama. Abrí Google y tecleé con rapidez las tres palabras. «Villagamitos de Tuétano es un municipio de la comarca de La Revoltosa, en la provincia de bla, bla, bla...». Seguí paseando los ojos por las letras a toda velocidad. «Tiene una superficie de veintinueve kilómetros cuadrados y cuenta con una población de 136 habitantes empadronados a fecha del último censo». ¡Ahí es donde yo quería llegar! ¿136 habitantes? ¡Pero ¿dónde me había metido?! Yo, mujer de ciudad de toda la vida, acostumbrada a las prisas y a las carreras para tomar el transporte público en el que los viajeros van como sardinas enlatadas; con los pulmones hechos al humo y la contaminación; con los oídos adiestrados para soportar el incesante ruido de los cláxones y la música de los *pubs* a todo volumen... ¿Qué iba a hacer en un pueblo casi desierto y perdido en medio de la nada? Durante un momento, entré en estado de pánico. No obstante, enseguida conseguí relajarme.

—No van a cogirme —me dije.

No era la primera vez que asistía a una entrevista de trabajo en la que, a pesar de asegurarme que me llamarían, después jamás lo hacían. Además, pensaba que en cuanto la entrevistadora viera mi melena, irregular y teñida de rojo anaranjado, se dejaría llevar por los prejuicios y tomaría una decisión. Pero no fue así.

Cuando llegué al lugar de la cita, me recibió una mujer de unos sesenta años, con el pelo corto y canoso. Llevaba unas gafas rectangulares sujetas en la punta de la nariz y una carpeta de color verde en una mano. Me tendió la que le quedaba libre y me invitó a pasar a una pequeña salita amueblada con solo una mesa y cuatro sillas tapizadas en un azul muy feo.

—Eres Leire Álvarez, ¿verdad?

Asentí.

Después, empezó a hacerme todo tipo de preguntas. Que qué había estudiado. Que si tenía experiencia en el cuidado de personas mayores o niños. Que si tenía abuelos o tíos mayores en mi familia. Que si tenía alguna noción de primeros auxilios. Que qué me gustaba hacer en mi tiempo libre. Que si estaba dispuesta a cambiar de residencia. Que qué me parecía la iniciativa del Ayuntamiento. Que por qué estaba interesada en la oferta... Y aunque me sentí un poco perturbada ante tal interrogatorio, respondí a todo con la mayor sinceridad posible; era un puesto demasiado serio como para intentar mentir.

—Perfecto, Leire —dijo la mujer, dando por finalizada la entrevista—. ¿Tienes alguna duda?

—Sí, bueno... —farfullé. No tenía muy claro que lo que iba a preguntarle fuera lo que ella esperaba, pero aun así lo solté—. ¿Podría llevarme mi bajo? Ya sabe... es como una guitarra...

La mujer esbozó una sonrisa exagerada. Creo que incluso estuvo a punto de echarse a reír.

—Tranquila. En el caso de que fueras seleccionada, trataríamos de buscarte una compañera aficionada a la música —respondió, justo antes de hacer una anotación en su carpeta.

Tras más de media hora de conversación, nos despedimos.

—Volveremos a hablar pronto —aseguró mientras me estrechaba la mano—. Esperamos tener cerrado todo en un plazo de diez días, porque queremos que los seleccionados se incorporen cuanto antes.

Yo asentí y le di las gracias de nuevo, asumiendo que aquello no era más que una frase hecha. Sin embargo, tal y como prometió, una semana después recibí una nueva llamada suya.

—Hola, Leire. Te llamo para comunicarte que has sido seleccionada para cubrir una de las plazas ofertadas. Me he reunido con los responsables de Recursos Humanos de las demás provincias y hemos decidido que nos gustaría contar contigo. Si sigues interesada, tendríamos que vernos el próximo lunes para explicarte de forma detallada las condiciones del contrato.

La voz cantarina de la mujer me llegaba amortiguada, como si emanara

de algún submundo onírico.

—Pero... ¿cuándo tendría que irme? —pregunté con voz temblorosa. Estaba contenta, claro, pero la sorpresa me había dejado un poco aturdida.

—La llegada va a ser escalonada para que un asistente social pueda acompañaros hasta vuestras correspondientes casas y hacer las presentaciones. —Me explicó la mujer—. Si no tienes ningún inconveniente al respecto, nos gustaría que estuvieses allí el trece de septiembre.

En aquel preciso instante, el pánico se apoderó de mí. Apenas quedaban tres semanas para la fecha indicada y yo no le había dicho nada a nadie. Ninguna de las personas que me rodeaban tenía ni la más mínima idea de que había solicitado semejante trabajo.

El lunes siguiente me reuní con la entrevistadora en la misma salita de la primera vez. Leímos el contrato juntas, punto por punto, hasta estar seguras de que había entendido todas las cláusulas. Antes de firmar, la mujer de pelo canoso me mostró una fotografía de la que dentro de unas semanas se convertiría en mi compañera de piso.

—Se llama Federica y le gusta muchísimo la música. Estará encantada de escucharte tocar —comentó, con una sonrisa en los labios.

Le devolví el gesto para agradecerle el detalle de haber recordado lo del bajo. Después, tomé la fotografía para observarla mejor.

Federica era una abuelita menuda, con el pelo rizado totalmente blanco y unos húmedos ojos azules, que sonreía a la cámara. Enseguida me despertó una ternura infinita.

—Tiene ochenta y seis años. Su marido falleció hace cinco y desde entonces vive sola en una casa demasiado grande para ella. No tiene familia, pero ya verás que es una mujer muy animada. Seguro que os lleváis de maravilla.

No sé si fue la sonrisa pura de la anciana o la admiración que se desprendía del tono que la entrevistadora utilizaba al hablar de ella, pero en aquel momento la certeza de que tenía que aceptar el puesto cayó sobre mí con la fuerza de un tornado. Tomé un bolígrafo azul que descansaba sobre la mesa y, totalmente decidida, firmé el contrato que me unía al principio de una nueva e inesperada vida.

CAPÍTULO 2

Despedidas

Odio las despedidas. Siempre las he odiado y creo que el que las inventó merece que lo quemem vivo en una hoguera.

Los días siguientes a la firma del contrato fueron un completo torbellino de sentimientos, discusiones, carreras y lágrimas. Tenía apenas tres semanas para explicarle a todo el mundo lo que había pasado, despedirme de ellos y preparar mi equipaje. ¡Era una locura!

Los primeros en recibir la noticia fueron mis padres. No tenía ni idea de cómo se lo iban a tomar y al final la situación resultó bastante extravagante. Mi madre comenzó a llorar como una Magdalena.

—¡Hay que ver lo deprisa que pasa el tiempo! Si parece que fue ayer cuando te cambiaba los pañales. Eras un bebé tan llorón... y siempre tenías que llevar babero... Y ya te quieres ir de casa. ¿Qué voy a hacer yo sin ti? —exclamaba entre lágrimas. La última frase la repitió unas cuantas veces, elevando cada vez más el tono dramático de la voz.

—Han pasado ya veinticuatro años, mamá —dije, intentando poner un poco de sentido común a la escena.

Pero no surtió demasiado efecto, pues ella continuó llorando y compadeciéndose en voz alta de lo deprisa que estábamos envejeciendo todos.

Lo de mi padre fue otro cantar, el polo opuesto, a decir verdad. Lo único que le faltó fue ponerse a dar saltos y a bailar la conga en calzoncillos por el pasillo de casa. Pero entendí de sobra su reacción. Para él, cualquier cosa que me separase de Luis, mi novio por aquel entonces, habría sido la mejor de las noticias. Y si además implicaba que yo por fin tuviera un trabajo, muchísimo mejor. Estoy segura de que si le hubiese dicho que me había enrolado en la marina y que mi primera misión me llevaría hasta la Antártida, él habría comenzado a llorar como un bebé, embargado por una alegría incomparable.

Pero no hizo nada de eso, porque mi padre es un ser práctico y sensato. Así que, aun conmovido por la felicidad de saber que «las sucias manazas de Luis» no volverían a tocarme durante una larga temporada, se limitó a propinarme unas palmaditas en la espalda mientras me daba la enhorabuena.

Pero si mi madre se lo tomó mal, ni siquiera conozco palabras adecuadas para describir la reacción de Luis. Al principio se quedó muy serio, mirándome en silencio con expresión de no haber entendido ni una sola de mis palabras. Pero después empezó la tormenta de gritos, insultos e improperios acerca de la tercera edad.

—¡Venga ya, tía! ¿No ves que es ridículo que me dejes para irte a dar de comer a una vieja al borde de la muerte? ¡Eres patética!

Su ataque me sentó como una patada en el estómago y me entraron ganas de estrangularlo.

—¡Cállate! ¡Nadie, y mucho menos tú, tiene derecho a decirme lo que puedo o no puedo hacer con mi vida! —respondí, gritando más que él.

Y aquello fue el inicio de una guerra dialéctica que terminó media hora después, cuando Luis se dio media vuelta y comenzó a andar a grandes zancadas.

—¡No te preocupes! —me chilló desde lejos—. ¡Mañana mismo me estaré comiendo a una tía que esté mucho más buena que tú, mientras a ti no te rodearán más que viejos en un pueblucho de mala muerte!

Lo insulté a voz en grito varias veces, hasta que estuve segura de que se había alejado lo suficiente como para no oírme. Me gustaba tener siempre la última palabra en ese tipo de discusiones.

Confieso que dos minutos más tarde estaba cuestionándome qué clase de droga me habrían echado en el calimocho la noche en que decidí liarme con él por primera vez. Y lo más inquietante de todo... ¿cómo había sido capaz de soportarlo durante tanto tiempo? En fin... misterios de la existencia humana. La vida está llena de errores estúpidos.

Y, después de todo, todavía me quedaba la parte más dura: decírselo a mis colegas musicales. Desde hacía algo así como dos años cantaba y tocaba el bajo en un grupo: The Frozen Armadillos. Sí, lo sé, era un nombre un poco tonto, pero a nosotros nos gustaba y lo pasábamos muy bien juntos. Hacíamos una mezcla de punk y pop algo singular, y de vez en cuando

actuábamos en locales pequeños ante una veintena de personas. El grupo lo formábamos cuatro miembros: Martina a la batería, Xavi como la voz principal, Edy con la guitarra y yo haciendo coros y tocando el bajo. Todavía hoy sigo echándolo de menos y, cuando miro hacia atrás, la época en el grupo me parece una de las mejores de mi vida.

Me resultó tan doloroso despedirme de ellos... Lo recuerdo con todo detalle. Llegué al garaje del padre de Martina, donde solíamos reunirnos para ensayar, y durante toda la sesión di lo mejor de mí. Canté y toqué disfrutando de cada acorde, saboreando cada nota como si fuera la última y tratando de retener cada segundo para conservarlo en mi memoria para siempre. Cuando terminamos, les pedí que se sentaran un momento.

—Chicos, tengo que daros una noticia —anuncié, después de tragar saliva para deshacer el nudo que se me había formado en la garganta—. Dejo el grupo.

—¿Qué?! —exclamaron los tres a la vez, sorprendidos y perplejos a partes iguales.

—¿Qué tontería estás diciendo, Leire? —preguntó Martina al tiempo que se ponía en pie para acercarse hasta mí.

—¡No puedes dejarlo! ¿Se te ha ido la olla?

Los tres empezaron a hablar a la vez y sus razones para que yo permaneciera en el grupo se entremezclaron formando un revoltijo de palabras inconexas.

—He encontrado trabajo. Tengo que mudarme —expliqué en cuanto percibí una grieta entre sus voces. Ellos guardaron silencio de inmediato y, en cuanto les conté el resto de la historia, lo comprendieron perfectamente.

Martina rompió a llorar y me abrazó, aun a sabiendas de que yo no era muy propensa a ese tipo de muestras de afecto. Por una vez hice una excepción y le devolví el abrazo; ella era la única amiga de verdad que tenía. Un momento después, todo el grupo estaba reunido en una piña de esas que solíamos hacer antes de los conciertos para infundirnos ánimos los unos a los otros, una muestra de camaradería que estaba segura de que nunca más volvería a repetirse.

El trece de septiembre, de madrugada, cuando las calles todavía no estaban puestas, mis padres me acompañaron a la estación del tren. Tenía por

delante un viaje de casi tres horas hasta la capital de la provincia y luego otras dos en autobús hasta Villagamitos de Tuétano. Allí, la asistente social me recogería para llevarme a mi nuevo hogar.

Me despedí de mis padres en el andén. Mi madre me besó tropecientas veces hasta dejarme la cara enrojecida. Mi padre me abrazó y me metió un billete de 100€ en el bolsillo del pantalón. Subí al tren, busqué mi asiento y acomodé mis maletas en el lugar reservado para el equipaje. Después, me senté y miré por la ventanilla. Al otro lado pude ver a mi madre llorando a moco tendido mientras mi padre le rodeaba los hombros con el brazo. Entonces tuve un momento de debilidad y noté como los ojos se me llenaban de lágrimas. Creo que fue en ese preciso instante cuando por primera vez fui consciente de lo que estaba haciendo, de que en cuanto aquel tren iniciara su marcha mi vida cambiaría por completo y dejaría atrás todo lo que había sido hasta entonces.

Saludé una última vez con la mano y aparté la mirada de la ventanilla. Para distraerme de mis pensamientos, traté de concentrarme en observar a los viajeros con los que compartiría el trayecto. Casi todos ellos mostraban un semblante somnoliento e incluso algunos ya se habían entregado a los brazos de Morfeo.

Unos minutos más tardes, un pitido insistente anunció que las puertas de los vagones estaban cerrándose. El tren empezó a avanzar muy despacio y yo aproveché para dedicar una última mirada a mis padres, que me decían adiós con la mano desde el andén. Les respondí con una sonrisa, intentando tranquilizarlos y hacerles ver que todo iría bien.

Cuando el tren empezó a coger velocidad, saqué de la mochila mi iPod y me puse los auriculares. El viaje no había hecho más que empezar.

CAPÍTULO 3

El viaje

El trayecto en tren no estuvo del todo mal. Como no tuve compañero de asiento en todo el viaje, pude estirarme a mi antojo y removerme sin miedo a molestar a nadie. En el vagón reinaba un acogedor silencio y los primeros rayos del sol empezaban a colarse por las ventanillas. Algunos viajeros bajaron las cortinas para ocultarse de la luz, pero yo la mantuve abierta; me gustaba sentir que el astro rey me calentaba la cara. Y así, mecida por el suave traqueteo del vagón, entré en un estado de sopor en el que a duras penas conseguía controlar el peso de los párpados. Di varias cabezadas, pero enseguida me despertaba sobresaltada por cualquier mínimo ruido. A pesar de la larga distancia que recorrimos, fue una travesía bastante cómoda.

Sin embargo, el viaje en autobús fue otro cantar. Era un vehículo más bien reducido, con unas veinte plazas nada más. Los asientos eran muy pequeños y tan duros que me resultó imposible encontrar una postura medianamente cómoda antes de llegar a mi destino. Por no hablar del sufrimiento añadido que tuve que soportar al verme obligada a depositar mi bajo en el compartimento para equipajes que había en la parte inferior del autobús.

—Por favor, ¿puedo llevarlo en las rodillas? —le supliqué al conductor antes de subir, mientras aferraba la funda del instrumento entre los brazos como si fuera un bebé.

—Lo siento —respondió él con tono severo—. Son normas de seguridad. Todos los bultos deben ir en el compartimento reservado para ello.

—Pero...

—Si tuviéramos un accidente podría provocar daños a otro pasajero y la responsabilidad sería solo mía. Son las normas. Lo siento.

Y con aquellas últimas palabras me dejó claro que el asunto no era negociable, así que no tuve más remedio que resignarme y cruzar los dedos

para que llegara sano y salvo.

Los paisajes que se me presentaban a través de la ventanilla se volvían cada vez más opuestos a lo que yo estaba acostumbrada a ver en mi día a día. Árboles enormes enmarcaban la carretera y se intercalaban con amplias extensiones de terreno habitado por vacas y ovejas. Los colores grises de la ciudad hacía mucho rato que habían desaparecido para dar paso a una gran gama de tonalidades verdes, marrones y amarillas. ¡Incluso pude ver algún cervatillo dando brincos entre los matorrales! Apenas se veían viviendas y las que había eran pequeñas casitas solitarias con aspecto de haber sido construidas siglos atrás.

De vez en cuando atravesábamos algún pequeño pueblito de esos en los que no se tarda más de dos minutos en recorrer el espacio que separa los carteles de bienvenida y despedida. Eran esos típicos pueblos con una calle principal empedrada y llena de baches, en los que los habitantes abandonan todas sus tareas para observar con atención cada vez que un vehículo pasa por allí rompiendo la quietud del lugar durante un instante. Supongo que la llegada del autobús era algo así como un ritual para ellos, porque en todas y cada una de aquellas aldeas, los lugareños elevaban su bastón a nuestro paso a modo de saludo. Aquello me hizo sonreír.

Cuando llevábamos dos horas y diez minutos de viaje, el vehículo se detuvo en el arcén de la carretera. El conductor anunció que habíamos llegado a Villagamitos de Tuétano y se apeó conmigo para ayudarme a recoger el equipaje. Examiné con mimo la funda de mi bajo y palpé con cuidado el interior para asegurarme de que no había sufrido ningún desperfecto. Después, le di las gracias al chófer y él regresó a su puesto. Vi como el autobús se alejaba por la estrecha carreterucha, dejando una nube de polvo tras él.

Miré a mi alrededor y me percaté de que estaba plantada en medio de una carretera, rodeada de vegetación y sonidos campestres, pero sin rastro aparente de vida humana. Comprobé mi teléfono móvil: sin cobertura.

—Perfecto —mascullé.

Durante un momento entré en pánico. Me imaginaba a mí misma vagando entre la naturaleza, teniendo que construirme una cabaña con ramitas y alimentarme de hojas de árboles. Seamos sinceros: no duraría ni

cinco minutos perdida en el campo.

Por fortuna, enseguida apareció por la carretera un monovolumen gris que se detuvo a mi lado. La ventanilla del conductor se abrió y tras ella apareció una mujer de mediana edad.

—Eres Leire, ¿verdad? —me preguntó, casi sin mirarme, mientras detenía el motor. A continuación se bajó del coche y me tendió la mano—. Soy Dolores, la asistente social del Ayuntamiento. Siento muchísimo el retraso, pero he tenido un pequeño problema de última hora.

—No pasa nada —respondí un poco abrumada—. En realidad, acabo de llegar.

Una vez hechas las presentaciones, empezamos a cargar mi equipaje en el maletero del coche.

—El pueblo está a unos dos kilómetros —me explicó Dolores—. Lo que pasa es que el autobús no accede hasta allí porque como está un poco apartado de la carretera principal supondría un rodeo muy grande para el resto de los viajeros.

Asentí con la cabeza. Estupendo. Si aquello era la carretera principal, no quería ni imaginarme cómo serían las secundarias.

Recorrimos unos metros por aquella carretera, volviendo hacia atrás por donde acababa de pasar con el autobús, y giramos a la derecha para entrar en una calzada tan estrecha que por un momento pensé que circulábamos campo a través. Durante todo el trayecto, Dolores fue contándome cosas del pueblo y anécdotas de sus vecinos. Yo mientras tanto rezaba para que no nos encontrásemos a ningún vehículo en dirección contraria.

—Ya llegamos —me avisó unos minutos más tarde.

En ese punto, la carretera se ensanchaba bastante. En el arcén izquierdo había un restaurante de carretera con un gran letrero que anunciaba que disponían de habitaciones para pernoctar. Nada más verlo, me pregunté si alguna vez habrían tenido clientes.

A la derecha de la carretera empezaba una calle muy empinada que subía hasta el pueblo. La cuesta desembocaba en una especie de minirrotonda que atajamos pasando por el mismísimo centro. Allí, el asfalto había dejado paso a un suelo empedrado que hacía que el coche se balanceara un poco. A ambos lados de la calle había casitas bajas, como mucho de dos pisos de

altura, todas ellas con una cortina colgando del umbral de la puerta. Aquellas coloridas telas daban una imagen de alegría a las calles.

Continuamos avanzando a muy poca velocidad y pasamos por delante de la plaza Mayor. La pobre plaza no hacía demasiado honor a su nombre, ya que no era especialmente grande ni pomposa, pero en ella se encontraba el pequeño edificio que albergaba el Ayuntamiento.

Seguimos atravesando calles diminutas hasta que el coche se detuvo y Dolores apagó el motor.

—Aquí es —me dijo, justo antes de abrir la portezuela y apearse del vehículo.

La casa que me había señalado no era diferente a las demás. Tenía dos alturas, estaba construida con piedra gris y el tejado era de tejas rosadas. Las dos ventanas eran de color marrón y en el piso de arriba había una pequeña terraza. De la puerta colgaba una cortina con un estampado de lunares de vivos colores y junto a ella había un pequeño banco de piedra. Tenía ante mis ojos una perfecta estampa rural.

Dolores desapareció en el interior de la casa antes de que yo tuviera tiempo siquiera de abandonar el asiento del copiloto. Resoplé y me dispuse a sacar mis pertenencias del maletero mientras me preguntaba qué me tendría reservado el futuro al otro lado de aquella cortina.

CAPÍTULO 4

Federica

La puerta de la casa desembocaba directamente en una gran estancia que cumplía la función de salón comedor. Un sofá de madera presidía la sala. Tenía el asiento cubierto por una tela azul marino con pequeños motivos negros y enfrente de él había una enorme televisión, de las de antes, coronada por una muñeca con traje de faralaes sobre un tapete de ganchillo blanco. También había una mesa redonda con cuatro sillas y un antiguo aparador, todo ello de madera oscura. Por último, un pequeño silloncito tapizado con un estampado floral de tonos amarillos completaba el decorado. En la habitación había dos puertas además de la de entrada, una a la derecha y otra al fondo, y en la esquina izquierda, unas estrechas escaleras que conducían al piso superior.

Federica estaba de pie en el centro del salón, apoyada en un andador y con una enorme sonrisa dibujada en la cara. Como ya había podido apreciar en la fotografía que me mostró la mujer que me hizo la entrevista, Federica era una mujer bajita y menuda. Tenía el cabello blanco como la nieve, corto y con unos envidiables rizos. Los años habían tallado numerosos surcos en su piel, pero tras los cristales de sus gafas se podían ver unos ojos azules que conservaban aún el aire pícaro de una niña traviesa. Llevaba puesto un vestido abotonado de manga corta y de color negro con florecitas rojas. La oscuridad de la tela hacía que pareciera todavía más pequeña. Pero lo que más me llamó la atención de ella fue el hecho de que en su cuello no hubiera ni rastro de los típicos relicarios religiosos que suelen llevar las abuelas.

Me acerqué para saludarla, un poco indecisa. No sabía cuál era la forma adecuada de hacerlo. ¿Darle la mano? ¿Dos besos? Al final, fue Federica quien tomó la iniciativa.

—Bienvenida a casa, moza —dijo con tono jovial y vocecita dulce—. Me alegra tenerte aquí por fin.

—Gracias —respondí, aún sin tener muy claro qué era lo que debía hacer.

—Espero que te encuentres cómoda. Puedes considerar esta como tu propia casa y hacer lo que te venga en gana —continuó ella con toda la naturalidad del mundo, como si estuviera recibiendo gente en su casa todos los días—. Y, a propósito, Leire, no quiero ser descarada, pero tienes una melena muy bonita.

De forma inconsciente, me llevé la mano a la cabeza. Aquel cumplido me hizo sonreír y consiguió relajarme un poco.

—Bueno, bueno, como veo que todo va estupendamente, creo que es hora de que os deje a solas para que puedas instalarte —intervino Dolores—. La semana pasada estuvo aquí un vecino del pueblo haciendo algunos arreglillos en el piso de arriba porque Federica lleva mucho tiempo sin poder subir.

—Yo estoy bien, no creas, pero esas escaleras son el mismísimo demonio. ¡Tan estrechas y tan altas! —aclaró la anciana—. Pero el chico de Anselmo es un mozalbete bien servicial. Ayer mismo volvió para echar unas últimas composturas. Pero a pesar de todo sigue siendo un hombre, así que, moza, no te asustes si arriba está todo manga por hombro.

Yo dirigí una mirada furtiva a las escaleras y me temí lo peor. Supuse que iba a tocarme hacer una limpieza a fondo nada más llegar.

—No se preocupe —respondí—. Ahora lo veo y pongo orden enseguida.

—¡Por mi Marciano, que en paz descanse, tutéame que no soy tan vieja! —exclamó Federica algo molesta.

Dolores soltó una carcajada y me explicó que la habitación que habían reservado para mí estaba según subía por la escalera a mano izquierda. Me entregó una tarjeta con su número de teléfono por si necesitábamos algo y se despidió de Federica con dos besos en las mejillas. En cuanto ella desapareció tras la cortina de colores, la anciana se limpió con disimulo los mofletes con el dorso de la mano.

—No te vayas a pensar que soy una descastada —se defendió—. Yo le daba muchos besos a mi Marciano, que en paz descanse, pero eso de ir repartiéndolos a diestro y siniestro no me gusta nada. Seguro que donde tú vives es una moda de esas nuevas, ¿a que sí?

Me sorprendió encontrar, por primera vez en mucho tiempo, a alguien que pensase igual que yo en ese sentido.

—Sí que lo es —confirmé—. Pero a mí tampoco me gusta.

Federica esbozó una ligera sonrisa, caminó despacio hasta el silloncito de flores, se sentó y encendió la televisión.

—Perdona que no te enseñe la casa, pero ya ves que ahora no me muevo tan deprisa como antes. Fisgonea todo lo que quieras. Yo te espero aquí.

Asentí y enseguida me puse en marcha, dispuesta a iniciar la excursión por mi nuevo hogar.

CAPÍTULO 5

La casa

Dejé a Federica sentada en su sillón, mirando en la tele un programa americano de crímenes sin resolver, y me dispuse a explorar el primer piso de la casa.

Tras la puerta que tenía a mi derecha, se escondía el dormitorio de la anciana. Era una habitación bastante amplia con una cama de matrimonio en el centro con estructura de hierro labrado. Estaba cubierta por una colcha de color turquesa y sobre la almohada descansaba un muñeco bastante feo con cuerpo de trapo, una enorme sonrisa dibujada en la cara de plástico, pelo de estropajo y vestido con un traje de color rojo. Lo tomé con cuidado y me di cuenta de que en la espalda tenía una abertura en la que Federica guardaba su camión.

Sin duda, lo más llamativo de la habitación era un precioso tocador de madera que había junto a la pared, coronado por un espejo ovalado y con su banquito a juego. Me recordaba a un mueble de lujo de la típica casa de muñecas que venden por fascículos en el kiosco. Adosado al dormitorio había un pequeño cuarto de baño que, por su ubicación, supuse que había sido construido cuando la mujer dejó de poder acceder al piso superior.

Volví a pasar por el salón, donde Federica continuaba enfrascada en los misteriosos crímenes, y crucé la otra puerta para encontrarme en la cocina de la vivienda, que, sin faltarle de nada, conservaba la esencia de las casas antiguas. Los muebles eran de madera pintada de color azul y la pared estaba cubierta por baldosines de un amarillo muy suave. El fregadero era redondo y la placa para cocinar funcionaba con gas. En un extremo había una puerta pequeña de madera que conducía al patio de la casa. El terreno era bastante grande y contaba con algunos árboles de los que colgaban pequeños frutos de color verde. No tenía ni idea de lo que podían ser porque estaba acostumbrada a ver las frutas y verduras en los expositores del supermercado,

limpitas y brillantes, así que decidí que más tarde se lo preguntaría a Federica.

Me adentré un poco más en el patio y, tras una puerta mal cerrada de malla metálica, me encontré con tres gallinas, un gallo y cuatro conejos. Me incliné un poco sobre la puerta para ver mejor, pero no entré: me daba miedo que las aves me atacaran y terminara tuerta para lo que me quedaba de vida. Además, tampoco tenía especial interés en acercarme a ellas.

Pasé por el salón una vez más antes de subir al segundo piso. Para mi sorpresa, la estancia en la que desembocaba la escalera era una especie de biblioteca. La luz entraba a raudales por una ventana construida en el tejado, y todas las paredes, excepto una, estaban cubiertas por estanterías repletas de libros. Había ejemplares de todos los tamaños y colores. Paseé el dedo índice por los lomos de los que tenía más cerca, a la vez que leía los títulos. Algunos los conocía, otros no.

Estuve tentada de repasar uno por uno todos los volúmenes de la biblioteca, pero entonces el armario cerrado que ocupaba la última pared captó toda mi atención. Caminé despacio hasta él y abrí una de sus puertas, haciendo que rechinara de forma tétrica. En su interior, el viejo mueble escondía un precioso tesoro: en la balda que quedaba a una altura más accesible había un gramófono antiguo. Lo acaricié con sumo cuidado preguntándome si aún funcionaría y si Federica me permitiría utilizarlo algún día. El resto del armario estaba completamente lleno de discos. No me paré a contarlos, pero a simple vista me pareció que habría por lo menos una centena de ellos.

Me quedé un rato allí, admirando todo lo que me rodeaba. No lo había visto todo aún, pero parecía bastante obvio que aquel iba a convertirse en mi lugar preferido de la casa. Si el paraíso existía, tenía que parecerse bastante a aquella habitación.

CAPÍTULO 6

Mi habitación

Debo reconocer que cuando por fin entré en mi habitación, me llevé una muy grata sorpresa. Era un cuarto pequeño, pero no le faltaba de nada. ¡Incluso tenía mi propio balconcito! Según entrabas, a mano derecha, había un armario de madera de dos hojas y justo enfrente estaba la cama, con su correspondiente mesita de noche. En la esquina, al lado de la puerta del balcón, había un pequeño escritorio de madera y una silla sobre la que reposaba un cojín con un estampado muy otoñal.

«No es un hotel de cinco estrellas, pero no está mal», pensé mientras inspeccionaba cada rincón de mi nuevo dormitorio.

Lo que más me sorprendió, después de las advertencias de Federica, fue lo limpio que estaba todo. Incluso, sobre la cama, había un pequeño manojito de margaritas; pero no de esas margaritas chuchurridas y diminutas que crecen dispersas en los parques de la ciudad, sino unas margaritas grandes y bonitas. Aquello me hizo sonreír y espantó un poco la morriña que empezaba a sentir al haberme quedado en aquella casa.

Paradójicamente, al pensar en ello, el estómago me dio una dolorosa voltereta. Creo que en aquel momento, por segunda vez en el día, caí en la cuenta de lo que estaba sucediendo en mi vida. De hecho, me daba la sensación de que aquella ni siquiera era ya mi vida. Lo justo habría sido que en ese momento yo estuviera trabajando en algo relacionado con mis estudios, viviendo en mi propio apartamento, haciendo música con mi grupo y disfrutando de mi juventud. Y, sin embargo, allí estaba, sentada en una cama que no era la mía, en una habitación que no estaba en mi casa y en un pueblo a cientos de kilómetros de mis seres queridos. ¡Maldita crisis!

Saqué del bolsillo mi teléfono móvil con intención de llamar a mis padres para avisarlos de que había llegado bien, pero no había cobertura. Me levanté de la cama y recorrí la habitación de puntillas y con el brazo en alto,

pero en la pantalla del aparato no apareció ni una sola rayita. Y fue entonces cuando, de súbito, me sentí completamente sola.

Me eché a llorar mientras la rabia y la impotencia se apoderaban de mí. Tomé entre los dedos el ramo de margaritas y lo retorcí hasta que todos los pétalos quedaron esparcidos sobre la colcha granate que cubría la cama. Maldije en silencio al país, a los políticos y la época que me había tocado vivir. Odié en secreto a la mujer que me había entrevistado, al Ayuntamiento de aquel pueblo e incluso a la anciana que me esperaba en el piso de abajo. ¡Yo no quería estar allí!

Unos instantes después, oí la voz de Federica, que me llamaba desde el salón. Me asomé al hueco de la escalera y respondí de malas maneras.

—Solo quería saber si estaba todo bien por ahí arriba. ¿Ha hecho el chico de Anselmo algún desaguisado? —continuó, intentando alzar la voz e ignorando mi tono maleducado.

—No. Está todo genial —chillé para asegurarme de que me oía—. Ahora bajo.

Entré al cuarto de baño del piso de arriba que, a diferencia del que había en la habitación de Federica, contaba con una enorme bañera en lugar de un plato de ducha. Me lavé la cara con agua fría y me observé en el espejo. La chica que me miraba desde mi reflejo tenía los ojos castaños inyectados en sangre y los mofletes enrojecidos. Debía calmarme antes de bajar.

Regresé a mi habitación, abrí la puerta del pequeño balcón y me llené los pulmones del aire limpio del campo. Por un momento tuve miedo de que me diera un *yuyu* al respirar aire sin contaminación ni olor a pis; algo así como un subidón de oxígeno o algo parecido. Pero en lugar de eso, aquel aire con aroma a pinos consiguió relajarme un poco. El paisaje que veía desde mi cuarto era realmente envidiable: naturaleza por todas partes. Pero por aquel entonces yo prefería mil veces abrir la ventana y encontrarme con un edificio de paredes llenas de grafitis y una columna de humo negro saliendo de la chimenea.

Entré de nuevo al cuarto de baño y comprobé que mi cara empezaba a volver a la normalidad. Suspiré y me dirigí a las escaleras. Al fin y al cabo, no podía quedarme encerrada allí arriba el resto de mi vida...

CAPÍTULO 7

Empezando con mal pie

Lo primero que hice después de conocer la casa fue subir el equipaje a mi habitación. Que mis pertenencias estuvieran allí tiradas en medio del salón no me parecía del todo bien, así que dejé las maletas, la mochila y la funda del bajo en el suelo de mi cuarto, pero no las vacié.

Federica me observaba cuando bajé la escalera por segunda vez, pero yo retiré la mirada enseguida. No quería verla ni que se diera cuenta de que había estado llorando. Ella no dijo nada; simplemente volvió a posar los ojos en la pantalla luminosa.

Salí a la calle y comprobé la cobertura del móvil. Nada. Di unas cuantas vueltas sobre mí misma con el aparato en la mano y el brazo estirado hacia el cielo, pero no surtió efecto. Desesperada, regresé al interior de la casa farfullando maldiciones hacia la compañía telefónica.

—¿Puedo preguntarte qué mosca te ha picado? —comentó Federica desde su sillón, sin despegar los ojos de la tele.

—No puedo llamar por teléfono. ¡No funciona! —respondí, mostrándole el aparato como si esperase que aquella mujer fuera a proporcionar a mi móvil la cobertura que necesitaba para realizar llamadas.

—Pues aprovéchate del mío. —La anciana levantó un brazo y señaló el aparador de madera—. Yo no lo utilizo nunca, pero se empeñan en que lo tenga por si necesito algo. Pero ¿qué se piensan? ¡Si me da un telele lo único que podré hacer será llamarlos desde el otro barrio!

Arqué las cejas, algo impresionada por el genio de Federica, y me acerqué al mueble que me indicaba. Al abrir una de sus puertas descubrí un teléfono bastante antiguo, de esos que para marcar tenían una ruleta que había que girar.

—Pero si lo tiene aquí metido no lo oírás cuando la llamen —comenté mientras observaba el aparato.

—¡No hay cuidado, chica! No me va a llamar nadie —respondió ella, sin mostrar ni una pizca de dolor en la voz—. ¡Y tutéame, por mi Marciano, que en paz descanse!

—Perdón —añadí, antes de descolgar el auricular.

No confiaba en absoluto en que aquella antigualla fuese a funcionar, pero cuando me lo acerqué al oído, el pitido fuerte y grave hizo que diera un saltito de alegría. Tenía una enorme necesidad de hablar con Martina, pero decidí que lo más sensato era llamar a mi casa para avisar a mis padres de que el viaje había ido bien. Tampoco era cuestión de abusar... Introduje el dedo en el agujero de la ruleta correspondiente al nueve y la giré; me tomé mi tiempo para marcar, porque me encantaba el sonido que hacía la ruleta cada vez que volvía a su posición inicial. Hablé primero con mi madre, pero casi no tuve tiempo de contarle nada antes de que se echase a llorar desconsoladamente y mi padre le quitase el teléfono. Él, tan metódico como de costumbre, se interesó por si el tren había llegado puntual a su destino, si había hecho el transbordo al autobús con facilidad y si se habían respetado las condiciones del contrato. Le respondí a todo que sí y él se despidió, no sin antes recordarme que debía ser responsable y puntual en mi trabajo.

Cuando colgué, me quedé allí plantada sin saber qué hacer. Lo que más me apetecía era subir a mi habitación. Sabía que allí nadie me molestaría y que tendría total privacidad, pero no me pareció correcto, así que al final opté por sentarme en el sofá y mirar la televisión. Tampoco tenía ni idea de sobre qué hablar con aquella mujer, así que preferí mantenerme con la boca cerrada. Lo cierto es que no estaba muy acostumbrada a tratar con personas mayores: mi madre era la menor de ocho hermanos y mi padre fue un hijo único muy deseado pero muy tardío, así que apenas tuve oportunidad de conocer a mis abuelos, ya que murieron cuando yo era muy pequeña. Lo que sí había tenido era una de esas tías que desde donde te alcanza la memoria siempre ha sido igual de vieja, que se quedó soltera y cuya mayor afición era pellizcar los mofletes de cualquiera que se pusiese en su camino, sin importarle si tenías cuatro años o cuarenta y tres. Aparte de eso, el único contacto que tenía con ella era cuando llegaba el momento de recibir la paga...

Miré a Federica de reojo y ella, como si se sintiera observada, empezó a

hablar sin apartar la vista de la televisión.

—¿Has quedado conforme con tu dormitorio?

—Sí, gracias. Estaba todo muy limpio y ordenado —respondí, dando paso a un nuevo silencio.

—Oye, moza, sé que no te ilusiona estar aquí —se sinceró, para mi sorpresa—. A mí tampoco me agrada que me hayan puesto una niñera. ¡A la vejez, viruelas! ¡A quién se le ocurre! ¿Es que se piensan que no soy lo suficientemente mayor como para cuidarme sola? Atiende: yo cuidé de mi Marciano, que en paz descansa, hasta el momento en el que se fue y crie al hijo de Anselmo como si fuera mi propio hijo. Y ahora me ponen una niñera como si fuese una niña chica... Pero como a nadie le importa lo que pensemos los viejos, tengo que callarme y consentir. Así que conténtate, que tú por lo menos has podido decidir.

Tras el discurso de Federica, el silencio volvió a ocupar toda la estancia, compartiendo el espacio únicamente con las voces que salían de la televisión.

«¡Fantástico!», dije para mis adentros.

A mí no me hacía ninguna ilusión estar allí y Federica no quería que estuviera. Aquello no podía terminar bien, era imposible.

CAPÍTULO 8

La primera noche

Pasamos el resto de la tarde sentadas en el salón sin dirigirnos la palabra. Federica miraba la televisión, pero a mí me daba la sensación de que no estaba prestándole ninguna atención. Más bien parecía que estaba dándole vueltas a algo en la cabeza; a algo relacionado conmigo y con el futuro que nos esperaba juntas, para ser más exactos.

Yo me dediqué a matar el tiempo con los típicos jueguitos desquiciantes que traía mi teléfono móvil. Total, era para lo único que me servía en aquel lugar...

Sin lugar a dudas, aquella tarde fue una de las más largas y aburridas de toda mi vida. Cada dos por tres, levantaba la vista para comprobar el enorme reloj de pared que colgaba sobre la puerta. Las agujas parecían estar agotadas y se movían a un ritmo lento, acorde con aquel pueblo en el que no se escuchaba ni un murmullo. Acostumbrada al jaleo de coches y voces que se oía a cualquier hora desde mi habitación, el silencio de aquel lugar hacía que me sintiera como si me hubiera trasladado a vivir a un cementerio.

Para cenar tomamos un poco de embutido y queso, acompañado por un pan tierno y esponjoso; nada parecido a esas barras correosas que vendían en la panadería de al lado de mi casa. Y a eso de las diez y media, Federica se levantó de su silloncito y apagó la televisión.

—Me voy a acostar —anunció, antes de enfilarse los pocos metros que nos separaban de su habitación.

—Hasta mañana —respondí yo, siguiéndola con la mirada. Me quedé un rato allí sentada, escuchando con atención hasta que la luz de la habitación se apagó. Entonces me refugié por fin en el piso de arriba.

Todavía no había deshecho mi equipaje, pero tampoco pensaba hacerlo entonces. No merecía la pena. Aún no era seguro que fuera a quedarme allí mucho tiempo, así que para qué iba a molestarme en sacarlo todo y ordenarlo

en el armario si quizá en unos pocos días tendría que volver a guardarlo.

Era demasiado pronto para dormir, pero no tenía nada mejor que hacer. Pensé en encender mi ordenador portátil, pero enseguida deseché la idea. Si no había cobertura para llamar por teléfono, sería completamente imposible encontrar una red wifi a la que poder engancharse... Al final saqué de una de las maletas mi pijama, me lo puse, me metí en la cama y me arropé hasta arriba a pesar de que no hacía nada de frío. Aquella habitación me daba la independencia y la intimidad que siempre había deseado y que tanto me faltaba en mi casa. Sin embargo, también hacía que me sintiera extremadamente sola. Durante una fracción de segundo me entraron ganas de llorar, pero me negué a permitirme mostrar de nuevo aquel estado de debilidad que parecía haberse metido en mi maleta sin pedirme permiso.

Tras un rato dando vueltas entre las sábanas, salí de la cama y me asomé al balcón. La oscuridad del exterior había engullido todo el paisaje y lo único que se veía era la luz lejana de la ventana de alguna casa. Aquello no me gustó demasiado e incluso me asustó un poco. Estar en una casa desconocida en la que la luz de las farolas no entraba por la ventana era un poco tétrico. Además, estaba segura de que Federica ni siquiera se habría molestado en cerrar la puerta con llave. No entendía por qué la gente de los pueblos era tan confiada. Puertas abiertas, oscuridad completa, calles desiertas... Vamos, un escenario que haría las delicias de cualquier maniaco.

Un escalofrío me recorrió la columna a la misma velocidad que aquellas absurdas ideas traspasaban mi mente. Sí, me estaba asustando a mí misma. De pronto, comencé a escuchar crujidos y suaves ruidos que hicieron que se me erizara la piel. Empecé a mirar de forma frenética hacia todos los lados, esperando el trágico momento en el que una sombra se colara en mi habitación con un cuchillo o una motosierra en la mano. En un momento, un pánico irracional me invadió y a punto estuve de volver a la cama a toda prisa para esconderme debajo de esa armadura infalible que constituyen las sábanas. Por suerte, se me ocurrió una solución mejor y en un arranque de valentía abandoné mi cuarto en dirección a la inmensa biblioteca que me esperaba al otro lado de la pared. Lo que más me apetecía era encender el maravilloso gramófono, pero no me pareció de buena educación poner música a esas horas, así que me limité a curiosear ente los discos. Encendí la

luz y empecé a recorrer las estanterías, tratando de mantener la mente ocupada. La colección de música era muy amplia y variada; incluso contaba con algunos elepés más o menos actuales. Tomé algunos para leer el listado de canciones impreso en la carátula, pero de pronto toda mi atención se trasladó a un pequeño libro que había oculto tras ellos, en la parte posterior de una de las baldas.

Lo alcancé con cuidado y enseguida me di cuenta de que no se trataba de un libro corriente, quizá ni siquiera la palabra «libro» fuese la más correcta para definir aquel ejemplar. No era perfecto, casi ni bonito, más bien peculiar, pero estaba claro que se trataba de un volumen hecho por completo a mano. Tenía forma cuadrada y las tapas eran dos cartones duros forrados con una fina piel de color marrón. Los bordes de las páginas interiores estaban algo amarillentos y la encuadernación consistía en una sencilla costura con hilo fuerte de un tono oscuro. Soplé sobre las tapas en busca del título de la obra, pero bajo la gruesa capa de polvo no encontré nada. Embriagada de curiosidad, me lo llevé a mi habitación, me senté con él sobre la cama, deshice el lacito de cuero negro que servía para mantenerlo cerrado y lo abrí por la primera página:

«A la muerte de mi hermana Aquilina el 27 de febrero de 1991, encuaderné estos borradores de correspondencia como recuerdo de las palabras que quise dedicarle cuando estuvimos lejos. Descanse en paz».

CAPÍTULO 9

9 de septiembre 1953

Querida hermana:

Te pongo estas letras para felicitarte en tu aniversario de parte mía y de tu cuñada Federica. No hay un solo día en que no pensemos en vosotros y esperamos poder visitaros o recibirlos en nuestra casa lo más pronto posible.

Tú sabes que no soy un entrometido, pero no puedo dejar de preguntarte por nuestro hermano. ¿Cómo se encuentra? ¿Y su familia? Me contó la Polola que su esposa estaba preñada. Querida Aquilina, no sabes cuánto me duele el alma al pensar que nunca conoceré a ese pequeño porque nuestro hermano me tiene por un judas desde hace ya tantos años. Yo nunca he actuado con malicia. Y si tanta extorsión le causé por mi osadía, bien sabe Dios que no fue mi propósito. Por mi parte no ha quedado ocasión sin intentar llegar a un arreglo, pero ya bien sabes tú que no ha sido posible. No hay día que no me lamente por nuestra situación, pero no siento que merezca cargar con ninguna penitencia. Sabes bien que el único pecado que cometí fue quedar prendado de una moza de esta aldea. ¿Y cuál es mi culpa si nuestras tierras y sus tierras arrastran rencillas del pasado? Claro que amo mi aldea, pero nada debería superar el amor de un hermano por otro.

Querida Aquilina, no quiero que esta carta que debía ser de algarabía termine siendo una carta triste. Así pues, que seas muy feliz.

Te quiere,

Tu hermano el pequeño

CAPÍTULO 10

Paseo de reconocimiento

Después de la sorpresa por el hallazgo de aquel compendio de cartas escritas por el marido de Federica, no pude evitar la tentación de empezar a leer. Sé que estuvo mal, que la correspondencia es una cosa privada, pero la curiosidad fue mucho más fuerte que yo. Además, sirvió para que me relajara hasta que el cansancio del viaje hizo que me quedase dormida.

A la mañana siguiente todavía era muy temprano cuando comencé a oír movimiento en el piso de abajo. Me levanté con desgana, me cambié de ropa para no andar por la casa en pijama y bajé la escalera. Los ruidos provenían de la cocina.

—Pero ¿por qué no me ha llamado para que le preparase el desayuno? Estoy aquí para eso —dije cuando vi a Federica con una taza entre las manos.

—Buenos días —respondió ella con desdén—. Todavía no estoy tan torpe como para no atinar a hacerme el almuerzo. ¡Y tutéame de una vez, por mi Marciano, que en paz descanse!

Resoplé y sacudí la cabeza. Desde luego, aquella mujer no parecía dispuesta a ponérmelo fácil. La seguí como un perrito faldero hasta el salón para asegurarme de que la taza llegaba sana y salva hasta la mesa.

—¿Quiere que le traiga algo? ¿Pan tostado? ¿Galletas? —insistí. No me gustaba verla yendo de un lado para otro sin dejarme que la ayudase. Me hacía sentirme inútil.

—¡Mira que eres pelma! —respondió, intentando parecer enfadada—. Si tantas ganas tienes, tráeme la bolsa de galletas que he dejado en la repisa.

Le llevé las galletas y volví a la cocina para prepararme un vaso de leche. Odiaba el sabor de la leche sola, pero por supuesto aquella mujer no tenía ningún tipo de cacao o café para añadirle. Me senté frente a Federica y tomé una galleta de la bolsa. La anciana las partía en trozos y las echaba en la leche para después comérselas con la cuchara. Yo decidí probarlas en seco.

—¿Te gustan? —me preguntó Federica. Yo asentí—. Las hace Luciana la Harinas. Después te llevaré a que la conozcas.

Tuve que reprimir una carcajada. ¿La Harinas? ¿Qué clase de mote era ese? Creo que Federica me leyó el pensamiento porque añadió:

—La llaman así porque tiene mucha pechuga y siempre la tiene llena de harina. Cuando era joven comentaban las malas lenguas que lo hacía a propósito para que la miraran los hombres. ¡Por eso yo nunca mandaba a mi Marciano, que en paz descansa, a comprar el pan!

Cuando terminó la frase vi un brillo en sus ojos y algo parecido a una sonrisa dibujada en sus labios. Yo tampoco pude evitar reírme en bajito.

Un par de horas más tarde estábamos dispuestas para salir de paseo. ¡Mi primer paseo por Villagamitos de Tuétano! Intenté convencerme de que aquello sonaba excitante, pero no lo conseguí en absoluto.

—¿Y el andador? —le pregunté a Federica cuando vi que estaba preparada en la puerta, apoyada solo en un ligero bastón.

—¿No querrás que todo el pueblo me vea con ese cacharro y piensen que soy una vieja? —alegó ella mientras salía a la calle.

Incrédula, sacudí la cabeza una vez más y la seguí. Cerró la puerta sin echar el cerrojo. Aunque, de todos modos, aquello no habría servido de mucho ya que dejó la llave dentro de una maceta que había colgada en la pared. A pesar de que no me gustaba nada dejar todas mis pertenencias en una casa en la que podía entrar cualquiera, preferí no hacer ningún comentario al respecto para no iniciar una discusión. Cuanto antes nos fuéramos, antes regresaríamos.

Caminamos por calles casi desiertas en las que de vez en cuando se cruzaba algún gato o alguien asomaba la cabeza tras la cortina de la puerta para observarnos pasar. Federica farfullaba en voz baja, criticando a «aquellos chismosos que no tenían nada mejor que hacer que espiar a los demás». Yo estaba de acuerdo en que, probablemente, era verdad que no tenían nada mejor que hacer. También nos detuvimos un par de veces para que la anciana saludase a algunos de sus vecinos y les dijese quién era yo. Por lo visto, los jóvenes que estábamos llegando durante esos días éramos la nueva atracción del pueblo. Sabía que en total debíamos de ser unos quince, y todavía no nos habíamos cruzado con ninguno. Me pregunté dónde se habrían

metido. Más tarde, cuando nos alejamos de un matrimonio formado por un hombre alto con boina negra y una mujer bajita, los escuché murmurar acerca de mi pelo. Bueno, supongo que ellos creían que susurraban, pero lo cierto es que hablaban lo suficientemente alto como para que se oyera en todo el pueblo.

Según nos acercábamos al horno de Luciana la Harinas, el aroma a pan recién hecho casi consiguió que empezase a salivar. Al entrar en el local me sorprendió el hecho de que, aunque fuese tan pequeño, tuviera tantísima variedad de panes y dulces. Federica me dio instrucciones sobre qué pan y qué galletas eran sus preferidos.

—Pero no hace falta que te lo aprendas. Luciana ya sabe muy bien lo que yo llevo —añadió de inmediato.

He de decir que Federica no había exagerado en absoluto cuando me contó la historia de Luciana la Harinas. Si la hubiera visto aquella chica de mi clase que se puso silicona en el pecho, se habría muerto de la envidia.

El paseo prosiguió con paradas para visitar a Abundio el Malaleche, lechero; Faustino y Florita, los dueños de uno de los dos bares del pueblo; Fabián el Jifero, que suministraba la carne que él mismo criaba en su granja; Paquillo el de la pesca, al que saludamos en su casa porque solo abría los martes, el único día en el que había pescado en el pueblo; Pilarín, la boticaria; y Macario y Adelina, los Panzarrota, dueños de la tienda de ultramarinos.

En todos y cada uno de los establecimientos, el recibimiento fue casi calcado:

—¡Pero bueno! ¡Qué bien acompañada te veo hoy, Federica! —gritaba el dueño en cuestión, esperando a que la anciana le revelara de dónde había salido yo.

A continuación, ella me explicaba qué debía comprar en cada uno de los locales, para después advertirme de que no hacía falta que me acordase, porque los encargados, después de tantos años, sabían de sobra qué era lo que ella solía comprar.

—Además, me encargaré yo de los recados hasta el momento en el que tenga que venir a rastras —sentenció al final.

Creo que, aunque no quisiera admitirlo, aquel día Federica disfrutó de lo lindo al ser el centro de atención de todos sus vecinos. Yo intenté saludar con

educación y sonreír a todos ellos, a pesar de que estaba más que harta de ser el cotilleo de moda del pueblo.

Cuando por fin nos encaminamos de vuelta hacia la calle donde estaba la casa de Federica, estuve a punto de ponerme a entonar un «Aleluya». Sin embargo, se me quitaron las ganas de un plumazo en cuanto la mujer enfiló el camino que salía casi de enfrente de la vivienda.

—Ahora te voy a llevar en *cá* Anselmo —anunció Federica, provocando que solo deseara arrancarme los pelos uno a uno.

CAPÍTULO 11

Anselmo

Caminamos unos minutos por la calle empedrada, pero enseguida llegamos a un punto en el que las piedras desaparecieron para dejar paso a un camino de tierra. Al final de aquella vía se adivinaba una casa que daba la sensación de ser bastante grande. Hice un cálculo rápido y supuse que de allí provenía la única luz que se divisaba desde mi habitación la noche anterior.

A pesar de mis temores apocalípticos sobre las capacidades de Federica para caminar sobre tierra, lo cierto era que la mujer se movía con mucha más soltura en ese terreno que sobre el suelo empedrado del resto del pueblo. Se notaba que aquella ruta la realizaba con más frecuencia. Aun así, me acerqué un poco más a ella y fui controlando todo el camino las irregularidades del suelo por si tenía que hacer alguna maniobra para evitar un peligro inminente. Al final, la llegada a nuestro destino se produjo sin incidentes.

Vista de cerca, la casa no parecía tan grande como había imaginado, pero el terreno que la rodeaba era tan inmenso que casi se perdía más allá de donde alcanzaban mis ojos.

—Es para que no se cuelen las alimañas —me explicó Federica al ver que me había quedado parada con la cabeza hacia arriba contemplando la alta verja metálica que cercaba toda la propiedad.

Cuando nos acercamos a la puerta para acceder a la parcela, nos recibió un enorme pastor alemán que no paraba de ladrar. Me dio tal susto que en un movimiento inconsciente me agarré al brazo de Federica.

—¡No seas miedica! —me dijo ella—. No hace nada. Es un chucho muy bonachón.

¿Un chucho? Si eso era un chucho para aquella anciana no quería ni imaginarme qué pensaría al ver esos perros que la gente lleva por la ciudad metidos en el bolsillo de la chaqueta.

—Hola, hola, bonito —saludó la mujer al animal, como si de verdad se

tratase de un cachorrillo.

Mientras tanto, yo me dedicaba a inspeccionar la alambrada para asegurarme de que no había ningún agujero por el que aquella bestia pudiese escapar y convertir nuestra piel y nuestros músculos en jirones de carne para la merienda.

De pronto, desde detrás de la casa, apareció un hombre ataviado con una camiseta interior blanca sin mangas, unos pantalones vaqueros metidos por dentro de unas botas altas de goma y un enorme sombrero de paja. Tenía la piel morena y a primera vista le calculé un poco menos de sesenta años.

El hombre se limpió las manos con un pañuelo que después se guardó en el bolsillo y a continuación se aproximó a la puerta metálica con intención de abrirla. Yo di un paso atrás. ¿Qué pretendía aquel hombre? Si abría la puerta, el perro se abalanzaría sobre nosotras y, seamos realistas, una octogenaria y una chica flacucha no supondrían mucha resistencia para un animal tan grande. Vamos, que si se le ocurría hacer lo que yo pensaba que iba a hacer, estábamos perdidas las dos.

En efecto, el hombre quitó el pestillo y abrió la puerta de par en par. Y, como es evidente, el perro salió disparado hacia nosotras. Pero, como supongo que habréis adivinado, porque, si no, no podría estar contándoos esto, no me convertí en comida para perros. El animal se acercó primero a Federica, le lamió la mano y esperó dócilmente a que ella le devolviera el saludo. Después vino hacia mí y empezó a olisquearme. Yo me quedé tiesa como un palo, tratando de no mover ni un solo músculo, incluido el corazón. Estuve casi un minuto sin respirar hasta que noté algo frío y húmedo en la mano izquierda. Todavía sin moverme, bajé los ojos y comprobé que el animal estaba repitiendo conmigo el ritual que acababa de hacer con Federica. Moví la mano temblorosa hasta su cabeza, asegurándome de no dejar la muñeca al alcance de su boca llena de dientes, y le rasqué con suavidad entre las orejas. El perro gimoteó y volvió al lado de su dueño.

—Creo que habéis hecho buenas migas —me dijo el hombre—. Soy Anselmo. Encantado —añadió, tendiéndome la mano.

Yo se la estreché y le dije mi nombre.

—¡Vaya moza hermosa que te han traído! —le dijo a Federica, ofreciéndole el brazo para que se agarrase—. Aunque un poquito cobardica

—añadió. Me dedicó una mirada divertida y me guiñó un ojo.

Vale. Me cayó bien aquel hombre. Por lo menos, fue el único del pueblo que no me pidió explicaciones acerca de mi procedencia ni me escudriñó como si fuera una alienígena.

Entramos en la parcela y rodeamos la casa, acompañados en todo momento por el enorme pastor alemán. Tras el edificio, aquel hombre tenía un tesoro que cualquier amante de las frutas y las verduras desearía poseer. A lo largo de lo que supuse que serían varios kilómetros, se extendía un terreno repleto de árboles frutales, matas y diferentes cultivos. Incluso había montado su propio invernadero. Me hizo especial gracia ver allí un pequeño tractor, que no era amarillo, sino rojo.

—Todo esto que ves es el sustento de mi pequeña familia. Mi hijo y yo cultivamos frutas y verduras para abastecer a los habitantes del pueblo, y, en las ocasiones en las que tenemos buena cosecha, vendemos también a algunas aldeas de los alrededores —comenzó a contarme Anselmo, visiblemente orgulloso—. Este año está siendo muy bueno, gracias al cielo. Ahora mismo, mi chico anda con la camioneta haciendo el reparto.

Más tarde, ya en casa, me enteré de que aquel hombre había empezado con el negocio de las frutas y verduras cuando perdió a su mujer, veintiséis años atrás.

—El pobre Anselmo enviudó a la vez que su señora paría a su primogénito. La criaturita vivió, pero Anselmo se quedó muy tocado. ¡Uy, qué mal se quedó! Figúrate qué golpe debió de ser ver a su mujer morírsele en los brazos. Entonces él empezó con su huertita para no dejar que la cabeza tuviera tiempo de hacer malos pensamientos —me explicó Federica mientras ambas nos encontrábamos ocupadas en la cocina—. Yo crie al nene como si fuera hijo mío, mientras Anselmo estaba atareado con el negocio.

—Menos mal. Me alegra que saliera adelante —respondí tras escuchar la historia.

Al parecer, gracias a los cuidados de Federica, el niño creció bien atendido, feliz y sin notar la ausencia de la figura materna. Y aunque era consciente de que había existido una mujer que lo había llevado en su vientre y que había cambiado su vida por la de él, el pequeño siempre había querido a Federica como a una madre. Y aún por aquel entonces, a sus veintiséis

años, seguía haciéndolo: la visitaba cada vez que tenía un rato libre y, cuando la mujer necesitaba cualquier cosa, el muchacho siempre estaba dispuesto a acudir de inmediato a solucionarlo.

Aquel día comimos un riquísimo gazpacho que preparé usando los ingredientes que nos había dado Anselmo y con la inestimable ayuda de Federica que, amansada por el cansancio tras la larga caminata de por la mañana, por fin me permitió hacer algo útil en la casa.

CAPÍTULO 12

Rutina

Mis primeras dos semanas en Villagamitos de Tuétano pasaron sin pena ni gloria, envueltas en una cansina y aburridísima rutina.

Por las mañanas nos levantábamos temprano y desayunábamos en silencio, siempre el mismo tazón de leche con las mismas galletas, un tazón de leche blanca e insípida que cada día aborrecía más.

Después, un día de cada dos, Federica se duchaba, dejando la puerta del baño entornada mientras yo aguardaba sentada en su cama por si tenía algún accidente. Aquellos minutos eran los peores del día con diferencia. Los más tensos. El miedo que sentía era real. En todo momento temía que fuera a suceder una terrible tragedia: que la anciana se resbalase o que la ducha se descolgara y le abriera la cabeza. Por eso, permanecía todo el tiempo alerta, preparada para entrar al cuarto de baño en plan comando de salvamento ante el menor signo de peligro. Solo en el instante en el que el chirrido de la mampara al abrirse y volverse a cerrar sustituía al sonido de la ducha me daba cuenta de que llevaba varios minutos conteniendo la respiración. Entonces expulsaba todo el aire acumulado en los pulmones y conseguía que mis músculos se relajaran. La verdad es que me sorprendía mucho que aquella mujer pudiera apañárselas para realizar aquella tarea ella sola. En realidad se lo agradecía, porque evitaba que tuviera que enfrentarme a una situación verdaderamente incómoda.

De todas formas, el primer día le pregunté si necesitaba ayuda.

—¿Qué te piensas, que soy una vieja que necesita que le limpien el trasero? ¡A mí no me vio en porreta ni mi Marciano, que en paz descansa! — me contestó. Y, claro, me lo tomé como un no.

Fue entonces cuando decidí hacer las guardias junto al cuarto de baño y pedirle que dejase la puerta entreabierta por si necesitaba llamarme. Aquello no le gustó mucho, pero al final accedió a regañadientes. Creo que, aunque

jamás lo reconoció, sabiendo que estaba al otro lado de la pared se sentía un poquito más segura. Eso sí, todos y cada uno de los días cuando salía del baño oliendo a colonia, refunfuñaba sobre a quién se le habría ocurrido la idea de que necesitase una niñera.

Tras ese *precioso* ritual que se repetía cada dos días para mantenerme siempre con los nervios de punta, Federica se sentaba en su silloncito a ver en la televisión su programa favorito, ese de los crímenes sin resolver. A mí me daba muy mal rollo y aprovechaba que la mujer estaba fuera de la amenaza de posibles accidentes para ducharme y arreglar mi habitación.

Todavía no había sido capaz de convencerla de que una parte muy importante de mi trabajo era realizar las tareas domésticas. Así que, cada vez que me veía barrer, lavar los platos o hacer su cama, venía hacia mí todo lo deprisa que le permitían sus ancianas piernas para regañarme.

—Déjate, que así no es. ¡Ay, qué poco apañadas sois las jóvenes de hoy en día!

Aquello, además de hacerme suponer que me despedirían el día menos pensado, me ponía muy nerviosa. ¡Necesitaba entretenerme con algo! Estar ociosa durante las veinticuatro horas del día podía llegar a ser muy desesperante. Es cierto que ir a la compra o fregar el suelo no son aficiones demasiado divertidas, pero era lo único que se podía hacer en ese lugar.

A finales de la segunda semana, conseguí que entrara en razón... pero solo a medias.

—Federica... ¿por qué no hacemos las tareas entre las dos? —propuse con tono de voz de niña buena e inocente—. Así puedo aprender cómo hacerlas bien.

Aquella idea de ilustrarme con su dilatada experiencia pareció gustarle y enseguida comenzó a compartir conmigo su sabiduría: se afanaba en explicarme con todo detalle cómo estirar las sábanas para hacer la cama o cómo había que remover el caldo una vez que echabas los fideos. Vamos, ese tipo de cosas que, como todo el mundo sabe, necesitan un estudio exhaustivo antes de ponerlas en práctica. Yo seguía sintiéndome inútil, pero por lo menos Federica parecía más serena, así que me esforcé por ser paciente con ella.

También me presentó a sus animales y me explicó cómo recoger los

huevos de las gallinas, cosa que me resultaba repugnante y que no pensaba hacer bajo ningún concepto. No era nada personal contra esas gallinas en concreto, sino más bien una animadversión general hacia cualquier tipo de ave, ya fuera una cigüeña o un periquito: creo que tienen un cierto toque siniestro con esas patas en forma de alambre y su manera de girar la cabeza como la niña del exorcista, por no hablar de lo asqueroso que resulta que hagan sus necesidades por el aire, sobre todo cuando estoy cerca.

—Pero no te angusties, el chico de Anselmo viene por aquí una vez por semana para ocuparse de ellos. Es muy mañoso —aclaró Federica. Y me quitó un enorme peso de encima.

El resto del día lo pasábamos en casa o dando cortos paseos por el pueblo. Hablábamos muy poco, solo lo necesario para mantener una comunicación básica. Rara vez entablábamos una conversación real y, aunque compartíamos casa, no sabíamos nada la una de la otra. Bueno, quizá yo sí empezaba a saber un poquito de Federica, aunque ella ni siquiera lo sospechara...

Al llegar la noche, cenábamos y nos íbamos pronto a la cama. En esos momentos, en la penumbra de mi habitación, era cuando solía sentirme más sola. Para matar la nostalgia y atraer al sueño, me había aficionado a cotillear el cuaderno de cartas del difunto marido de Federica, que ya se había convertido en algo así como mi lectura de cabecera. Solía devorar varias cartas cada día y algunas veces incluso me olvidaba de que los documentos que manejaba eran reales y privados. Algunas veces sentía que estaba siendo atrapada por una novela ambientada en la España profunda de los años cincuenta.

CAPÍTULO 13

25 de mayo 1956

Querida hermana:

¿Cómo te encuentras? Nosotros andamos bien. Como siempre, a nuestras cosas.

La última semana ha sido un jolgorio. Figúrate que se presentó en nuestra puerta nada menos que el tío Enrique, con un elegante sombrero de ala ancha de color blanco sucio. Mi esposa dijo que se llamaba blanco roto. Él dijo que era beis. Yo sigo pensando que no era más que un sombrero sucio. Será que eso de ver mundo te hace aprender nuevos colores.

Resultó que nuestro apreciado pariente acababa de regresar de uno de sus incontables viajes y se le había ocurrido dejarse caer por el pueblo. «Tenía ganas de ver a mi sobrino favorito», fue lo primero que dijo mientras nos abrazábamos y me daba fuertes palmadas en la espalda. Aunque ya ronda los sesenta años, sigue estando tan tieso como antaño. Querida hermana, ya sabes que eso de su sobrino favorito lo dice por decir, que a los tres nos aprecia lo mismo.

Pues nuestro tío volvía nada menos que de Irlanda. Se sacó un mapa arrugado del bolsillo de la camisa y me mostró la isla. ¡Y dice que fue en avión! ¡Nada menos! ¡Qué disparate! No me subiría yo a un bicho de esos de metal ni maniatado. Con lo a gusto que se está con los pies bien plantados en la tierra.

Lo más amargo fue el momento en el que comenzamos a relatarnos nuestras cosas y nuestro tío preguntó a Federica cuándo vamos a darle un sobrino al que mimar. Mi esposa no hizo ningún mal gesto, pero sé que se sintió dolida. Querida Aquilina, mi esposa sufre mucho por no poder engendrar descendencia y yo no sé qué puedo hacer para ayudar. Soy un hombre torpe en eso del sentir, pero aun así hago lo posible por no parecer disgustado, porque no quiero que piense que estoy enfadado con ella. Desde

luego, no lo estoy. Pero el tema de estas letras era otro.

Lo que no te figuras es el regalo que me ha traído nuestro pariente. Por mucho que quieras pensarlo, ni se te pasará por la cabeza. Sabes que nuestro tío Enrique algunas veces tiene ocurrencias de casquero. ¡Pues no se presenta en casa con un pedazo de madera envuelto en un trapo y atado con rafia...! Me llevé una sorpresa de campeonato, pues cuando nos mostró el hatillo me esperé que dentro llevase un buen lomo curado.

Se quedó casi siete días con nosotros hasta que una buena mañana se despidió porque decía que no soportaba más tiempo sin cambiar de destino. Ya sabes cómo es.

En fin, querida Aquilina, espero tus noticias con mucha gana.

Con cariño,

El leñero chico

CAPÍTULO 14

Mi primer intento de socialización

Mi contrato de trabajo especificaba que disponía de tres noches libres a la semana para «asuntos propios». Al principio aquello me sonó a música celestial, pero, más tarde, cuando lo pensé fríamente, me di cuenta de que en realidad era una trampa. ¿Para qué iba a querer tomarme una noche libre? En aquel pueblo no había nada que hacer y tampoco disponía de un medio de transporte para irme a otro lugar... Aun así, el segundo jueves de mi «nueva vida» decidí hacer uso de esa cláusula.

Dejé a Federica metida en la cama y salí a dar un paseo por las solitarias y oscuras calles de Villagmitos de Tuétano. Eran apenas las diez de la noche y ya tenía la sensación de estar recorriendo un pueblo fantasma. La luz de la casa de Anselmo a lo lejos era la única prueba de que existía vida a mi alrededor.

Caminé sin rumbo, con la esperanza de encontrarme con alguno de los otros jóvenes a los que habían seleccionado para ocupar el resto de las plazas o por lo menos con alguien de mi edad. Mis pies me llevaron casi sin darme cuenta hasta el bar de Faustino y Florita. Asomé la cabeza por la puerta, pero en el interior solo encontré a un grupo de ancianos viendo un partido de tenis en la diminuta televisión del local. Antes de que nadie pudiera darse cuenta de mi presencia, me alejé de allí. Seguí callejeando durante un rato y cada dos minutos comprobaba si mi móvil había conseguido encontrar un mínimo de cobertura, pero nada; estaba como muerto.

De pronto, se me ocurrió una idea que en aquel momento me pareció brillante. Caminé a toda prisa por el suelo empedrado hasta la rotonda en la que comenzaba la carretera asfaltada. Bajé la empinada cuesta casi corriendo, con la vista fija en mi objetivo. El letrero luminoso del restaurante-motel en medio de la oscuridad casi me deslumbró. Crucé la calzada sin mirar y abrí la puerta. En cuanto entré, me sorprendió el bullicio que provenía del fondo del

bar. El único camarero que parecía haber por allí hablaba con dos hombres que estaban parados en medio del local con un par de maletas descansando a sus pies. ¿Sería posible que aquel tugurio de verdad tuviera huéspedes? Me encogí de hombros en señal de incredulidad y me senté en uno de los taburetes que había junto a la barra. Cuando el encargado se acercó a mí para atenderme, le pedí una caña.

Me bebí la cerveza despacio, mientras observaba con discreción a los jóvenes causantes del alboroto que retumbaba por todo el bar. Eran cuatro chicas y tres chicos sentados alrededor de dos mesas que habían juntado. Hablaban demasiado alto y se reían ruidosamente, como si estuvieran muy felices. O muy borrachos. Me imaginé que se encontraban en el pueblo por la misma razón que yo, ya que hasta el momento eran las únicas personas menores de cuarenta años que veía por allí. De pronto, una de las chicas me señaló con el dedo y todos los demás giraron la cabeza hacia mí. Retiré la mirada rápidamente y la fijé en mi vaso. Tenía necesidad de contacto social con alguien de mi edad, pero infiltrarme en un grupo en el que parecía que todos eran tan amigos me resultaba un poco violento.

Un par de minutos después, escuché unos pasos que se me acercaban por la espalda, y acto seguido una mano se posó sobre mi hombro. Aunque lo había oído llegar, el contacto físico me sobresaltó y di un respingo.

—Perdona —me dijo una voz masculina.

Me volví en el asiento y lo observé. Era un chico moreno con el pelo corto y los ojos verdes. En la oreja izquierda llevaba uno de esos cacharros para dilatarte el agujero y terminar con el lóbulo a la altura de las rodillas.

—Soy Aitor —añadió.

Antes de que pudiera responderle, se acercó a mí y me plantó dos besos en las mejillas, demasiado cerca de los labios, para mi gusto.

—Leire —respondí, mientras me limpiaba disimuladamente los restos de sus besos.

—Supongo que estás aquí por lo del trabajo de niñera. —Por su tono, advertí que trataba de hacerse el gracioso, cosa que no consiguió en absoluto—. ¿Cuándo has llegado?

—Hace dos semanas. ¿Y vosotros? ¿Lleváis mucho aquí?

—Natalia llegó hace un mes; es la que lleva más tiempo —respondió, a

la vez que señalaba a una chica morena con el pelo rizado que no nos quitaba ojo mientras cuchicheaba con los demás—. Yo llegué hace algo más de quince días.

Me sorprendió el hecho de que se conocieran desde hacía tan poco tiempo, porque al verlos me había dado la impresión de que eran muy amigos. Asentí con la cabeza mientras forzaba una sonrisa.

—Nos reunimos aquí todos los jueves —continuó, pronunciando la palabra «todos» como si llevaran haciéndolo desde hacía diez años—. Ven que te los presente.

Cogí mi cerveza y lo seguí hasta el fondo del local. Cuando llegamos a donde estaban los demás, Aitor puso la mano en mi espalda, a la altura de la cintura, haciéndome sentir un poco incómoda. Anunció a todos mi nombre y empezó a enumerar los suyos a tal velocidad que el único que conseguí retener fue el de la chica morena que ya me había presentado antes como Natalia. Todos ellos se levantaron para darme dos besos y en ese momento estuve a punto de salir corriendo. Cuando el ritual de socialización terminó por fin, Aitor acercó una silla y me invitó a sentarme.

Una vez que la euforia por mi llegada se calmó, es decir, seis segundos después, el grupo continuó parloteando a voz en grito sobre temas en los que yo no podía o no tenía ganas de participar. Hablaban de la primera vez que se vieron, como si eso hubiera ocurrido muchos años atrás, y del jueves anterior, cuando todos fueron a las fiestas del pueblo de al lado, se emborracharon y pasó algo tan gracioso que ninguno era capaz de parar de reírse y terminar de contarlo. Me reí de forma artificial y pedí otra cerveza.

—¿Qué clase de viejo te ha tocado, novatilla? —me preguntó uno de los chicos, un moreno fortachón que se llamaba Juan o Joaquín, o quizá Javier. No me gustó la forma en la que pronunció la palabra «viejito», ya que su tono estaba cargado de desprecio.

—Estoy con una señora de ochenta y seis años que no me deja hacer las tareas de la casa porque dice que no las hago bien —respondí.

—¡Pues anda que no has tenido potra! —exclamó, provocando la risita nerviosa de Natalia, que lo miraba con ojos golosos y se pegaba cada vez más a él—. Yo empiezo a estar muy harto de tener que lavar al mío. ¡No veas qué repelús!

Natalia asintió ante la explicación del chico y aprovechó para ponerle la mano en el muslo y así *consolarlo*.

—¿Por qué aceptaste el trabajo? —pregunté, incrédula ante lo que oía.

—Pues porque necesitaba la pasta. Como todos, ¿no? ¿O me vas a decir que tú estás aquí por vocación?

—No, claro que no —admití.

—Cuando terminé el instituto mis padres me obligaron a hacer un módulo y elegí el de Auxiliar de Enfermería, pero para cuidar a tías buenas, no a viejos —continuó el muchacho, apurando la última gota de su copa.

Esta última confesión desató un debate sobre a cuál de todos le había tocado el peor anciano. Todos empezaron a echar sapos y culebras por la boca, pero me negaba a creer que hablaran en serio. Estaba convencida de que todo aquello no era más que una consecuencia del exceso de alcohol en sangre y de la necesidad de parecer interesantes delante de los otros; una especie de competición para proclamarse líder de la manada. Era imposible que todo lo que estaban contando fuera real y que estuvieran comportándose tan mal con los ancianos. Quería pensar que si de verdad fueran así no los habrían contratado; los entrevistadores no eran tontos. Aun así, muy pronto me aburrí de escuchar fanfarronadas, así que me levanté y me acerqué a la barra para pagar mis cervezas.

—¿Ya te vas? —me preguntó Aitor, elevando la voz por encima del griterío de los otros.

Lo saludé con la mano y salí de allí, arrepintiéndome una y otra vez de mi horrorosa noche libre.

CAPÍTULO 15

11 de noviembre 1956

Querida Aquilina:

Le estoy cogiendo el gusto a esto de ponerte unas letras de tanto en tanto. ¿Cómo te encuentras? ¿Has tenido noticias de nuestro hermano? ¿Cómo está mi sobrino? Cuánto me gustaría poder conocerlo. Si nuestro hermano no me detestara tanto por una necedad... Es tan terco...

Yo por fin le he echado valor y voy a empezar a trabajar con la madera que me proporcionó el tío Enrique. Se me ha antojado hacerle un regalo a mi esposa. Nadie más que ella merece tener algo bonito labrado en una madera de un lugar tan lejano. ¿Qué crees que podría agradarle, querida hermana? ¿Qué os gusta tener a las mujeres? Ayúdame, hermana, que tú para esto de los obsequios eres mejor que yo. Como en casi todo.

¡Ay, hermana, dónde tengo la cabeza! ¡Si no te conté lo mejor de la visita del tío Enrique! Verás como te ríes. Tú ya sabes cómo es nuestro pariente de cuentista desde siempre. De pequeños nos contaba sus fábulas a cualquier hora. ¿Lo recuerdas? Pues el tunante, cuando me dio la madera, me llevó a un aparte y me dijo en voz muy queda que el bosque del que procedía estaba lleno de magia. ¡Figúrate! Le brillaban los ojos igualito que cuando éramos críos. Yo creo que todavía se piensa que seguimos siendo niños.

A veces me gustaría poder volver... No cambiaría mi decisión de venirme aquí con Federica, pero tal vez podría hacer entrar en razón a nuestro hermano antes de que fuera tarde. ¿Qué importancia tiene que nuestro pueblo y el de mi esposa fueran enemigos? Yo me figuro que él sigue pensando que mi esposa solo me quiere por mis bienes, pero no puede estar más equivocado, hermana. Tú bien lo sabes.

Bueno, hermana, he de volver a la faena. Espero tu consejo para el regalo de Federica.

Te quiere,

El leñero chico

CAPÍTULO 16

Fin de semana en casa

El sábado siguiente me levanté mucho más temprano que de costumbre. Era mi primer fin de semana libre y estaba deseando llegar a casa. A mi casa. Aunque ya habían pasado más de dos semanas desde que me trasladé a Villagamitos, todavía no me había decidido a deshacer el equipaje. Cada vez que recogía una prenda después de lavarla, volvía a meterla en la maleta. Por ello, no tardé ni diez minutos en recoger las cosas que quería llevarme. Cargada con una mochila y mi bajo, descendí al piso inferior donde Federica se encontraba de pie, apoyada en su andador.

—¿Ya te marchas? —me preguntó con un tono que no demostraba ningún tipo de emoción.

Yo asentí con la cabeza y me dirigí a la puerta de la casa. Ella me siguió muy despacito hasta el exterior.

—Cuídese este fin de semana —le dije.

—¡Y a ti a ver si en estos días te entra en la cabezota que no soy una vieja a la que haya que llamar de usted! —replicó ella, algo enfadada.

—Hasta el domingo —añadí, haciendo oídos sordos a su comentario.

—Adiós. —Me pareció ver una expresión de tristeza en su cara cuando se despidió, así que me di la vuelta rápidamente. Odio las despedidas, todas y cada una de ellas, incluso cuando estoy deseando abandonar el lugar.

Anselmo, que se había ofrecido a llevarme hasta la parada del autobús, ya esperaba subido en su furgoneta. Metí mi equipaje en la parte trasera y me senté en el puesto del copiloto. Nos mantuvimos en silencio durante todo el trayecto y cuando llegamos se despidió con un escueto «buen viaje», cosa que le agradecí. Tampoco me iba para tanto tiempo. Es decir, al día siguiente estaría allí de nuevo. Al pensar en ello me dio un bajón terrible y deseé con todas mis fuerzas disponer de una máquina de teletransporte. Iba a tragarme cinco horas de viaje de ida y otras cinco de vuelta para no pasar en mi hogar

ni un día entero. Aquello me deprimió y estuve a punto de dejar pasar el autobús que ya se acercaba por la carretera, pero tenía tantísima necesidad de estar en casa que me subí de todos modos. Merecería la pena.

El viaje se me hizo mucho más largo que cuando lo hice para comenzar mi vida en el pueblo. Quería llegar cuanto antes y miraba el reloj cada diez segundos para ver si podía arañarle al tiempo unos minutos. En un momento dado, mi teléfono móvil recuperó la cobertura y empezó a sonar como loco. Tenía más de cincuenta mensajes, contando los avisos de llamadas perdidas. A pesar de que había hablado con ellos desde el teléfono de casa de Federica, mis padres, o, más bien, mi madre, me habían llamado treinta y dos veces. El resto de los mensajes eran de Martina y los chicos del grupo, que me preguntaban qué tal me iba todo. También había uno de Luis, en el que me decía que se había liado con su exnovia Yanira y que esperaba que a mí no me hubiera comido una oveja. Dediqué un rato a responder a todos, incluido a Luis, al que le di las gracias por preocuparse por mí y le aseguré que podía estar tranquilo, ya que las ovejas son animales herbívoros.

Cuando llegué a la estación, mis padres se encontraban en el andén. Nada más verme, mi madre comenzó a llorar y, sin dejarme terminar de descender del tren, empezó a abrazarme y a besarme y a decirme que estaba más delgada. Mi padre me dio un beso en la mejilla, tomó mi mochila y me preguntó qué tal había ido el viaje y qué tal iba mi trabajo. Le respondí a todo que bien y nos montamos en el coche para ir a casa.

Nada más entrar fui derecha a mi habitación con intención de tirarme en mi cama. ¡La había echado tanto de menos! Parece estúpido, pero cuando estás fuera de casa un tiempo una de las primeras cosas que extrañas es tu almohada. Sin embargo, me llevé una sorpresa mayúscula cuando la vi cubierta por una especie de mantel impermeable sobre el que descansaba una fina tabla de madera en la que había esparcidas miles de piezas de Lego. En el suelo vi una caja con la foto del Tower Bridge de Londres.

—¿Qué es esto? —pregunté, intentando comprender qué estaba sucediendo en mi habitación.

—Todavía llevo muy poco, pero va a quedar magnífico. ¡Mira la fotografía! —explicó mi padre, a la vez que me mostraba, orgulloso, la caja de la construcción.

—¿Y dónde lo vamos a dejar esta noche? —pregunté, inocente de mí.

—Pues ahí, dónde está. Si tratáramos de moverlo, las piezas se mezclarían y echaríamos a perder el trabajo de varios días —respondió él con la mayor naturalidad del mundo—. Puedes dormir en el sofá-cama. Por una noche no te va a pasar nada.

—Pero esta es mi habitación. Tengo derecho a dormir en ella —le recriminé.

Y entonces él, que ya había reflexionado largo y tendido sobre lo poco práctico que resultaba tener una habitación de la casa sin usar, me explicó pacientemente que como yo ya no vivía allí, él había decidido utilizar mi habitación a modo de despacho y que la cama era el lugar perfecto para llevar a cabo su construcción arquitectónica en miniatura.

Aquello consiguió enfadarme. ¡Era mi habitación! Hacía apenas dos semanas que me había ido y ya la habían convertido en un despacho. Intenté calmarme y enchufé mi portátil para comprobar mi correo electrónico. Dos semanas sin Internet habían conseguido que me sintiera totalmente apartada de la sociedad desarrollada. Me sentía rara con mi padre allí sentado detrás de mí, juntando piezas de Lego. Era como si estuvieran violando mi espacio vital. En aquel momento pensé en Federica y en cómo debía de sentirse al verme a mí, una completa desconocida, vagando a mi antojo por su casa. SU casa. Sacudí la cabeza, tratando de borrar aquel pensamiento. Era mi fin de semana libre y no tenía que pensar en nada relacionado con Villagamitos de Tuétano.

Por la tarde, a pesar de la insistencia de mi madre en que me quedase en casa con ellos, tomé mi bajo y me fui al garaje del padre de Martina. Sabía que estarían ensayando, así que preferí no avisarlos y darles una sorpresa. Todos se alegraron mucho de verme, especialmente Martina. Ambas nos echábamos de menos. Estuvimos un rato hablando, pero enseguida tuvieron que continuar con el ensayo. Estaban preparando un nuevo tema que acababan de componer y que tenían que dejar listo para presentarlo en un concurso de nuevas bandas. Me senté en un taburete y escuché durante varias horas. Aquella canción no estaba escrita para bajo, así que ni siquiera lo saqué de su funda.

De pronto empecé a sentirme incómoda y me levanté para marcharme.

—Espera, no te vayas —dijo Martina, interrumpiendo la canción para acercarse a mí—. Perdona. No te hemos hecho ni caso.

—No pasa nada —dije, para quitarle importancia al asunto. No quería que se sintieran culpables por haber continuado con sus vidas a pesar de mi ausencia. Era lo normal.

—¿Nos vemos mañana? Nos tomamos unas cañas y...

—No puedo —interrumpí a Edy—. Para entonces ya estaré de camino al exilio otra vez.

Martina me abrazó y me prometió que hablaríamos pronto. Yo asentí, pero sabía que aquello no pasaría, ya que en unas cuantas horas mi teléfono móvil volvería a entrar en estado de coma.

Pasé la noche en el incómodo sofá-cama. Los hierros del somier se me clavaban en las costillas y los bultos del colchón me empujaban la espalda como duros puños. No dormí nada.

Casi sin darme cuenta, mi tiempo en casa llegó a su fin y de pronto me encontré sentada en el tren rumbo a la vida rural. Mi billete correspondía a un asiento que iba en contra del sentido de la marcha. Aprovechando que el vagón iba medio vacío, me cambié de sitio. Nunca me ha gustado viajar hacia atrás. No es que me maree ni nada parecido, lo que ocurre es que me parece muy raro ver cómo las cosas se van alejando. Prefiero observar cómo se acerca el lugar al que me dirijo. Además, en aquella ocasión eran demasiadas las cosas que estaba dejando atrás.

Desde luego, el fin de semana no había resultado como yo esperaba. Pensaba que, nada más llegar, todo el mundo me colmaría de atenciones. Sin embargo, todos habían continuado con sus vidas y daba la impresión de que yo ya no tenía espacio en ellas. No lograba entender cómo era posible que en tan poco tiempo las cosas hubieran cambiado tanto. Ya no me sentía a gusto en mi habitación y ya no formaba parte de mi grupo de música. Tampoco había conseguido acostumbrarme a vivir en la casa de una anciana a quien no conocía, en un pueblo del siglo pasado. En aquel momento era como un alma errante, sin hogar, sin formar parte de ningún tipo de comunidad: yo sola conmigo misma en ningún sitio.

CAPÍTULO 17

El conductor desconocido

Cuando me bajé del autobús vi que la furgoneta de Anselmo ya me esperaba aparcada en el arcén. Cogí mi equipaje y caminé hasta ella arrastrando los pies. Sin embargo, me sorprendí al ver que del asiento del conductor no salía el hombre al que había conocido unos días antes, sino un chico joven con el pelo rubio y despeinado. Tenía la piel morena, tostada por el sol, y la camiseta blanca de manga larga que llevaba puesta se pegaba a su cuerpo dejando intuir unos músculos fuertes y tonificados. Se acercó a mí de prisa y me observó con unos ojos oscuros. Teniéndolo tan cerca pude apreciar con más detalle su cara de rasgos fuertes y mandíbula marcada.

—Eres Leire, ¿no? —me preguntó, con una voz grave y melodiosa.

Yo tardé un poco en responder.

—Depende... ¿Tú quién eres? Se suponía que Anselmo iba a venir a recogerme.

—Lo sé —contestó él—. Perdona, soy su hijo. Él estaba muy ocupado con la huerta y me ha pedido que viniera yo.

Lo miré arqueando las cejas.

—En otras circunstancias no me fiaría de un desconocido que pretende meterme en su coche en medio de una carretera desierta, pero ahora mismo no es que me importe mucho el hecho de que puedas secuestrarme. Tampoco tengo otra opción. Me niego a ir caminando hasta el pueblo...

Él sonrió, pero no dijo nada y me ayudó a meter mi equipaje en la furgoneta. Empezamos la marcha en silencio. Yo lo observaba de reojo de vez en cuando. Era muy guapo, pero yo no estaba de humor para ser sociable.

—Por cierto —dijo de pronto— creo que no te he dicho mi nombre...

—¡Déjame adivinar! —lo interrumpí—. ¿Eufrasio? ¿Lamberto? ¿Rigoberto? ¿Edelmiro? ¿Macedonio? ¿Prisciliano?

El muchacho rompió a reír a carcajadas y yo tuve miedo de que la

furgoneta acabara estrellada contra el tronco de un árbol.

—Bueno... —Lo cierto es que le costaba bastante articular palabras en medio de la risa descontrolada. Yo lo miraba muy seria—. ¿De dónde has sacado eso?

—En este pueblo todo el mundo tiene *nombres* raros —respondí.

Él me miró un instante, pero enseguida devolvió la vista a la carretera.

—Pues siento desilusionarte, pero me llamo Lucas. Lamento si no es lo suficientemente raro como para alcanzar tus expectativas.

—No, está bien —respondí.

Después, el silencio volvió a invadir el automóvil.

Unos minutos más tarde nos detuvimos frente a la puerta de la casa de Federica. Lucas me siguió hasta el interior, donde la anciana se encontraba sentada en su silloncito viendo la tele.

—Has vuelto —dijo, mostrando cierta sorpresa, como si no tuviera la más mínima esperanza ni el más mínimo interés en que aquello sucediese.

Yo asentí con la cabeza.

—Voy a subir a mi habitación a deshacer el equipaje —anuncié. En realidad no tenía ganas de estar con ella. No me apetecía responder preguntas sobre mi fin de semana y, de todas formas, aún estaba dentro de mi tiempo libre—. Gracias por el transporte. —Le dije a Lucas, antes de poner un pie en el primer peldaño de la escalera.

—Ha sido un placer —respondió él—. Espero que volvamos a vernos pronto. Si quieres dar una vuelta algún día, avísame.

Yo forcé una sonrisa y me alejé escaleras arriba. Deposité mis pertenencias en el suelo de la habitación, saqué el bajo de su funda, lo enchufé al pequeño amplificador portátil y, poniendo el volumen a un nivel casi mortecino, comencé a acariciar con cuidado sus cuatro cuerdas. Sonaba demasiado triste sin la compañía de los instrumentos de mis colegas del grupo, así que lo dejé enseguida.

Me sentía perdida y desencantada con el mundo. No encontraba sentido a lo que me estaba ocurriendo. Mi futuro, igual que el de miles de jóvenes en aquellos momentos, estaba cubierto por una lóbrega y pesada cortina de humo negro que se aferraba con fuerza a él, como una garrapata al cuello de un perro, dando la impresión de que jamás se disiparía. Me estaban robando

los mejores años de mi vida y no estaba dispuesta a rendirme tan pronto.
Debía hacer un esfuerzo por buscarle la parte buena a todo aquello.

Pero... ¿de verdad había una parte buena?

El tiempo lo diría.

CAPÍTULO 18

16 de septiembre 1957

Querida Aquilina:

Te ruego que disculpes a tu hermano pequeño por haber tardado tanto en mandarte nuevas noticias. Resulta que desde hace meses tengo las manos ocupadas en la madera día y noche. Entro al taller antes de la aurora y no salgo hasta que se encienden los faroles. Sillas y mesas es lo que labro estos días.

Y tú te preguntarás a qué viene tanto trabajar. Pues, hermana, quizá pienses como mi mujer y creas que tu hermano está chiflado, pero no hago más que adelantar un trabajo que aguardo me encarguen muy pronto. Confío en que tú, querida Aquilina, como mujer discreta, sepas aceptar la palabra de tu hermano sin hacer más preguntas y aunque yo no pueda darte más explicación que esta. Hombre prevenido vale por dos, ¿no es cierto?

Pero bueno, ¿tú cómo te encuentras? Cuánto me gustaría poder visitarte, pero no quiero crear una nueva riña con nuestro hermano. Si me presentara en el pueblo... ¡Jesús! No quiero ni pensarlo...

¡Ay, hermana! Casi lo olvido. Seguí tu consejo de mujer sabia y tallé para Federica un joyero con la madera con la que me había obsequiado nuestro tío Enrique. Ella no es mujer de excesos ni le gusta aparentar, por lo que apenas posee un par de joyas que le dejaron sus antepasados en herencia. Aun así, me pareció que ese detalle podría ser de su agrado. Pero no he tenido el valor de entregárselo, figúrate, pues no ha resultado ser el regalo que ella merecía. Sé que te disgustará un poco saber que el trabajo no fue lo deseable, empero a veces no está de más que todo salga de un modo diferente. De tanto en tanto una sorpresa puede ser el mejor de los inconvenientes.

Continúo con mis labores, entonces.

Tu cuñada te envía recuerdos.

Con cariño,

Tu hermano chico

CAPÍTULO 19

El chocolate de la discordia

A la mañana siguiente me propuse llevar a cabo un cambio de actitud. Entré en la cocina bastante animada, con un bote de Cola Cao bajo el brazo. Había aprovechado mi estancia en una ciudad desarrollada para comprar eso, varias cajas de tinte para el pelo y algunas otras cosas que suponía que en aquella aldea prehistórica era imposible conseguir. Federica ya estaba allí, trajinando con las tazas. En cuanto me vio, en su rostro se dibujó una mueca de disgusto que mermó bastante mi determinación de mantenerme optimista.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Chocolate para echar en la leche —respondí, poniéndole el bote delante de la cara.

—¿Y no podías haber dicho que lo comprásemos en *cá* los Panzarrota? —me soltó con desdén. Dejó lo que estaba haciendo y salió de la cocina.

Me sorprendió bastante su reacción. En menos de un minuto ya había conseguido enfadarla y ni siquiera entendía el motivo. ¿Acaso le darían comisión los dueños de la tienda de ultramarinos si me convencía para que comprase sus productos?

Terminé de preparar el desayuno y lo llevé hasta la mesa del salón. La anciana estaba sentada en una de las sillas. Me dio las gracias en un susurro y comenzó a desmenuzar algunas galletas en su tazón. Yo me senté frente a ella, vertí tres cucharadas de cacao en mi taza y empecé a removerlo con la cucharilla de forma distraída mientras la observaba. Ella de vez en cuando levantaba los ojos hacia mí, pero al comprobar que estaba mirándola, volvía a bajarlos de inmediato. Normalmente mostraba su carácter sin ningún tipo de tapujos, pero hasta entonces nunca la había visto tan enfadada.

—Como no dejes de remover, vas a marear a la leche —dijo, rompiendo el silencio con un tono seco.

—¿Se puede saber qué le ha molestado tanto? —pregunté yo, luchando

por no perder los nervios.

Ella tardó un poco en responder.

—Niña, ¿cuándo vas a desistir de nombrarme de usted? —me dijo con descaro.

—No puedo hacer eso. USTED es una persona mayor y yo soy educada.

—Pues no es de bien educada desobedecer a las personas mayores cuando te piden algo con respeto —espetó.

—Entonces, si alguien mayor que yo me pide educadamente que mate a otro ¿tengo que obedecer? —cuestioné, elevando la voz.

Todavía estaba dolida por el fracaso de mi fin de semana y aquella discusión no ayudaba a mantenerme calmada.

—¿Tratarías, pues, de usted a un verdugo? —contraatacó ella.

—¿Y qué más da eso? —gruñí, para dar el tema por terminado—. ¿Cuál es el problema con el Cola Cao?

Federica dirigió una mirada de reproche al bote, como si estuviera culpándolo de lo que estaba sucediendo, y después me miró de nuevo a mí.

—Si moras aquí y te falta de algo, has de pedírmelo —respondió con calma, intentando relajar un poco el tono de la discusión—. En el arreglo que firmé con el Ayuntamiento decía que yo tenía que hacerme cargo de tu manutención. No quiero meterme en aprietos.

—Y en mi contrato ponía que yo tenía que encargarme de las tareas de la casa y usted no me deja hacerlas... —le reproché.

—Para mí no es tan simple... —comenzó a decir, pero la interrumpí.

—¿Cree que para mí es fácil? —le eché en cara a gritos—. ¡He estudiado una carrera! ¡He estudiado un máster! ¡Me he esforzado durante toda mi vida para hacer las cosas bien! Y al final... ¡he tenido que abandonarlo todo para venir aquí, a un pueblo sin gente y sin nada que hacer, a cuidar de una desconocida, porque era lo único a lo que podía aspirar! ¡Mi primer fin de semana libre vuelvo a casa, ilusionada por reencontrarme con mi familia y mis amigos, y descubro que ya no me necesitan, que sus vidas han continuado mientras la mía se ha detenido por completo! ¡Y para colmo cuando llego aquí, usted me monta un pollo por haberme comprado un bote de Cola Cao! ¿Sigue creyendo que para mí es fácil?

Sin esperar a que me respondiera me levanté de la silla, arrastrando

ruidosamente las patas. Definitivamente, mi propósito de cambiar de actitud había sido un fracaso. Subí a zancadas las escaleras hasta mi habitación y una vez allí rompí a llorar. Presa de la rabia, le di una patada a una de mis botas, que se estrelló con fuerza contra el rodapié de madera, haciendo que una porción se desencajase y cayera al suelo. En aquel momento me asusté, porque lo primero que se me vino a la cabeza fue que había roto algo de una casa que no era la mía. Seguro que me lo descontaban del sueldo. Me acerqué hasta allí y me arrodillé en el suelo para comprobar si podía arreglarlo o por lo menos disimularlo para que nadie se diera cuenta del destrozo. Sin embargo, enseguida me percaté de que no había roto nada: aquello estaba puesto así a propósito. Tras el rodapié había un hueco excavado en la pared y en su interior se entreveía un paquete. Ayudada por la luz de mi teléfono móvil, introduje el brazo y lo alcancé. No pesaba casi nada. Con cuidado, retiré el papel de estraza para descubrir qué era lo que escondía: una pequeña cajita de madera y un sobre a nombre de Lucas. ¿Sería aquel el mismo Lucas que me había recogido el día anterior en la parada del autobús? Era muy probable. Muy despacio, levanté la tapadera de la caja. Nada. Estaba vacía. ¿Por qué alguien escondería una caja vacía en hueco en la pared? Aunque la curiosidad me corroía, en aquella ocasión decidí no abrir el sobre. Violar la intimidad de alguien a quien iba a tener que ver a menudo no era tan sencillo como hacerlo con un difunto. ¿O sí?

CAPÍTULO 20

Visita inoportuna

No sabía cuánto tiempo había pasado encerrada en la habitación ni qué había sucedido mientras tanto en el piso de abajo, pero, de pronto, unos golpecitos en la puerta hicieron que me sobresaltara. Por un momento pensé que Federica había intentado seguirme para continuar la discusión. La imaginé haciendo un esfuerzo sobrehumano para subir la escalera y tardando diez minutos en superar cada peldaño. Aquello hizo que me sintiera bastante culpable.

—¡Un momento! —grité, mientras volvía a meter a toda prisa la caja y el sobre en el hueco de la pared. Después, coloqué la pieza de rodapié en su sitio y le di unos suaves golpecitos con el puño para encajarla.

Cuando me aseguré de que no quedaban pruebas visibles de lo que acababa de suceder en mi cuarto, corrí a abrir la puerta. Esperaba encontrar a la anciana al borde un ataque cardíaco por el esfuerzo. Pero no era ella.

—Hola, Leire —me saludó Dolores, la asistente social, con una sonrisa que parecía sacada de un anuncio de dentífrico. Llevaba puesto un traje naranja de dos piezas, chaqueta y falda, y el pelo recogido en un estrafalario moño. Su aspecto podría describirse como el resultado de haber fusionado a la señorita Rottenmeier con una tarta de frutas.

—Hola... —respondí yo, mientras volvía disimuladamente la cabeza para contemplar la habitación por encima de mi hombro. Allí, en el suelo, estaba aún mi equipaje sin deshacer. Esperaba que al menos cuando Dolores lo viera se sintiera satisfecha de lo eficiente que había sido al haber recogido ya todas mis cosas. Estaba convencida de que la anciana la había llamado para contarle lo que había pasado y estaba allí para despedirme.

En unos pocos segundos todas mis posibilidades me pasaron a galope por la cabeza y me hicieron sentir confusa. Por una parte me alegraba muchísimo de que fueran a despedirme; así podría abandonar aquel lugar y

volver a la ciudad y nadie podría reprocharme el no haberlo intentado. Por otra parte, me sentí un poco desorientada. No estaba segura de qué pasaría conmigo si regresaba; no sabía si podría recuperar mi habitación ni si tendría hueco en The Frozen Armadillos. Y si no era así... ¿qué iba a hacer? Tendría que encontrar un lugar para vivir y volver a la rutina de repartir currículos y esperar día y noche pegada al teléfono una llamada que jamás llegaría... Entonces me entró el miedo.

—¿Podemos charlar un rato? —preguntó la mujer, agravando así mi estado de pánico.

Yo asentí con la cabeza y la seguí hasta la habitación contigua. Nos sentamos en un sofá con cojines rojos, rodeadas por los cientos de libros que abarrotaban las estanterías. Puede parecer estúpido, pero tuve la sensación de que estaban observándome.

De pronto, noté que se me había secado la garganta y me entraron unas ganas terribles de correr hacia el cuarto de baño y poner la boca bajo el grifo hasta acabar con las existencias de agua del pueblo. Sin darme cuenta empecé a mover la pierna izquierda de forma frenética, presa de un tic nervioso. Se avecinaba un buen sermón. Estaba arrepentida de haber gritado a la anciana, pero no podía soportar que me regañaran como si fuera una cría.

—No quiero entretenerte mucho porque ya me ha dicho Federica que estabas ocupada haciendo limpieza aquí arriba —aquella afirmación me dejó helada. ¿De verdad la anciana no se había chivado? ¿Y entonces qué hacía esa mujer allí?—. He venido para ver qué tal iba todo por aquí. Ya he estado hablando con Federica y me ha dicho que está muy contenta contigo —eso terminó de descolocarme—, y ahora me gustaría saber también tu opinión.

La mujer volvió a dibujar su artificial sonrisa de anuncio y acto seguido sacó de su bolso una carpeta y un bolígrafo.

Yo la observaba, perpleja, sin saber muy bien qué decir. Aquello me había pillado totalmente por sorpresa.

—Bueno... —insistió Dolores— cuéntame, ¿qué tal va todo? ¿Qué tal han ido estas primeras semanas?

—Bien —respondí, con la voz un poco temblorosa. Me aclaré la garganta antes de continuar—. Es un poco difícil acostumbrarse a vivir en un pueblo cuando llevas toda la vida en una ciudad grande... Pero... estoy bien,

muy a gusto —sentencié, sorprendiéndome a mí misma.

La verdad es que era cierto... casi. Si no pensaba en todo lo que había dejado atrás, aquello no estaba mal. Me sentía a gusto en mi habitación, tenía un piso entero para mí sola, nadie me molestaba cuando estaba allí arriba, había conseguido la intimidad y la libertad que tanto ansiaba cuando vivía en casa de mis padres y estaba ganando dinero. Federica, aunque tenía un carácter difícil, demasiado parecido al mío, no se comportaba de forma caprichosa; llevaba una vida tranquila y no me daba ningún tipo de problema o dificultad. No era lo que siempre había soñado para mi futuro, pero en ese momento me di cuenta de que tampoco tenía derecho a quejarme.

Estuvimos un rato más hablando de cómo habían sido aquellos primeros días, de la gente del pueblo y de algún tema trivial como el clima de la zona. Después, acompañé a Dolores hasta la puerta de la casa. La anciana se despidió de ella desde su silloncito de flores y no levantó la vista de la pantalla de la televisión cuando me senté en una silla del salón a su lado.

Pasamos varios minutos en silencio, observándonos de reojo. En la tele, una mujer contaba cómo una antigua amiga suya había intentado matarla después de, según pensaba ella, haber asesinado a su marido para cobrar su seguro de vida. Me preguntaba qué atractivo vería Federica en aquellos programas matutinos de crímenes sin resolver. Como aquellos testimonios empezaban a ponerme la carne de gallina, me decidí por fin a hablar.

—¿Por qué ha mentido a Dolores? —pregunté, clavando mis ojos en ella.

—¿Y tú? —contraatacó ella.

—¿Por qué piensa que he mentido? No sabe lo que le he contado...

—Bueno... sigues aquí, ¿no? —respondió, dejándome sin posibilidad de réplica—. La verdad es que no he dicho ninguna mentira, solo me he guardado algunas cosas. A pesar de tu testarudez y tu facilidad para disgustarte, eres buena moza: no me maltratas, no me robas y no tienes vicios raros. Prefiero que sigas conmigo antes de que me traigan a cualquier bribón. Ya sabes lo que dicen... «más vale malo conocido que bueno por conocer».

—Hizo una pausa para mirarme, pero fui incapaz de decir nada—. ¿Cuál es tu motivo?

—Tengo un piso de una casa para mi sola, estoy ganando dinero y el

trabajo no es nada difícil —repetí una vez más de forma mecánica justo antes de que el silencio volviera a acomodarse entre nosotras.

Federica me miraba, supongo que esperando mis disculpas. Y yo traté de hablar, de verdad que lo hice. Quería decir algo más, pero mi voz se negaba a salir de mi garganta. Después de muchos intentos, lo máximo que conseguí fue carraspear.

—Voy a salir a llamar por teléfono —balbucí al final.

Me levanté de la silla y hui como una cobarde.

CAPÍTULO 21

El accidente de las verduras

Una vez fuera de la casa pude respirar por fin. Llené los pulmones de aire fresco, tratando de sustituir con él la ansiedad que me invadía por dentro. Me daba mucha rabia esa sensación que nace cuando sabes que alguien está molesto contigo, pero no tienes ni idea del motivo, o aun cuando conoces la causa, pero estás convencido de que quien lleva la razón eres tú. En esos casos, un poco por falta de ganas y otro poco por exceso de orgullo, en lugar de preguntar o pedir disculpas, solía dejarlo estar y esperar a que a la otra persona se le pasara el disgusto. De ese modo las cosas siempre terminaban por volver a la normalidad por sí mismas. Sin embargo, más tarde me di cuenta de que aquella no era la manera más adecuada de solucionarlo.

Saqué mi teléfono móvil del bolsillo y observé la pantalla con impotencia. Ni una barrita de cobertura. Lo apagué y lo encendí unas diez veces. Giré sobre mí misma, caminé hacia la derecha, hacia la izquierda, de frente... Me subí en una piedra y elevé el brazo lo más alto que me alcanzaba. Me puse de rodillas hasta colocar el aparato a ras del suelo. Y allí, tirada sobre la calle empedrada, perdí por completo la paciencia.

—¡Estúpido cacharro! ¡No sé para qué estoy pagando un servicio que no funciona! ¡Malditos timadores! ¡Te voy a tirar a ver si con suerte te pisa un burro y no vuelvo a verte más!

Y, ni corta ni perezosa, así lo hice. Sin siquiera molestarme en mirar si venía alguien, lancé el teléfono con todas mis fuerzas hacia el otro lado de la calle.

—¡Eh! —el grito me hizo levantar la cabeza de inmediato, justo a tiempo de ver como Lucas dejaba caer unas cestas que llevaba en las manos y atrapaba mi móvil al vuelo, evitando que lo golpeará de lleno en la cara—. ¿Se puede saber qué te he hecho para que quieras matarme de esta forma tan horrible?

—¡Lo siento! —chillé mientras me ponía en pie y me acercaba hasta él a la carrera—. ¡No te había visto! ¿Estás bien?

—Yo sí —respondió, tendiéndome el teléfono—. Pero no sé si las verduras habrán sufrido daños... —añadió, a la vez que se agachaba.

En ese momento me percaté de que algunos tomates, pimientos y berenjenas se habían escapado de las cestas y descansaban esparcidos por el suelo. Me arrodillé a su lado y lo ayudé a recogerlos.

—¿Crees que están bien? —pregunté cuando terminamos.

—Aunque preferiría mantener un pronóstico reservado, por ser tú, te confiaré que creo que están fuera de peligro —respondió, con voz muy seria.

Aquella ocurrencia me hizo reír. Él sonrió. Nuestras caras se encontraban tan próximas que pude apreciar su perfecta y blanca dentadura. También me fijé de nuevo en su mandíbula marcada; aquel rasgo siempre me había parecido muy atractivo en los hombres. Y además olía tan bien... Cuando me di cuenta de que me había quedado embobada mirándolo, carraspeé, me puse de pie con un movimiento rápido y retrocedí un par de pasos. Él también se levantó, cargando una cesta en cada mano.

—¿Qué te ha hecho ese pequeño demonio para enfadarte tanto? —me preguntó con tono burlón.

Por un momento pensé que se refería a Federica. Por fortuna, justo cuando estaba a punto de contarle la absurda discusión que habíamos tenido por un bote de Cola Cao, comprendí que hablaba del móvil.

—No funciona —contesté—. Es imposible encontrar cobertura aquí y me gustaría poder hablar con mi amiga de vez en cuando.

—¿Has probado en la iglesia? —sugirió él.

Yo arrugué la nariz, preguntándome si me estaría tomando el pelo o si, por el contrario, estaría hablando en serio.

—¿Quieres que vaya a rezar para ver si me conceden cobertura para el móvil? —cuestioné, un tanto perpleja. Aunque, a decir verdad, ya me esperaba cualquier cosa de los habitantes de aquel pueblo.

Lucas rompió a reír a carcajadas, haciendo peligrar de nuevo el bienestar de las verduras. Yo lo miraba con las cejas arqueadas. No comprendía por qué a aquel chico siempre le parecía tan gracioso todo lo que yo decía.

Cuando ya pensaba que no recobraría nunca la compostura, por fin se

calmó y volvió a hablar.

—Bueno, es una posibilidad, no te digo que no —espetó, haciendo que arqueara aún más las cejas, hasta el punto de que pensé que se me saldrían de la frente—, pero a lo que me refería era a que en la iglesia sí hay cobertura. El párroco tiene un móvil por si los feligreses necesitan contactar con él de forma urgente y misteriosamente ese es el único punto del pueblo en el que se puede utilizar.

—¿En serio? —pregunté, un tanto alucinada. Lucas asintió—. De todas formas, te agradezco la información, pero prefiero no entrar en la iglesia. Me da un pelín de mal rollo.

Lucas volvió a reír, aunque esta vez de forma menos exagerada.

—No hace falta que entres —aclaró—. Es suficiente con que te sitúes en los alrededores. Si quieres, puedo acompañarte. Dejo esto a Federica y nos vamos.

—¡No! —respondí casi gritando—. Ahora no puedo. Es muy tarde ya y tenemos que salir a comprar unas cosas antes de la hora de comer. Usaré hoy una de mis noches libres. Si me dices cómo llegar...

—¡Perfecto! —exclamó entusiasmado—. Entonces te recojo esta noche y te acompaño. ¿A qué hora te parece bien? ¿Las nueve? ¿Las diez?

—No hace falta —protesté mientras lo seguía hacia el interior de la casa—. Puedo ir sola si me dices dónde está...

No estoy segura de si Lucas escuchó lo que le dije, pero desde luego no dio señales de ello. Se acercó a la anciana y la besó en la frente. Le preguntó cómo se encontraba y después se dirigió a la cocina para colocar las verduras en una especie de cajones de madera. Yo fui tras él.

—En serio, Lucas, no quiero molestar. Seguro que tienes cosas que hacer y yo puedo ir sola.

—No es molestia —respondió él—. Será un placer acompañarte —añadió mientras volvía al salón para reunirse con la anciana.

Yo me quedé un momento en la cocina. Ese chico no se enteraba de nada... Cuando salí, Lucas estaba atando los cordones de los zapatos de Federica. Apoyé las manos en las caderas y los observé. La estampa era de lo más tierna, y la dulzura con la que Lucas trataba a la anciana me hizo soltar un ruidoso suspiro que enseguida traté de acallar fingiendo una tos.

—Señora... —dijo Lucas con tono seductor, mientras ofrecía el brazo a Federica. Ella sonrió, se levantó despacio del silloncito y se agarró a él. Juntos, enfilaron rumbo a la calle.

—¿Adónde vais? —pregunté.

—Lucas nos acompaña a los recados —respondió Federica, sin volver siquiera la cara hacia mí.

Sacudí la cabeza.

—Qué bien. Pues vámonos todos juntos a comprar —respondí con ironía. Pero nadie me escuchó, porque solo yo permanecía ya en el interior de la casa.

CAPÍTULO 22

Tertulia en los ultramarinos

El camino hasta la tienda de ultramarinos fue un poco incómodo. Lucas y Federica caminaban por delante, ella agarrada al brazo de él y manteniendo la barbilla elevada, con el cuello estirado como jamás la había visto, mostrando lo orgullosa que se sentía del galán que la acompañaba. Yo los seguía unos pasos por detrás, con las manos en los bolsillos del pantalón y la mirada fija en el empedrado del suelo.

La puerta de la tienda de los Panzarrota estaba cubierta por una cortina de tiras de plástico a rayas verdes y blancas. Cuando la traspasamos, el bullicio que reinaba en el interior nos engulló sin previo aviso.

Detrás de la anticuada caja registradora se encontraba Macario, en silencio, con los brazos cruzados sobre el pecho. De vez en cuando asentía con la cabeza y abría la boca como si quisiera decir algo, pero volvía a cerrarla de inmediato, ya que su mujer, de pie en el centro de la tienda, no le permitía meter baza.

—Pues chica, son de lo más agradable que hay, además de muy fornidos—contaba Adelina a la vez que gesticulaba mucho con las manos—. Ayer mismo estuvieron aquí y se llevaron fruta, galletas, espuma de afeitar... Muchas cosas, pero claro, yo no quiero ser indiscreta, no puedo contar esas cosas. Son unos mozos de lo más encantadores. De verdad. No sabéis con qué educación me hablaban. Me preguntaron muchas cosas y escuchaban muy atentos. Tenían mucha curiosidad por las cosas del pueblo y eso ya es una novedad para un forastero.

A su alrededor estaba reunido un grupo de mujeres y hombres que la escuchaban con atención. Entre ellos se encontraban también Natalia, Aitor y otros dos chicos a los que no conocía, así que supuse que habrían llegado al pueblo durante los últimos días. En cuanto nos vieron entrar, parecieron perder todo el interés en la conversación. Se acercaron a nosotros y Natalia se

agarró del brazo de Lucas.

—¡Qué alegría verte! —dijo, con un tono cursi que a punto estuvo de hacerme vomitar.

Federica, como siempre ajena a los cotilleos del pueblo, estaba pidiendo a Macario los productos que necesitaba comprar, así que no me quedó más remedio que entablar conversación con Aitor.

—¿De quién hablan? ¿Hay alguien famoso en el pueblo? —pregunté, tratando de mostrarme interesada.

—Unos periodistas que se alojan en el motel de la carretera —respondió él, clavando sus ojos verdes en los míos con tal intensidad que consiguió intimidarme—. Por lo visto están aquí para escribir un artículo sobre la vida rural. Y, claro, con lo cotilla que es esta peña, están todos como locos con la novedad.

Yo me encogí de hombros porque no sabía qué decir. Miré de reojo a Natalia y vi que seguía colgada del brazo de Lucas y le hablaba muy bajito de algo que no conseguí entender. Él sonreía y mantenía la cabeza agachada.

—¿Vas a bajar el *finde* a la fiesta medieval? —me preguntó Aitor unos minutos más tarde. Yo lo miré sin saber de qué me estaba hablando. Nadie me había informado de ninguna fiesta—. Me parece una cutrez, pero las bebidas espirituosas tienen buena pinta.

—No sé si... —respondí, pero una carcajada exagerada de Natalia me interrumpió desde lejos—. Bueno. Intentaré pasarme.

—¡Claro que sí! Nos veremos allí, entonces. Vamos a estar todos.

Me pareció raro que hablara de todos, otra vez, como si ya fuéramos una pandilla de amigos. De hecho, los otros dos chicos se habían mantenido durante todo el tiempo a nuestro lado, asintiendo con la cabeza de vez en cuando, pero sin decir nada.

En ese momento, Federica regresó hasta donde estábamos, con su bolsa de tela áspera llena de comida. Se la quité de inmediato. Una cosa era que se encargase de hacer la compra y otra muy distinta que cargara después con ella. Me despedí de los chicos y nos dirigimos hacia la salida de la tienda. Lucas, que por fin se había soltado de los brazos de Natalia, nos siguió. Pero ella no pareció darse por vencida, porque le dijo algo a su anciana, tomó las bolsas que descansaban a sus pies y vino detrás de nosotros.

—Bueno, con vuestro permiso, tengo que marcharme ya —anunció Lucas, una vez fuera—. ¿Te recojo a las diez, Leire?

—¡Caramba! ¿Vais a ir por ahí juntos esta noche? —preguntó Federica, y dio la sensación de que se había llevado la sorpresa más inesperada de su vida.

—No... —comencé a decir, pero Lucas me interrumpió.

—Voy a llevarla a dar un paseo por el pueblo.

—Me parece estupendo —sentenció la mujer—. A ver si se le pega algo de ti y se amansa un poco la fierecilla que lleva dentro. ¡Mira que es chica, pero ni te figuras qué temperamento tiene la moza!

—Sí, ya he tenido ocasión de comprobarlo —dijo Lucas, haciendo que Federica dibujase una sonrisa.

Aquella conversación sobre mí en tercera persona hizo que me planteara si me habría vuelto invisible sin darme cuenta. El único signo de que mi cuerpo seguía siendo visible eran los ojos de Natalia clavados en mí. Le devolví la mirada y ella me dedicó un gesto de suficiencia. Un minuto después, Lucas pareció volver a ser consciente de que yo seguía allí.

—Te recojo a las diez, entonces. ¡Hasta esta noche!

Lucas besó en la frente a Federica y salió disparado hacia su casa, tan contento.

Aquello me hizo enfadar. No me gustaba nada que tomaran decisiones por mí como si yo no fuese capaz de hacerlo. No pensaba salir con Lucas aquella noche. ¡Ni hablar!

CAPÍTULO 23

Excursión a la iglesia

Pasamos el resto del día casi sin dirigirnos la palabra y justo antes de sentarnos a cenar me aseguré de cerrar la puerta de la casa. Federica me miraba con el gesto torcido mientras despedazaba con las manos unos boquerones rebozados que habíamos congelado el martes anterior. Después de la cena, nos sentamos a ver en la televisión un *reality* en el que los concursantes luchaban por obtener un contrato discográfico.

—¡En mis tiempos, los artistas no hacían tantas sandeces y había cantares bien hermosos! —espetó la anciana mientras una de las concursantes destrozaba un tema de una cantante de moda en el resumen que estaban ofreciendo del programa anterior—. ¿Tú no tenías un compromiso?

La miré y negué con la cabeza.

Justo en ese momento, el reloj marcaba las diez en punto de la noche y unos golpecitos sonaban en la puerta. Confiando en que Federica no los oyera, me hice la loca y fijé la vista en la televisión. Los golpes volvieron a sonar, pero, afortunadamente, los desgastados oídos de la anciana no se percataron de ello. Suspiré aliviada y me repanchigué en el sofá, suponiendo que Lucas se daría por vencido y se iría a su casa.

Pero no fue así. Un par de minutos más tarde, el sonido se trasladó a la ventana del salón y la cara del chico apareció al otro lado del cristal. Esta vez, Federica sí se dio cuenta.

—¡Pero hijo! —exclamó la mujer, haciendo ademán de ir a levantarse.

—Ya voy yo —dije con fastidio.

—Pensaba que me habías dado plantón —me dijo Lucas en cuanto abrí la puerta.

Yo puse los ojos en blanco y volví al salón seguida por el muchacho. Federica se había levantado y nos esperaba apoyada en el sillón. Lucas se acercó a ella y le tendió el brazo. La anciana se agarró a él, me dio las buenas

noches con tono seco y ambos desaparecieron por la puerta de la habitación. Esperé varios minutos de pie hasta que Lucas regresó.

—Ya está acostada —me dijo—. ¿Estás lista?

Suspiré resignada. No, aquel chico no se enteraba de nada. Al final consentí que me acompañase hasta la iglesia para poder llamar a Martina. Después le diría que se fuese a casa. No me apetecía pasar mi noche libre con él.

Cerramos la puerta al salir y dejamos la llave en su *escondite-maceta*. Caminamos en silencio por las calles oscuras del pueblo, uno junto al otro, pero lo suficientemente lejos para no tocarnos. De vez en cuando, Lucas carraspeaba como si fuese a decir algo, pero al final no lo hacía.

—Pues ya estamos aquí —anunció cuando la alta torre del campanario se alzó delante de nosotros.

En ese momento me acordé del primer domingo que pasé en el pueblo. Recordé que sonaron las campanas que llamaban a los feligreses a la misa de doce mientras Federica, sentada en su sillón, leía una revista que le había llevado Anselmo. Me acerqué a ella y le pregunté si no quería que la acompañase a la eucaristía. Ella elevó la vista y me miró muy seria. Sin embargo, tras los cristales de las gafas que utilizaba para leer, sus ojos parecían gigantescos y borraban cualquier intento de severidad en su rostro.

—¡Yo no creo en esas pamplinas! —sentenció—. El día en que estire la pata, no dejes entrar aquí a ningún sacerdote. Solo asegúrate de que me entierren al lado de mi Marciano, que en paz descanse. Nada más.

—De acuerdo —respondí, algo turbada, rogando en silencio no estar allí el día que aquello sucediese.

Pensar en la muerte o hablar de ella siempre me ha creado una enorme ansiedad. Eso de que una persona desaparezca de repente y no puedas volver a verla nunca más por mucho que quieras es algo que no he logrado aceptar. Pero lo que más me agobia de todo es pensar que el mundo seguirá girando cuando yo ya no esté en él. Se seguirán componiendo canciones, escribiendo libros y rodando películas, y yo ya no estaré aquí para verlo. Es muy raro pensar que un día alguien vivirá en mi casa, paseará por las calles por las que yo solía hacerlo, hablará con gente que me haya conocido, pero yo ya no existiré...

De pronto, la voz de Lucas me hizo volver al presente y darme cuenta de que estaba conteniendo la respiración.

—¿Qué decías? —le pregunté, sacudiendo ligeramente la cabeza.

Él sonrió, con esa perfecta y cálida sonrisa que tanta rabia me daba en aquel momento.

—Te decía que puedes intentar llamar desde aquí. Yo te dejo tu espacio. Te espero un poco más allá. Cuando acabes, avísame —dijo. Acto seguido comenzó a andar, se alejó bastante y se sentó sobre una roca dándome la espalda.

Le agradecí el detalle de darme espacio, pero me enfadó que no me dejara tiempo para decirle que no necesitaba que me esperase, que podía volver sola a casa. Suspiré y saqué el móvil del bolsillo sin muchas esperanzas de que aquello fuera a funcionar. ¡Pero lo hizo! ¡Tenía cobertura! Por un instante, me invadió tal alegría que me puse a dar saltitos. Afortunadamente, Lucas seguía de espaldas y no me vio. Busqué el número de Martina en la agenda y pulsé el botón verde. Un tono... Dos tonos... Pero nadie respondió al otro lado.

Cuando colgué, empecé a recibir mensajes, pero esta vez solo cinco: uno justo de Martina, que me pedía perdón por no haber podido dedicarme más tiempo durante el fin de semana, y cuatro llamadas perdidas de mi casa. Marqué de nuevo y esperé, pero obtuve el mismo resultado. Decepcionada, caminé hasta donde estaba Lucas.

—¿Ya has terminado? —preguntó, volviéndose hacia mí al escuchar los crujidos que provocaban mis pisadas sobre las hierbas secas.

—No ha contestado —le respondí, parándome delante de él.

—Bueno... seguramente estará ocupada y no ha oído el teléfono —auguré, intentando animarme—. Podemos esperar un rato aquí si quieres, por si te devuelve la llamada.

Aquel plan no me gustaba demasiado, pero las opciones entre las que podía elegir eran bastante limitadas. Si no me quedaba allí con Lucas tendría que meterme en casa para entregarme a la soledad de mi habitación. Otra posibilidad era bajar al bar a ver si estaba alguno de los otros chicos, pero eso me apetecía aún menos. Así que finalmente me encogí de hombros y me senté a su lado.

CAPÍTULO 24

Madres

—¿Puedo preguntarte algo? —dijo Lucas de pronto, rompiendo de un solo golpe el silencio que nos había envuelto con su suave paz.

Los minutos anteriores los había pasado observando el suelo, entregada a una tarea que requería una gran concentración: restregar la puntera de mi zapatilla contra la tierra para hacer un agujero. La pregunta de Lucas me pilló por sorpresa, no solo porque esas tres palabras juntas en el interior de unos signos de interrogación siempre anuncian una inminente tragedia, sino porque de verdad estaba completamente ensimismada.

—Claro —le dije por fin, abandonando por un momento la visión del suelo y situando los ojos en los suyos. Me fijé en que los tenía marrones en el centro, pero que según se iba alejando de la pupila, el tono iba aclarándose poco a poco hasta volverse verdoso. Aparté rápidamente la mirada y la clavé de nuevo en la tierra—. Otra cosa es que te responda...

Él hizo ademán de reír, pero no cuajó.

—¿Qué tal te va con Federica? —su tono esta vez era serio. Noté que me observaba, pero yo no levanté la cabeza y le respondí con un escueto «bien»—. Te lo pregunto porque hoy la he notado un poco disgustada... —añadió, agachándose y asomándose por debajo de mi melena roja para mirarme a la cara. Yo levanté la cabeza para devolverle la mirada.

—Bueno... esta mañana tuvimos una pequeña discusión, pero suponía que ya se le habría pasado... —respondí, queriendo hacerle ver que no había nada por lo que tuviera que preocuparse.

Pero no, él se negó a abandonar el tema ahí.

—¿Y eso? —me preguntó, asustado, demostrándome que no había captado el mensaje subliminal de mi explicación—. ¿Qué ha pasado?

Yo resoplé, haciendo que mi flequillo se moviera. Estaba visto que, definitivamente, aquel chico no captaba las indirectas y que había que

contarle todo con pelos y señales, pero ¿cómo explicárselo para conseguir calmarlo y que no hiciera una montaña de un grano de arena?

—¡No fue nada! El fin de semana, cuando estuve en mi casa, aproveché para comprar un bote de Cola Cao. Por si no sabes lo que es, me refiero a unos polvitos de chocolate que se echan en la leche. —Puede parecer una aclaración estúpida, pero teniendo en cuenta la cara de lelo con la que me miraba, por un momento pensé que estaba hablando en un idioma desconocido para él—. A Federica le molestó que lo hubiera comprado yo en lugar de pedirle que lo hiciera ella. Entonces yo le dije que a mí me molestaba que ella no me dejase hacer las tareas de la casa, que es por lo que me pagan. Ella gritó, yo grité y se acabó la discusión. El resto del día fue normal. ¿Ves como no pasaba nada?

Para mi sorpresa, Lucas se echó a reír. Sí, una vez más.

—¿Se puede saber qué te hace tanta gracia? —le pregunté, cruzándome de brazos.

—¡Sois las dos iguales! ¡Como dos chicas pequeñas! —exclamó, todavía riendo—. Las dos estáis molestas con la otra por una discusión tonta de esta mañana, pero ninguna tenéis el valor de dejar el orgullo atrás y hablar para aclararlo y pedir os disculpas.

—¡Yo no estoy molesta! —protesté—. Y no tengo por qué pedirle perdón. ¡No creo que ahora querer tomar el desayuno con chocolate sea un delito!

—Leire... —me dijo Lucas, poniendo una mano sobre mi hombro, que yo aparté casi de forma inmediata—, ¡reconoce que sois un par de cabezotas! No podían haber juntado a dos personas más parecidas que vosotras dos...

Yo no respondí. Entonces sí que estaba molesta. ¿Por qué tenía que meterse donde nadie lo llamaba?

—No me gusta pedir perdón... —dije en voz baja.

—Pues conmigo te disculpaste esta mañana —respondió él, pillándome por sorpresa. Como no sabía de qué me estaba hablando, se lo pregunté—. Cuando hiciste que se me cayeran las cestas no tardaste ni dos segundos en pedirme perdón.

—¡Pero eso es diferente! Es como cuando pisas a alguien en el Metro. Por si no lo sabes, es...

—Sé lo que es el Metro —me interrumpió—. Y también el Cola Cao. Aunque no lo creas, en este pueblo también somos niños antes de convertirnos en adultos.

—Perdón —solté de forma automática.

—¿Lo ves? ¡Acabas de disculparte conmigo otra vez! —exclamó, con tono triunfal.

—Pero esto no cuenta, es un acto reflejo. ¡Es por algo que había hecho sin querer! —sentencié, completamente satisfecha con mi explicación.

Lucas negó con la cabeza mientras sonreía divertido. Viéndolo, daba la impresión de que nunca había disfrutado tanto. Yo arqueé las cejas, miré la pantalla de mi móvil con la esperanza de que hubiera sonado y no me hubiese dado cuenta, y, al ver que no era así, volví a entregarme a mi tarea de «excavación del terreno con zapatilla de suela de goma».

—Oye, Leire, ahora en serio —me dijo Lucas, interrumpiéndome una vez más—. Sé que es muy complicado para ti, pero, por favor, cede, aunque solo sea esta vez. Federica está disgustada, aunque no quiera decírtelo, y no me gusta nada verla así. Ya sabes que ella para mí es como si fuera mi madre y a nadie le gusta ver sufrir a su madre. Además, ya es muy mayor...

Mi primer instinto fue quejarme, pero en aquel momento mi memoria retrocedió varias semanas y recordé el motivo por el que había enviado el currículo a aquella oferta de trabajo tan poco común. No voy a negar que una de las razones fuera que estaba harta de sentirme inútil, de pensar cada minuto que no tenía ningún futuro, que una vida así carecía de sentido; pero ese no fue el motivo principal.

Mi padre no dejaba de hacer cálculos y de recordarme cada día que ya había perdido otras veinticuatro horas de cotización y que, por tanto, mi jubilación se retrasaba en la misma medida. No sé si estaba en lo cierto o era solo mi imaginación, pero, en ocasiones, oculto tras esa máscara de pragmatismo, atisbaba un mínimo resquicio de sentimientos: pena, compasión, solidaridad y afecto hacia una hija que estaba sufriendo.

Por el contrario, mi madre mostraba abiertamente su preocupación y se pasaba las horas llorando y observándome desde atrás como un fantasma, lamentándose por mi falta de actividad y reprochándose una y otra vez que se me estuviera escapando entre los dedos una etapa de mi vida que jamás

regresaría.

Fue por esto último por lo que decidí dejar de centrarme en los posibles empleos relacionados con mi formación e intentarlo en cualquier cosa que apareciese ante mí. No soportaba verla sufrir y mucho menos ser yo la causa.

—Está bien... —le dije al final a Lucas—. Mañana hablaré con ella...

—Gracias —me respondió, dibujando una expresión en su rostro que bien mostraba que su gratitud era sincera.

Justo entonces, se me ocurrió una idea.

—Ahora vuelvo.

—¿Vas a intentar volver a llamar a tu amiga? —me preguntó Lucas.

—Sí —respondí yo, antes de empezar a caminar para alejarme de él.

Pero no fue el número de Martina el que marqué. Los tonos de llamada comenzaron a sonar y antes del tercero escuché el clic que indicaba que habían descolgado.

—¡Hola, mamá!

—¡Leire! ¡Hija! ¡Cariño, ven; es la niña la que llama! —escuché al otro lado.

Aquella noche hablé durante mucho rato con mi madre, de todo y de nada. Bueno, más bien, ella habló y yo escuché. Emocionada, me contó lo que había hecho en el trabajo ese día y me puso al corriente de algunos cotilleos del barrio. Incluso mi padre, después de preguntarme por el trabajo, el cumplimiento del contrato y el sueldo, me comentó, con la misma ilusión que un niño, que ya había conseguido construir las bases de las dos torres de su puzle del Tower Bridge.

Cuando colgué no volví con Lucas inmediatamente, sino que me quedé observándolo desde la distancia. En realidad no veía mucho más que una espalda ancha con unos hombros fuertes, pero eso bastó para mantenerme embelesada durante unos minutos. Cuando me di cuenta de la estupidez de las ideas que me rondaban la mente, sacudí la cabeza tratando de arrojar aquellos pensamientos lo más lejos posible. Entonces fui a buscarlo y le dije que ya estaba lista para regresar a casa.

CAPÍTULO 25

29 de mayo 1958

Querida Aquilina:

¡No te figuras las buenas noticias que te envío con estas letras! Con tu memoria tan extraordinaria, seguro que no has olvidado que en mi anterior carta te hablaba de lo ocupado que estaba trabajando en el taller. Lo mismo incluso quedaste picada por la curiosidad por aquello que te dije de que era por un mandado que esperaba me hicieran enseguida.

¡Ay, hermana! Qué bien hice estando prevenido, pues hace unos meses empezaron a construir un edificio pequeño en los terrenos de las afueras del pueblo. ¡Ni te figuras! Han estrenado anteayer un restaurante de lo más moderno y en el piso de arriba tiene camas para que se aposenten los viajeros que pasen por aquí. ¿Y qué te importa a ti esta nueva? Sé que te lo estás preguntando, hermana, porque tú siempre quieres saber... Pues resultó que el Gazpacho envió al patrón de la obra a hablar conmigo para preguntarme si podía hacerle las sillas y las mesas para el *restaurán*. Claro está que el hombre quedó maravillado cuando le hice pasar a mi taller y le mostré los muebles que ya tenía labrados. ¡Bueno, hermana, no sabes qué cara de asombro puso! Los cuartos que me pagó por el trabajo nos han venido muy bien a Federica y a mí. Y no es que andemos con el cinturón apretado, que no nos falta de *na*, pero tener unos ahorritos bajo el colchón nunca está de más.

Ya ves, Aquilina, que, aunque a veces aparente lo contrario, tu hermano no es ningún chiflado. Yo sé lo que me hago. O por lo menos, eso me parece a mí.

Bueno ¿y cómo te encuentras tú? ¿Y nuestro hermano? ¿Cómo están su esposa y mis sobrinos? Creo que ya son tres criaturitas, ¿no es cierto? Como sigan así se verán rodeados de chiquillos por todas partes en menos que canta un gallo. Ay, hermana, cuánto pienso en ellos todos los días. ¡Y lo que gozaría mi Federica con los críos, con lo niñera que es! Yo sacrificaría todo

lo que tengo si a cambio ella pudiera sacarse esa espina que lleva clavada de no ser todavía madre. Es una buena moza, amable con todo el mundo, vivaracha y que me hace ser el hombre más feliz del mundo. No sé qué más puedo hacer por ella. Aquilina, no me gusta ver esa sombra de pesadumbre en sus ojos traviesos.

Bueno, hermana, me vuelvo a mis faenas. Mándame pronto tus noticias.

Con afecto,

Tu hermano el leñero chico

CAPÍTULO 26

La tregua

Esa noche fue la primera que dormí de un tirón desde que estaba en Villagamitos de Tuétano. Cuando bajé las escaleras por la mañana, Federica estaba sentada en una de las sillas que rodeaban la mesa. Me sorprendió que no se encontrase en la cocina luchando por prepararse el desayuno con una mano mientras con el otro brazo se apoyaba en la encimera para mantenerse más o menos enderezada.

—Buenos días —saludé.

—Buenos días —respondió ella—. Te estaba esperando para el desayuno. No quería que me riñeras.

—Ahora mismo lo traigo —anuncié mientras cruzaba la puerta de la cocina.

Serví el desayuno y me senté a la mesa frente a la anciana.

—Siento lo de ayer —murmuré a una velocidad exagerada.

—¿Qué dices? —preguntó Federica, levantando la vista de su tazón.

Durante un instante pensé que lo estaba haciendo a propósito, para mofarse de mí y regodearse en el placer que produce que sea el otro el que se humille y pida disculpas. Enseguida deseché la idea, porque era consciente de que había hablado demasiado bajo para que los ancianos oídos de la mujer pudieran captar el mensaje.

—Que siento lo de ayer —repetí, esta vez en voz alta.

—No pasa nada, niña —contestó ella, sorprendiéndome. Pensaba que me regañaría por ser tan borde o que me echaría en cara que no la hubiera tratado bien a pesar de ser mi trabajo cuidarla. Pero no hizo nada de eso.

En aquel momento ni se me pasó por la cabeza, pero un tiempo después descubrí que Lucas había tenido con ella una conversación similar a la que había tenido conmigo la noche anterior.

—Es una situación peliaguda para las dos, pero no nos queda otra que

sacrificarnos. No tengo ya edad para andar *reguñendo* todo el día —añadió la anciana.

Yo le sonreí, le dije que estaba de acuerdo e introduje la cuchara en el bote de Cola Cao.

—En mis tiempos, el lechero nos traía la leche todas las mañanas, recién ordeñada —me explicó—. Algunas veces la hervíamos antes, pero otras veces la bebíamos así y bien rica que era y bien sanos que estábamos todos entonces. Eso sí era leche y no lo que tomáis ahora.

Nunca había sabido qué se dice cuando una persona mayor te cuenta una historieta de abuelo, así que me limité a asentir y seguí removiendo con la cucharilla.

—¿Puedo catarlo? —me preguntó enseguida, mirando al chocolate con expresión de niña traviesa.

—¡Claro! —respondí, aguantándome la risa y acercándole el bote.

Federica metió la cuchara hasta cuatro veces y después se bebió la leche; se dejó unos bigotes de chocolate muy graciosos.

No nos hizo falta decir nada más. Puede que nunca llegásemos a llevarnos bien y quizá jamás consiguiéramos aceptar la situación que nos había tocado vivir, pero las dos sabíamos que teníamos que hacer un esfuerzo por soportarnos.

Para Federica, que llevaba toda su vida cuidando de los demás (primero de sus hermanos, después de su marido y más tarde de Lucas) no era sencillo acostumbrarse a que los roles hubieran cambiado y tuviera que ser ella la que recibiera las atenciones; no era capaz de quedarse sentada mientras otra persona se ocupaba de las cosas que consideraba que eran su obligación. A ello se añadía el tener que ver a una desconocida pululando libremente por su casa.

En mi caso, era exactamente lo opuesto. Durante toda mi corta vida me había limitado a cuidar de mí misma. No me gustaba depender de nadie ni tener que pedir ayuda a otros. Tampoco quería que nadie sintiese que su existencia dependía de mí. Siempre había pensado que cuando quieres hacer algo bien tienes que hacerlo tú mismo, que no puedes contar con nadie. Y hasta entonces así se había regido mi vida la mayor parte del tiempo: yo no pedía nada a nadie y ellos no me pedían nada a mí. Y ahora, de golpe, sentía

que una persona anciana y frágil dependía completamente de mí. Y eso me asustaba.

Y aquella mañana, bebiendo leche con chocolate, firmamos un contrato tácito, una tregua de paz para que los miedos y los defectos de cada una de nosotras no consiguieran convertir nuestras vidas en algo insoportable.

CAPÍTULO 27

La fiesta del ciervo milagroso

La famosa fiesta medieval de la que todos habían estado hablando durante los últimos días era en realidad una festividad popular que el pueblo organizaba para celebrar el Día de San Huberto, que, por lo visto, era el patrón de Villagamitos de Tuétano. Un anciano con el que nos habíamos cruzado por la calle unos días antes me había contado una historia sobre un ciervo milagroso al que se le había aparecido un crucifijo entre la cornamenta cuando trataban de cazarlo. O algo parecido.

El caso es que, el sábado, las calles del pueblo amanecieron envueltas en un aire festivo bastante sorprendente. Todo el mundo parecía haber salido de sus casas e incluso daba la sensación de que los habitantes se habían multiplicado de repente.

—Verás como el pueblo hoy no se te presenta tan aburrido —me había dicho Federica después de desayunar. Parecía impaciente por enseñarme lo que estaba ocurriendo en las calles. Nunca antes la había visto tan animada.

Caminamos despacio hasta la plaza mayor, donde habían instalado varios puestos ambulantes en los que vendían todo tipo de bisutería, pañuelos y distintos tipos de vasijas. En el centro mismo de la plaza habían colocado un palo de madera de varios metros de altura y alrededor se agolpaban la mayoría de los vecinos del pueblo. Nos acercamos un poco para unirnos a ellos y entre el gentío pudimos distinguir a Lucas, que nos saludó con la mano. Federica le devolvió el saludo y después se volvió hacia mí para instruirme en las tradiciones locales.

—Es la cucaña —me explicó, alzando la voz para hacerse oír en medio de aquel jaleo—. ¿Ves que arriba hay una pata de jamón? —Yo dirigí la vista hacia donde me indicaba y asentí con la cabeza—. Los mozos tienen que trepar hasta arriba para alcanzarlo. Pero no te figuras qué guasa cuando se encaraman: está toda untada de manteca y resbalan —añadió con un brillo

pícaro en los ojos.

Alguien hizo sonar un silbato y un hombre de unos cuarenta años se abalanzó hacia el tronco. Subió mucho más deprisa de lo que me esperaba, pero a mitad de camino empezó a escurrirse. Resultaba bastante cómico ver cómo intentaba avanzar con todas sus fuerzas, pero era incapaz de moverse ni un centímetro. Al final, no tuvo más remedio que darse por vencido.

El siguiente en acercarse a la base de la cucaña fue uno de los chicos que había conocido en el bar, el de los hombros anchos cuyo nombre empezaba por J. De pronto, clavó la mirada en mí y me saludó. Yo levanté un pulgar como para darle ánimos, aunque creo que no le hacía falta en absoluto. Enseguida se puso a hacer poses para mostrarnos todos sus músculos, se quitó la camiseta y me la tiró. Por suerte, reaccioné a tiempo para evitar que me golpeará en la cara. La sujeté con dos dedos y estiré el brazo con disimulo hacia un lado para alejarla de mí. Lucas, que había seguido la trayectoria de la prenda con la mirada, sacudió la cabeza y se cruzó de brazos. El silbato sonó entonces y el muchacho se lanzó con todas sus ganas hacia el palo. Sin embargo, su intento resultó un verdadero fracaso, porque no fue capaz de alejarse ni un metro del suelo. Avergonzado, se dirigió hacia mí dando zancadas y golpeando con los hombros a todos los que se pusieron en su camino, recogió su camiseta y se marchó a toda prisa.

—Vaya con tu amiguito... —Lucas se había acercado a nosotras y hablaba con tono jocoso—. Mucha fuerza, pero poca maña.

—¿Y tú? ¿No lo intentas? —le pregunté.

—No, no quiero dejar en ridículo al resto.

Yo chasqué la lengua.

—¡Venga ya! ¿No será que tienes miedo a ser tú el que quede en ridículo? Seguro que no eres capaz ni de sujetarte al tronco —dije para picarle.

Lucas dibujó una media sonrisa, levantó las cejas y me dio la espalda. En cuanto el hombre que estaba intentando alcanzar el jamón se cayó, Lucas se acercó con decisión hacia la cucaña.

—¡Ay, ay! ¡Vamos, Lucas! —chilló una voz femenina. Enseguida vi a Natalia, rodeada de tres chicas más, que se acercaba a la carrera hacia el centro del corro—. ¡Vamos, Lucas, tú puedes! ¡Eres el mejor!

Si la hubiera tenido más cerca, es posible que hubiese sido capaz de ver cómo babeaba.

Lucas empezó a trepar a ritmo lento pero seguro. Se abrazaba a la cucaña con todas sus fuerzas y se ayudaba de los pies para ascender. Yo estaba segura de que iba a conseguir el premio. Sin embargo, cuando ya casi estaba rozándolo con los dedos, se dejó caer como un bombero cuando se tira por la barra al recibir un aviso. Al instante, las cuatro chicas lo rodearon, pero antes de que lo perdiera de vista, aún tuvo tiempo para mirarme y guiñarme un ojo.

Después del de Lucas, hubo varios intentos más, hasta que, por fin, un hombre cincuentón, bajo y bastante corpulento, consiguió hacerse con el ansiado botín. Si hubiera tenido que participar en una porra para adivinar al ganador, jamás habría apostado por él.

—Es uno de los periodistas que se alojan en el hotel —nos explicó Luciana, que había aparecido detrás de nosotras de repente—. ¿No es estupendo que se impliquen tanto en la vida del pueblo?

—Querrán documentarse en primera persona —respondí.

—Y encima son todos tan gallardos que da gusto verlos —continuó ella—. Me parece que son tres. Y dos son padre e hijo. No sé si es este el padre o el otro, pero, moza, igual puedes hacer buenas migas con el jovencito, que debe de ser pocos años mayor que tú.

Yo ya ni siquiera podía ver al hombre, solo distinguía una mano en alto que sujetaba una pata de cerdo como si fuera el trofeo de la Champions League.

—Chica, vámonos ya, que no puedo estar más de pie —dijo Federica. Y yo se lo agradecí, porque ya estaba aburrida de aquel desfile de machos ibéricos.

—Os acompaño, que quiero daros un cacho de trenza de hojaldre para que Leire la pruebe —sentenció la Harinas.

La mujer no paró de parlotear durante todo el camino. Yo trataba de mantener la atención, pero al final desistí y opté por asentir con la cabeza cada cierto tiempo y esperar que no me hiciera ninguna pregunta. Un poco antes de llegar a la panadería, nos cruzamos con cuatro niños que corrían, reían y chillaban, huyendo de dos cabezudos que los perseguían con un palo.

¡Era la primera vez que veía niños! Desde luego, aquella fiesta parecía haber resucitado las calles de Villagamitos.

CAPÍTULO 28

La noche medieval

Esa noche, después de cenar, como Federica estaba entretenida viendo la televisión, me había subido a mi habitación a tocar un poco el bajo.

—¡Chica! ¡Ha venido Lucas a por ti! —le escuché decir a la anciana de repente desde el piso de abajo.

Aquello me extrañó, porque no habíamos quedado. Dejé el instrumento sobre la cama y bajé las escaleras de dos en dos. Cuando lo vi parado en medio del salón, fui incapaz de reprimir las carcajadas. Él, en lugar de molestarse, se echó a reír también, hizo una reverencia y giró sobre sí mismo para que pudiera verlo desde todos los ángulos. Se había transformado en una mezcla entre Robin Hood, un pirata y el príncipe de la Bella Durmiente. Llevaba puesta una especie de túnica gris oscuro que le llegaba por debajo de las rodillas y entallada con un cinturón marrón. Debajo se le veían unas mallas negras y se tapaba las botas con unas fundas para que pareciera que eran altas. Además, se había engominado el pelo hacia atrás.

Sin embargo, lo que más me preocupó fue la caja que llevaba en la mano. Sospechaba lo que había dentro. Y acerté.

—Aquí tienes tu traje —me dijo, tendiéndome el paquete—. Se lo encargué hace unos días a una de las costureras que trabajan con el Aguja. Suponía que no tendrías. Espero que te guste. Lo ha tenido que hacer de prisa y corriendo, pero me parece que le ha quedado muy bien.

Estiré el brazo muy despacio y tomé la caja. La abrí y dentro encontré un conjunto de telas brillantes dobladas con esmero. Las acaricié y me di cuenta de lo suaves que eran.

—Oye, Lucas —comencé a decir mientras cerraba de nuevo la caja—, te agradezco mucho el detalle, de verdad. Pero es que no soy mucho de disfrazarme... Además, esta noche no me toca librar y Federica...

La anciana, que se había mantenido en silencio durante todo el tiempo,

sacudió la cabeza y me señaló con el dedo.

—¡Cierra el pico y no seas mojigata! —espetó—. Sube ahora mismo a tu cuarto a apañarte.

Arrugué el entrecejo, pero no me atreví a rechistar, así que subí a mi habitación lo más deprisa que pude y saqué el traje de la caja. Era un vestido de dos piezas. Por un lado estaba la túnica blanca, que me llegaba hasta los pies, y por otro, un chaleco azul celeste para poner encima, atado con unos cordones que se cruzaban sobre el pecho. De él colgaba una especie de falda del mismo color, que se unía a la altura del ombligo con un broche en forma de flor. Para completar el conjunto, había una corona finísima de flores blancas y azules. Tardé bastante rato en averiguar cómo ponérmelo, pero una vez que me vi en el espejo no pude negar que era precioso. En los pies me puse mis Converse, pues no disponía de ningún calzado que pegase con aquel traje de princesa medieval.

—¡No vale reírse! —advertí, antes de poner un pie en la escalera.

Federica y Lucas me observaban tan fijamente mientras descendía los últimos peldaños que estuve a punto de caerme.

—¿Qué pasa? ¿Tan mal me queda? —pregunté, haciendo ademán de volverme a mi cuarto para quitarme aquel estúpido disfraz. Lucas me agarró del brazo para impedir que me fuera.

—Está preciosa, *milady*.

—Gracias —murmuré, notando como el rubor me teñía las mejillas.

—¡Andando! Largaos de una vez —interrumpió Federica, empujándonos hacia la puerta—. Gozad mucho el guateque.

—Pero, un momento, que tengo que ayudarla a acostarse —repuse, volviéndome hacia ella.

—Qué niñera más sargento me han endosado. ¿Tú ves? —protestó Federica.

Aun así, no opuso mayor resistencia y me dejó acompañarla hasta la habitación mientras Lucas apagaba la televisión.

Diez minutos después, estábamos los dos en la calle. No tenía ni idea de adónde íbamos con esas pintas, pero seguí a Lucas sin protestar; no quería que Federica volviera a llamarme mojigata. Me resultaba un poco complicado caminar con un vestido tan largo, pero por otra parte era divertido parecer una

princesa por una vez...

Aunque al salir había imaginado que nuestro destino era la plaza Mayor, en realidad tomamos la dirección opuesta, hacia la parte alta del pueblo. Allí, un poco alejada de las casas, había una gran explanada donde ya se encontraba un montón de gente vestida con disfraces medievales y con vasos en las manos. A un lado había un camión, convertido en escenario, sobre el que un grupo versionaba temas populares. En el centro, unos cuantos hombres se encargaban de encender una hoguera enorme.

—Pero esto no es muy medieval, ¿no? —le pregunté a Lucas, mientras el grupo tocaba el *Vals de las mariposas*.

—Bueno, en Villagamitos hacemos nuestra propia interpretación de las tradiciones —respondió, dibujando una enorme sonrisa.

Sin apenas darme cuenta, nos vimos rodeados por unos diez chicos y chicas de nuestra edad. Aitor hizo de maestro de ceremonias y nos presentó a todos. Enseguida, Natalia se agarró al brazo de Lucas y lo arrastró hacia una improvisada barra donde Florita y Faustino servían las famosas «bebidas espirituosas». Yo me quedé allí plantada intentando unirme a alguna de las conversaciones triviales que pugnaban con el alto volumen de la música.

—Me encanta cómo te queda ese vestido, Colorina. —Ante mí había aparecido de repente el chico del que era incapaz de recordar el nombre. Sabía que era Juan, Javier o algo parecido, pero no me atrevía a preguntárselo para no quedar como una completa perdedora. Me tendió un vaso con un cóctel de color rosado y yo lo tomé a la vez que le daba las gracias.

El resto de la noche no fue demasiado diferente a ese comienzo. Escoltada en todo momento por *JuanJavierJoaquín*, charlé a voz en grito con gente a la que apenas conocía mientras bebíamos cócteles de colores. Casi no estuve con Lucas, pues Natalia lo acaparó durante la mayor parte del tiempo. Los veía un poco apartados, hablando y riendo como dos tortolitos. ¡Incluso los vi bailar! Aquello me molestó bastante; no por el hecho de que Lucas estuviera tonteando con esa individuo, sino por haberme obligado a disfrazarme y haberme arrastrado hasta aquella estúpida fiesta para luego abandonarme entre desconocidos.

Mi improvisado acompañante iba acercándose cada vez más a mí y apoyaba la mano en mi espalda para impedir que me escapara. Es más, los

centímetros que nos separaban eran inversamente proporcionales a la tasa de alcohol en su sangre. Y bebía bastante deprisa. Yo cada vez me sentía más incómoda, pero las pocas veces que advertí que Lucas me miraba de reojo, traté de aparentar que me lo estaba pasando tan bien como él.

Al final de la noche, cuando la hoguera empezó a perder intensidad y la gente comenzó a marcharse, me despedí de todos y me dispuse a volver a casa.

—Voy contigo —balbució el chico del nombre con J.

—No hace falta, de verdad —respondí yo enseguida—. Quédate. Si seguro que esto dura todavía un rato.

—Prefiero irme contigo —sentenció él.

Yo me mordí el labio mientras intentaba encontrar una buena excusa para librarme de él. Y cuando estaba a punto de rendirme, apareció Lucas seguido de Natalia.

—¿Te vas ya? —me preguntó.

—Sí, quiero dormir unas horas antes de que se levante Federica.

—Te acompaño —dijo él.

—No hace falta, Lucas. No me voy a perder —respondí con tono seco.

Natalia asintió con la cabeza y se agarró al brazo de Lucas.

—No le va a pasar nada —ronroneó—. Así que mejor te quedas conmigo. O nos vamos a otro sitio, si lo prefieres...

—Tengo que acompañarla. Yo la he traído y yo voy a dejarla en casa. Se lo prometí a Federica —objetó Lucas—. Además, su casa me pillará de camino y yo también tengo que irme. Mañana me toca madrugar.

—Pobrecita. Ahora necesita un guardaespaldas —soltó Natalia, antes de resignarse y colgarse del cuello de Lucas para darle dos besos de despedida—. Buenas noches. Sueña conmigo.

Levanté las cejas, asombrada. Aquello sonaba a excusa barata, pero de todos modos yo ya no tenía ganas de seguir discutiendo. El frío, que había ido ganando terreno al fuego, se me colaba por debajo del vestido haciéndome tiritar. Además, estaba cansada de estar de pie y los temas que versionaba la orquesta eran cada vez más excéntricos. Quería irme a casa de verdad.

—¡Me la iba a llevar yo, fulano! ¡Nos has cortado todo el rollo! —

protestó *JuanJavierJoaquín*.

Lucas me miró confuso, pero, por suerte, el gesto de mi rostro resultó lo suficientemente esclarecedor. Me pasó el brazo por los hombros y me condujo hacia el camino que conectaba la explanada con la parte habitada del pueblo.

—¡Lo siento! ¡Otra vez será! —canturreó mientras nos alejábamos.

Estuve a punto de soltar una carcajada, pero el contacto del brazo de Lucas sobre la fina tela del vestido me había puesto tensa. En cuanto estuvimos fuera de la vista de los demás, me soltó. Yo me aparté de él unos centímetros y me alisé el chaleco.

—Gracias por rescatarme de las garras del malvado moscón —declamé, como si estuviera en una obra de teatro.

—Ha sido un placer —respondió él, haciendo una pequeña reverencia.

—Pero siento haberte estropeado la noche con Natalia. Pintaba calentita la cosa... —añadí, con la vista fija en el suelo.

—Tranquila —dijo él. No lo veía, pero en su voz noté que estaba sonriendo—. Sobreviviré.

Caminamos a buen paso por las calles desiertas del pueblo. Los habitantes que no estaban en la fiesta ya se habían resguardado en sus casas horas atrás.

—Bueno, pues hasta mañana —dije cuando llegamos a la entrada de la casa de Federica. Me volví y me dirigí hacia la puerta para recoger la llave que estaba oculta en la maceta.

—Espera, que tengo una cosa para ti. —Lucas caminó hacia mí y se detuvo a escasos centímetros de mi espalda. Podía notar su aliento en mi nuca —. No mires —advirtió.

Obedecí. Lo oí rebuscar en el bolsillo de la túnica. No sabía qué iba a hacer, pero mi corazón empezó a acelerarse poco a poco hasta alcanzar un ritmo de caballo desbocado. Entonces, colocó un colgante sobre mi pecho y lo abrochó en la parte de atrás con mucho cuidado, a la vez que sus labios rozaban con muchísima suavidad el lado izquierdo de mi cuello. No fue un beso, sino solo un simple roce, como el aleteo de una mariposa, que me provocó un escalofrío en todo el cuerpo. Agaché la cabeza y levanté con la mano el pequeño abalorio que colgaba del cordón negro: era un tribal

plateado.

—Lo vi esta mañana en un puesto de la plaza y me pareció que te quedaría bien. Si lo miras al revés es como una llamarada. Espero que te guste —añadió.

—Es muy bonito. Gracias —le dije, volviéndome hacia él.

—De nada —respondió, con una enorme sonrisa blanca pintada en la cara. Se mantuvo un momento en silencio, mirándome y después continuó—. Bueno, ya nos veremos.

Yo asentí con la cabeza y lo observé alejarse deprisa por el camino de tierra mientras los primeros rayos de sol empezaban a desperezarse tras el horizonte.

CAPÍTULO 29

12 de abril 1959

Amada hermana:

No te figuras cuánto lamento lo que sucedió anteayer. Este incauto que tienes como hermano se dejó arrastrar por la dicha y juro que no había más intención en mí que la de compartirla contigo, Aquilina. No tuve una ocurrencia mejor que presentarme en el pueblo en el que nací y en el que ahora no soy más que un forastero indeseable. También fue mala pata tropezarme con nuestro hermano junto a la fuente. ¡Menuda marimorena que se armó en un instante! Cuando lo vi me entró gana de darle un abrazo, pero él casi echaba humo por los oídos. Se puso todo colorado y apretaba los puños tan fuerte que sus nudillos se volvieron tan blancos como la cal. Entonces tuve miedo, Aquilina. No quiero repetir las palabras tan feas que salieron de su boca porque sé que en el fondo no las dice con maldad. Pero confieso que vi el cielo abierto cuando apareciste corriendo detrás de la húngara. ¡Ay, hermana, si no llegáis a aparecer sé que habría recibido más palos que una estera! Porque a mí jamás se me ocurriría ponerle una mano encima a nuestro hermano, así que solo habría hecho el papel del petate lleno de tierra con el que entrenan el boxeo. Fue una pena tener que huir de allí como un delincuente, pero me gustó verte, aunque fuera solo un segundo.

Lo que quería contarte es que estoy esperanzado. No puedo explicarte por qué, pero por primera vez veo posible que mi mujer de una vez cumpla su ilusión de traer al mundo una criatura. A lo mejor a ojos extraños puedo asemejarme a un completo demente, pero algo me dice que por fin vamos a poder quitarnos la única mancha que emborrona la felicidad de nuestro matrimonio.

Descuida, querida hermana, que cuando llegue el día, serás la primera en recibir la buena nueva.

Espero que estés bien.

Te quiere,

Tu hermano el chico

CAPÍTULO 30

Cosas que no sabemos

Tras dos meses viviendo en Villagamitos de Tuétano, por fin parecía que las cosas empezaban a ir a mejor. Aunque ninguna habíamos sido capaz de adaptarnos a los enormes cambios que habían sufrido nuestras vidas y los rifirrafes de la convivencia afloraban de vez en cuando, Federica y yo disfrutábamos de una apacible etapa de armonía, sustentada en nuestro Armisticio del Cacao. «No hay más tutía», era como definía la anciana nuestra situación.

Las mañanas eran bastante tranquilas, ya que siempre estábamos ocupadas: preparar el desayuno, asearnos, hacer la compra y pasear eran nuestras tareas durante las primeras horas del día.

Las tardes, sin embargo, solían hacerse demasiado largas y tediosas. Nos pasábamos la mayor parte del tiempo sentadas en el salón con la televisión encendida. Los días en los que Federica estaba de buen humor, hablaba sin parar y me contaba anécdotas de su vida y de personas que yo no tenía ni idea de quiénes eran. Otras veces, aprovechaba estas pequeñas historietas para lanzarme pequeñas pullitas a las que yo respondía haciendo oídos sordos para no enfadarme.

—¡Ay, los jóvenes de hoy en día! —Así solía empezar su discurso—. Siempre os han dado todo hecho, por eso no sabéis valorar nada. ¡Yo cuando era chica tenía que caminar cuatro kilómetros hasta la fuente para traer agua!

Al final, asentía con la cabeza y dibujaba una mueca que era una mezcla entre una sonrisa pícara y un gesto de superioridad. Creo que disfrutaba haciéndome rabiar.

Dolores, la asistente social, nos hacía una visita cada quince días. Tras charlar con nosotras durante un rato, salía de la casa con una sonrisa que expresaba lo orgullosa que se sentía de lo bien que marchaba todo.

La llegada paulatina del invierno trajo consigo un frío muy diferente al

que yo estaba acostumbrada. No sabría cómo describirlo... quizá se podría decir que era un frío «limpio», más intenso y doloroso que el que había experimentado durante los demás inviernos de mi vida. Mi frío estaba mezclado con el humo que salía de los coches y de las chimeneas de los edificios, pero el frío de Villagamitos solo encontraba la resistencia de las pequeñas estufas y los hogares hechos con leña recién cortada, así que llegaba puro y se colaba libremente por cualquier rendija.

Además, las noches empezaron a hacer su aparición cada vez más temprano y a media tarde el pueblo se sumía en una oscuridad que tenía como única banda sonora los crujidos de los árboles zarandeados por el viento que pasaba dando chillidos desconsolados. Todos los habitantes de Villagamitos se escondían en sus casas o en el bar de Faustino y Florita, al abrigo de la estufa o el brasero oculto tras las faldas de la mesa camilla, dejando las calles del pueblo sumidas en una completa y espeluznante soledad. No fueron una ni dos las noches que pasé con la lamparita de la mesilla encendida. Reconozco que tenía miedo y que cuanto más lo pensaba, más me asustaba a mí misma, entrando en un bucle psicótico que me mantenía despierta hasta que el sol comenzaba a asomarse por detrás del amplio pinar para devolverme la cordura. De vez en cuando seguía recurriendo al cuaderno de cartas de Marciano cuando necesitaba calmar los terrores nocturnos o simplemente alimentar la curiosidad que me picaba dentro cada vez con más fuerza. Tenía cientos de preguntas que me encantaría haberle hecho a Federica, pero que, por supuesto, no me atrevía a formular.

Aquella mañana de mediados de noviembre había acompañado a Federica a casa de Anselmo. Por lo visto, de vez en cuando, la anciana pasaba el rato ayudando al hombre a preparar tarros de verduras y frutas en conserva. Era una tarea con la que Federica disfrutaba, aunque, a decir verdad, parecía que la anciana se lo pasaba bien con cualquier tarea doméstica. Por ello, toda excitada, me había hecho madrugar más de lo normal y habíamos salido de casa cuando todavía era de noche.

Yo no había vuelto a ver a Lucas después de la fiesta medieval y me sentía bastante nerviosa por cómo reaccionaría cuando lo tuviera delante. Cada vez que recordaba su tacto delicado en el cuello, un escalofrío me

recorría todo el cuerpo haciendo que se me erizara de nuevo la piel. Ni siquiera sabía si él había sentido algo parecido y, aun así, yo no quería pillarme por nadie de aquel lugar. Por eso me había pasado los últimos días luchando conmigo misma por olvidarlo, por convencerme de que, en realidad, ni siquiera había tenido importancia...

Al llegar a la verja de la casa del final del camino de tierra, nos recibió el enorme pastor alemán.

—¡Calla, Clapton!

Un cosquilleo se me instaló en el estómago cuando vi a Lucas aparecer por detrás del edificio. Me llevé la mano al vientre y presioné un poco, como si así pudiera espantar a las mariposas que me revoloteaban por dentro.

El can obedeció al instante y se sentó junto a la puerta a esperar a su dueño.

—¿Tu perro se llama Clapton? —pregunté con toda la naturalidad que pude reunir, mientras Lucas abría el pestillo para dejarnos entrar.

—Eric *Slowhand* Clapton, el mejor guitarrista de la historia —contestó él con una sonrisa de suficiencia—. Se lo puse en su honor.

Yo asentí con la cabeza repetidamente, haciendo movimientos lentos.

—Os dejo aquí con vuestra cháchara —anunció Federica, echando a andar hacia la parte trasera del terreno, escoltada fielmente por el pastor alemán.

Lucas se quedó parado delante de mí, observándome en silencio. Yo desvié los ojos hacia otro sitio, como si estuviera admirando todo lo que me rodeaba. Tras unos segundos que me parecieron eternos, me dedicó una sonrisa. Me pareció que estaba como siempre; nada en su comportamiento indicaba que algo hubiera cambiado entre nosotros. Las mariposas de mi estómago dejaron de batir las alas de golpe y yo conseguí liberar un poco la tensión que hacía que notara flojas las rodillas.

—No sabía que te gustase la música —dije, dándome cuenta de inmediato de la simpleza de la afirmación. A todo el mundo, en mayor o menor medida, le gusta la música. Y, además, el nombre que le des a tu perro no significa nada: hay quien, por ejemplo, le pone Zeus y no tiene ni idea de mitología.

Él se echó a reír. Inexplicablemente, todavía seguía pareciéndole

graciosa. Eso, o se pasaba el día entero mofándose de mí.

—Hay muchas cosas que no sabes de mí, Leire —respondió—. No quiero aburrirte contándote cosas que veo que no te interesan —añadió, con un tono algo más triste, para después guiñarme un ojo.

En ese momento me sentí fatal: era la primera vez que alguien me reprochaba falta de interés por sus cosas. Mis padres en varias ocasiones me habían comentado, preocupados, que no les gustaba que me mostrara tan reacia a hablar sobre lo que me pasaba, pero nunca me habían pedido más atención hacia ellos. Y ahora Lucas... Pero no era cierto, no era falta de interés, simplemente no me gustaba hacer preguntas personales a los demás; no quería meterme en sus vidas o devolverles recuerdos que por alguna razón hubieran enterrado. Daba por hecho que si alguien quería contarme algo lo haría y que si no lo hacía era porque no quería hablar del tema. Era sencillo: actuaba con los demás como deseaba que actuaran conmigo. Por aquel entonces, detestaba que se metieran en mi vida, siempre huía de los cotilleos y me ponía nerviosa que me hicieran preguntas absurdas sobre mí misma. Por eso, evitaba comportarme yo del mismo modo. Sin embargo, aquella mañana, bajo el grisáceo cielo de diciembre, Lucas hizo que abriera los ojos y que me diera cuenta de que no todo el mundo era igual que yo: había gente que necesitaba afecto y atención por parte de los que la rodeaban. Y aunque por entonces pensaba que yo no precisaba nada de eso, decidí que tenía que enmendar el error que había cometido con aquel muchacho que, aunque por fuera era duro como la roca, por dentro era tierno y dulce como las gominolas.

—Claro que me interesan tus cosas —dije por fin, dando un primer paso que no había sido capaz de dar nunca antes en toda mi vida.

En la cara de Lucas se dibujó una sonrisa que me mantuvo hipnotizada durante al menos un minuto. Cuando me di cuenta, sacudí la cabeza y bajé la vista en picado hacia el suelo.

—¿Te apetece acompañarme a hacer el reparto y te las cuento? —me propuso, muy animado.

Casi sin querer, dirigí los ojos hacia la esquina por la que había desaparecido Federica un rato antes.

—Federica... —murmuré.

—Estará entretenida toda la mañana —sentenció Lucas—. No te preocupes. Se queda en buenas manos.

Tomé una bocanada de aire que me llenó por completo los pulmones y después lo expulsé en un sonoro suspiro. La idea de acompañar a Lucas y salir, aunque fuera por unas horas, de aquel pueblo moribundo me apetecía mucho, aunque no tanto el hecho de que durante el viaje fuéramos a hablar de temas personales. Y menos después de lo que había pasado la otra noche. ¿Y si quería hablar de ello? ¿Cómo iba a decirle que no había sentido nada? ¿Cómo iba a convencerle de ello si ni siquiera yo me lo creía? Pero había sido yo la que acababa de dar pie a aquella excursión y sabía que quedaría fatal que diera marcha atrás.

—Vale, está bien —concedí finalmente—. Voy contigo.

CAPÍTULO 31

La ruta del reparto

Con la furgoneta cargada hasta arriba de cajas y cestas de verduras y frutas, Lucas y yo nos pusimos en marcha.

—Voy a dar un rodeo antes de salir del pueblo para enseñarte una cosa —había anunciado él mientras giraba la llave dentro del contacto.

Recorrimos despacio las estrechas calles del interior del pueblo, atravesando tramos por los que apenas cabía la furgoneta. De pronto, Lucas pisó el freno junto a una pequeña plaza cuadrada. Al fondo había unos soportales que refugiaban un edificio de dos pisos con las ventanas y la puerta pintadas de color naranja. Y justo al lado, una lona verde cubría los andamios que rodeaban otro edificio similar.

—Esa era mi escuela —me dijo, señalando el inmueble de las ventanas naranjas—. Ahí estudié hasta los dieciséis años.

Yo abrí la boca, sorprendida. Aquello no se parecía en absoluto al edificio en el que estudié yo, no era ni la cuarta parte. Me pregunté cómo un sitio tan pequeño podría dar cabida a todos los cursos educativos. Estuve a punto de quedarme callada, pero de pronto recordé lo que me había reprochado Lucas un rato antes y decidí formular en voz alta la pregunta.

—En cada aula había alumnos de varios cursos —me explicó él—. En mi clase lo máximo que llegamos a ser fue siete. Cada uno llevaba el ritmo propio de su edad y la profesora nos atendía a todos de forma personalizada.

Traté de imaginar una clase con solo siete personas, pero me resultó bastante complicado.

—En mi curso éramos unos treinta alumnos más o menos y los profesores generalmente iban a su ritmo sin importarles demasiado que unos se quedasen atrás mientras otros se aburrían como ostras —le conté yo—. Supongo que así aprendíamos a ser independientes y buscarnos la vida.

Lucas asintió con la cabeza y, por su expresión, adiviné que ahora era él

quien estaba tratando de imaginar una clase tan sumamente llena. Después arrugó la nariz a modo de repulsa y arrancó la furgoneta.

—¿Por qué te quedaste aquí? ¿No te habría gustado seguir estudiando o simplemente buscar un trabajo en un lugar más grande? —le pregunté, haciendo uso del permiso tácito para curiosear que un rato antes Lucas me había concedido.

Él liberó una carcajada antes de responder.

—Aunque no lo creas, me gusta vivir aquí —soltó, haciéndome quedar en evidencia. Por cosas como esa era por las que no me gustaba hacer preguntas. Había tratado de interesarme por su vida y él me había dado un corte. Así que di por finalizada la conversación y me dejé caer sobre el respaldo del asiento con la vista fija en la ventanilla y los brazos cruzados sobre el pecho.

Unos minutos más tarde, Lucas detuvo la furgoneta junto a la puerta de un restaurante de carretera que en su cartel se anunciaba como «de cocina casera». Abrió el maletero, se colocó una caja sobre el hombro y desapareció detrás del edificio. Yo seguía enfurruñada, así que me quedé sentada en la misma posición, sin hacer el mínimo amago de salir del coche. Otra de las razones por las que me mantuve en mi sitio fue porque a través del espejo retrovisor divisé cuatro gallinas que picoteaban el suelo junto a la puerta del restaurante y lo último que me apetecía era enfrentarme a esas horribles criaturas. De todas formas, Lucas reapareció enseguida para que reemprendiéramos nuestra ruta.

—La verdad es que cuando mis amigos empezaron a irse del pueblo, sí que me planteé seguir el mismo camino que ellos —dijo de pronto, retomando el tema que yo ya había dado por zanjado—. Pero no me veía en esas calles tan grandes y sucias por las que la gente va corriendo a todos lados.

—¿Cuántos niños hay ahora en la escuela? —pregunté, suponiendo de antemano la respuesta.

—Creo que menos de diez en total —respondió Lucas.

Yo hice una mueca de incredulidad. Definitivamente, aquel pueblo estaba más muerto que vivo y no podía entender que un joven inteligente y atractivo como Lucas prefiriera quedarse allí, condenado a morir por

aburrimiento antes de alcanzar la crisis de los cuarenta.

—Pero si todo va bien, dentro de no mucho habrá bastantes más — añadió, obligándome a mirarlo como si estuviese loco.

—¿Me has engañado y en vez de ir a repartir verduras me llevas a secuestrar niños? —pregunté con sorna.

Él se echó a reír y yo empecé a impacientarme ante su risa floja. Pensé que debía de tener algún contacto del cerebro roto y por eso la risa se le escapaba sin control.

—Es una buena idea —me contestó burlonamente—, pero no, no es eso. Yo arqueé las cejas.

—¿Y entonces? ¿De dónde los vas a sacar? Porque si lo que estás pensando es en secuestrarme a mí y después utilizarme para crearlos lo llevas claro... —Aunque empecé la frase con tono jocosos, a medida que fui pronunciándola empecé a arrepentirme de ello. Estaba metiendo la pata de nuevo...

—¡Menudas cosas se te ocurren, Leire! —me reprochó él, esta vez quedándose muy serio—. Espero que no pienses de verdad que yo sería capaz de algo así... —añadió con tono preocupado.

—Lo siento... No... Claro que no... —farfullé, insultándome a mí misma internamente por haber vuelto a herirlo—. Solo era una broma.

El silencio volvió a invadir el interior del vehículo mientras enfilábamos una desviación de la carretera que nos condujo a la entrada de un pueblo vecino. Recorrimos sus calles, algo más amplias que las de Villagamitos, y nos detuvimos junto a la entrada de un mercado. Lucas apagó el motor y se dispuso a bajarse. Quise ofrecerle mi ayuda, pero finalmente me quedé callada esperando a que regresara.

—¿No te ha hablado Federica de las reformas que está haciendo el alcalde? —me preguntó mientras volvía a poner en marcha el vehículo.

—No... —respondí yo—. La verdad es que Federica y yo no hablamos demasiado de ese tipo de cosas... —añadí bajando la voz.

Lucas frunció el ceño y me miró de reojo un momento, pero enseguida devolvió la vista a la carretera.

—A pesar de los pocos habitantes que tenemos, somos uno de los pocos ayuntamientos del país que ahora mismo tienen superávit —me explicó con

un tono que a la vez mostraba seriedad y orgullo—. No pagamos muchos impuestos, pero el alcalde sabe cómo utilizar el dinero sin caer en despilfarros.

Yo lo observaba con gesto incrédulo. Sabía el enorme déficit que había en el ayuntamiento de mi ciudad y también la gran cantidad de impuestos que pagábamos por absolutamente todo. Además, éramos muchos más habitantes... No me salían las cuentas.

—Sé que puede sonar utópico —añadió Lucas, percatándose de mi reacción—, pero es muy sencillo cuando el que manda en el pueblo es un vecino que lleva allí toda su vida. La casa en la que vive perteneció primero a sus bisabuelos, pasó luego a sus abuelos, a sus padres y finalmente a él. Se siente identificado con el pueblo en el que vive, conoce a sus vecinos desde que era un niño y lo único por lo que trabaja cada día es por sacarlos adelante. Por eso dedica todo su esfuerzo a cosas que sean útiles e invierte el dinero de la manera más sensata que se le ocurre. Y así nos va tan bien. No nadamos en un mar de lujos, pero tampoco nos falta de nada: tenemos escuela, médico y servicios sociales que cubren a todos los habitantes desde que nacen hasta que mueren...

Cuando Lucas detuvo una vez más la furgoneta y se apeó para descargar la mercancía, me percaté de que tenía la boca abierta de par en par. La cerré de repente, golpeándome los dientes de arriba contra los de abajo. ¿Cómo era posible que en un lugar tan pequeño hubieran creado un sistema político tan perfecto? Lucas parecía acabar de desentrañar lo que los grandes líderes mundiales no eran capaces de entender: la figura de un gobernante que en realidad era uno más en el pueblo, sin beneficios ni superioridad.

Esta vez no le di tiempo ni siquiera a que arrancara antes de acribillarlo a preguntas para que siguiera contándome cosas. La conversación que yo había presupuesto como frívola e incómoda se había convertido en una charla de lo más interesante.

—¿Te has fijado en los andamios que hay en algunas de las casas del pueblo? —me preguntó él a mí antes de satisfacer mi curiosidad.

Traté de hacer memoria y me concentré en visualizar las calles por las que había paseado durante los últimos días. Sí, Lucas tenía razón, ahora caía en la cuenta de que algunas de las fachadas estaban cubiertas por las mismas

lonas verdes que había visto en el edificio de al lado de la escuela. Finalmente asentí con la cabeza y clavé los ojos en el perfil de Lucas, esperando a que continuara con su explicación.

—El alcalde ha expropiado las casas que llevan vacías más de diez años y está rehabilitándolas para ofrecérselas de forma gratuita a familias con niños que quieran venir a vivir al pueblo —comenzó a decir—. Obviamente, tendrán que cumplir una serie de requisitos, como comprometerse a fijar en Villagamitos su lugar de residencia y escolarizar a los niños en el pueblo —añadió—. Además, está ampliando la escuela y tiene pensado fomentar los servicios culturales.

Yo asentía, fascinada por las buenas ideas de aquel alcalde y por la melodiosa y masculina voz de mi interlocutor. Escucharlo hablar de aquellas cosas, tan serio, con tanta madurez, hacía que volviera a sentir el agradable cosquilleo en la barriga y la nuca.

—Esas familias que lleguen comprarán en las tiendas del pueblo y tendrán que pagar impuestos. Así se podrán sufragar los nuevos servicios —sentenció.

Yo sacudí ligeramente la cabeza para espabilarme y reflexioné durante un momento.

—¿Y crees que habrá gente que quiera trasladarse voluntariamente a vivir a Villagamitos? —pregunté, no muy convencida de que los planes del alcalde tuvieran éxito.

—¿Por qué no? —cuestionó él—. Casa gratis en un sitio en el que sus hijos pueden crecer al aire libre y en menos de una hora en coche están en la ciudad... ¿No te irías tú?

Volví a quedarme pensativa y durante un momento traté de imaginarme a mí misma con un par de críos, envejeciendo en aquel lugar.

—Suená muy bonito —dije al final—. Pero no sé si llegará a buen puerto, la verdad. Lo veo demasiado fantasioso.

Lucas se encogió de hombros y lo único que dijo antes de volver a detener la marcha fue: «Tú misma».

A lo largo de la mañana todavía tuvimos que hacer cuatro paradas más para descargar y una de ellas además para degustar un delicioso trozo de queso de oveja que un cliente le regaló a Lucas.

Durante los cortos trayectos continuamos con nuestro propósito de conocer cosas del otro que no sabíamos, lo que me permitió darme cuenta de que Lucas me conocía mucho mejor de lo que yo pensaba y que yo desconocía la mayoría de las cosas acerca de él. Me enteré, por ejemplo, de que le encantaba la música y de que tenía en su habitación una guitarra que un anciano vecino le había enseñado a usar y con la que de vez en cuando componía canciones. Y antes de despedirnos, junto a la verja metálica de su parcela, me obligó a prometerle que un día tocaríamos algo juntos.

CAPÍTULO 32

3 de mayo 1969

Querida hermana:

¡No sabes qué bochorno he pasado hoy! Resulta que Federica se encontraba un tanto indispuesta y me pidió que acudiera yo solo a por el pan. Yo, a sabiendas de lo que iba a acontecer, porque algo me había avisado, intenté hacerme el remolón e inventar alguna disculpa para no hacerlo. Pero, nada, mi mujer es testaruda como una mula y no concibe la idea de pasar un día sin acompañar el plato con un buen coscurro.

Cuando llegué a donde el pan, me encontré con que quien estaba despachando era la chica de los tahoneros, la Luciana, que es una cría de dieciséis años. ¡Pero vaya cría! Estas nacen ya resabiadas. ¡Ay, Aquilina, qué apuro me da contarte semejante desfachatez! Tú sabes que soy ya un hombre hecho y derecho... ¡ya hace tiempo que dejé atrás los cuarenta!, y que amo a mi mujer más que a nada en el mundo. Pero como hombre que soy, a veces no puedo resistirme a echar el ojo a una moza bonita. Y claro, las crías de hoy en día, que saben más que nosotros, se aprovechan de ello. Y yo que soy un tanto mentecato, ni aun estando advertido fui capaz de evitarlo.

La cuestión es que la chiquilla está muy bien hecha, para qué negarlo, y posee un busto muy llamativo. Y ella lo sabe. ¡Uy, claro que lo sabe! Pues resulta que cuando fue a despacharme, se apoyó sobre el mostrador y yo me percaté de que llevaba la camisa llena de harina. ¡E incluso le entreví el sostén! Sé que ahora, como hermana mayor que eres, si estuvieras aquí me propinarías un buen zurriagazo... ¡Y bien merecido! Pero también sé que con el buen humor que te caracteriza te tenía que escribir esto para que disfrutaras con el genio que tiene tu cuñada. Espera y verás.

Pues bien, como hombre imperfecto que soy, me resultaba imposible retirar el ojo de aquel espectáculo, cuando de pronto noto un golpe en toda la coronilla. ¡Ay, hermana, cuando me volví y me encontré a mi Federica con

los brazos en jarras y golpeteando el suelo con la suela del zapato! Incluso por un momento me representó a su señora madre cuando nos sorprendió en el baile la noche en que me quedé prendado de mi esposa.

Entonces ella, muy resuelta, pagó la barra, me engancho de una oreja y así me arrastró hasta casa. ¿Te figuras la escena? Todavía la tengo colorada. Y no satisfecha con eso, me ha hecho dar mi palabra de que jamás en la vida volveré a acudir solo a donde el pan. Por supuesto que no. ¡Cualquiera se atreve!

Bueno, querida hermana, espero que estas letras hayan servido para hacerte pasar un buen rato y compensarte por las cartas anteriores en las que solo he hecho que lamentarme. Lo cierto es que fui un insensato al ilusionarme de esa manera; debía haberte hecho más caso cuando me pedías que me anduviera con pies de plomo. Desde luego, tú siempre has sido la más sensata de los tres.

Escribe pronto.

Con cariño,

Tu hermano el chico

CAPÍTULO 33

Juan, Javier o Joaquín

Sin darnos ningún tipo de tregua, el frío doloroso del invierno había invadido definitivamente las calles de Villagamitos de Tuétano haciendo que mi abrigo, un par de guantes y mi gorro de lana gris se convirtieran en mis leales protectores. Faltaban apenas dos semanas para las fiestas navideñas y un extraño sentimiento de nostalgia parecía haberse apoderado de los habitantes del pueblo.

Aquella mañana, Federica y yo habíamos salido a hacer algunas compras. Desde bien temprano había estado intentando convencer a la anciana de que me dejase ir a mí sola; así tardaría menos y ella no tendría que exponer sus débiles articulaciones a las bajas temperaturas. Pero no, mi esfuerzo fue completamente inútil. Ella, firme e imperturbable, y cabezota como nadie, se negó en redondo a permitirme tal barbaridad y se calzó unas botas que bien podrían haber sido zapatillas para estar por casa, se puso un abrigo que le llegaba más allá de las rodillas y, con dificultad para elevar los brazos, se ató un pañuelo en la cabeza para proteger los oídos. Tomó su bastón y se plantó en la puerta antes de que yo estuviera lista para asegurarse de que no me escapara sin ella.

—¿Por qué no coge hoy el andador? El suelo está algo húmedo por la niebla y así iría más segura —propuse, manteniendo una distancia lo suficientemente grande como para evitar que me clavase las uñas en la yugular.

—¡Los andadores son para los viejos, no para mí! —me respondió hecha una fiera—. ¡Llévatelo tú si tanto te gusta!

Lancé un ruidoso suspiro y tomé mi abrigo con desgana.

Para reforzar mi agonía, según nos acercábamos a la puerta de la panadería de Luciana la Harinas, divisé a un chico empujando una silla de ruedas en la que iba sentado un anciano. Lo reconocí al instante y comencé a

caminar un poco más despacio, intentando retardar el encuentro, a la vez que mascullaba una maldición entre dientes. Federica me miró con ojos inquisitivos, pero no dijo nada; simplemente aligeró el paso mientras dibujaba algo parecido a media sonrisa.

Cuando los alcanzamos, ya en la entrada de la tienda, la anciana saludó al hombre con la cabeza y subió el escalón de la puerta apoyándose con la mano libre en la pared.

—Estate aquí —me dijo, antes de desaparecer tras la cortina de plástico.

Me había quedado un poco rezagada para intentar que el chico no me viera, pero temía que la voz de Federica me hubiera descubierto. Sin embargo, llevaba unos auriculares en los oídos, así que ni siquiera se dio cuenta de mi presencia. Aquello, por otra parte, me pareció de muy mala educación. Yo era la primera que habría preferido escuchar música antes que la voz arrugada de Federica, pero hasta un niño pequeño se daría cuenta de que aquello no era lo correcto. Entonces él, sin decir ni una palabra, aparcó al anciano a la puerta de la tienda como si fuera un trasto viejo y desapareció también tras la cortina. Supliqué a cualquier ser celestial que quisiera escucharme que me ayudara a que Federica saliera de la tienda antes que él. No tenía ningunas ganas de que me diera conversación.

Mientras tanto, el anciano, abandonado a la intemperie, luchaba contra el temblor continuo de su cabeza, sentado en la silla, con la mirada perdida en el vacío. Me pregunté si acaso sabría dónde se encontraba o si la soledad se habría apoderado ya por completo de su mente, cubriéndola con una cortina negra e impenetrable, dejándolo sumergido en la nada más completa.

Pensar aquello me produjo un extraño nudo en el estómago. Traté de imaginar cómo sería perder la memoria, encontrarse de pronto rodeado de gente a la que no conoces de nada, en un lugar que no sabes identificar y moviéndote como un autómatas esperando que la Parca venga a visitarte con su guadaña.

—¡Vaya, pelirroja! ¡Por fin te dejas ver! —aquella voz, cargada de chulería, me sacó de mis cavilaciones.

Levanté la vista y me encontré con un par de ojos claros clavados en mí.

—Hola... —dudé. Sí, obviamente seguía sin ser capaz de recordar su nombre.

A él pareció no importarle, porque a la velocidad del rayo se plantó junto a mí y me dio un par de besos en las mejillas.

—¿Dónde te habías metido, Colorina? —me preguntó—. ¡Pensábamos que se te había tragado la tierra! Llevas sin dar señales de vida desde que el agricultor *cortarrollos* te sacó de la fiesta.

—He estado ocupada... —contesté secamente, buscando con la mirada la cortina de la panadería.

—Ya... —prosiguió él—. Estos viejos no hacen más que dar trabajo. ¡Estoy tan harto! ¡Menuda mierda de vida!

Durante un instante dirigí la vista hacia el anciano tembloroso y me cuestioné quién de los dos estaría realmente amargando la vida al otro...

—Sí, bueno... Es lo que hay.

—Pues a ver si nos vemos y continuamos lo que dejamos a medias la otra noche... Para desestresarnos, ya sabes...

No, no sabía ni quería saber qué clase de película se había montado aquel chico en la cabeza, porque desde luego él y yo no habíamos dejado nada a medias. Ni siquiera habíamos pulsado el botón de Play...

Por suerte, como una heroína de película, Federica, con una barra de pan bajo el brazo, hizo su aparición tras la cortina de plástico en el momento justo.

—Tengo que irme —anuncié, dirigiéndome con presteza hasta la puerta para ayudar a la anciana a bajar el escalón.

—¡Ya puedo yo sola! —protestó—. ¡No estoy tan torpe!

Yo arqueé las cejas y le tendí la mano de todas formas para que se apoyara.

JuanJoaquínJavier se acercó a mí por la espalda y me susurró al oído.

—Pásate algún día por el bar para echarnos unas birras, anda... Y después, lo que surja.

Yo asentí con la cabeza y comencé a caminar junto a Federica en dirección a nuestra siguiente parada, mirando hacia atrás de vez en cuando para asegurarme de que el chico no estaba siguiéndonos. Cuando llegamos a la tienda de ultramarinos, me pegué bien a la espalda de la anciana para no permitirle que volviera a dejarme esperándola fuera como un perro. Macario y Adelina ya habían decorado el local con algunas guirnaldas de colores.

—¡Ay, Fede, cuánto me acuerdo de tu Marciano! —exclamó la mujer, presa de la epidemia nostálgica que asolaba el pueblo—. Cuando te veo entrar, a veces me parece que él va a venir agarradito de tu brazo...

—Sí —corroboró su marido—. Aunque traes buena compañía, todavía se hace raro no veros juntos.

—Un fardo de arroz y un cucuruchito de castañas —respondió Federica.

—Siempre iban juntos a todas partes, ¿sabes, moza? —me explicó Adelina entre ruidosos suspiros mientras cogía un paquete blanco y azul de una estantería—. Eran la pareja más encantadora de por aquí. Siempre, siempre juntos. Por suerte se tenían el uno al otro...

—Unas lentejas y unos yogures, de esos que son amarillos y saben a limón, no me des nada raro —interrumpió la anciana.

—¡Ay, qué rufiana es la vida! —se lamentó la mujer mientras tomaba el monedero de la anciana para coger las monedas necesarias para saldar la cuenta.

—¡Hasta más ver! —se despidió Federica de malas maneras en cuanto recuperó su monedero y salió de la tienda a toda prisa.

Yo tomé la bolsa y la seguí, y percibí por primera vez que en su gruesa coraza se había abierto una pequeña fisura.

CAPÍTULO 34

Castañas

Recorrimos el camino a casa envueltas en un completo silencio, solo roto por los indescifrables murmullos de Federica. Yo caminaba a su lado, tratando de entender lo que estaba diciendo, pero solo llegué a captar palabras sueltas tipo: «chismosa», «lengua», «veneno» o «parlotear». El nivel de enfado de Federica superaba todo lo que me había mostrado hasta entonces, pero algo me decía que esta vez no era solo irritación lo que la corroía por dentro.

Cuando llegamos a casa, soltó el bastón dentro del paragüero y se dirigió sin pasos intermedios a sentarse en su silloncito de flores. Tenía la respiración algo agitada por el ritmo forzado al que habíamos caminado desde la tienda de ultramarinos, así que decidí llevarle un poco de agua en su jarra de cristal grueso.

—Ya podía haber ido yo a por ella si hubiera tenido sed —farfulló justo antes de dar un largo trago.

Yo puse los ojos en blanco y regresé a la cocina para sacar la compra de las bolsas. Procuré hacer el menor ruido posible, temiendo que la anciana se enterase de que estaba ordenando y viniera como una exhalación a empujarme fuera de la cocina para hacerlo ella. Aquello no pasó. Cuando terminé y salí de nuevo al salón, se encontraba en la misma posición mirando la pantalla del televisor, que estaba completamente negra.

—¿Se encuentra bien? —pregunté, plantándome justo en medio de su campo de visión.

—Te he dicho mil veces que no me llames de usted —me reprochó, pero esta vez casi sin energía—. ¿Te has percatado de con qué tono ha dicho esa chismosa eso de que nos teníamos el uno al otro?

—Yo... —balbucí. No, estaba claro que no tenía ni idea de a qué se refería. Para mí el tono había sido el de una mujer que recuerda con nostalgia

a una persona, nada más—. No creo que lo haya dicho con mala intención. Ella solo...

—¡Paparruchas! —exclamó ella—. Si esa cotorra se llega a morder la lengua estira la pata allí mismo por su propia ponzoña.

Yo seguía sin entender por qué le había molestado tanto aquella frase inocente, así que regresé a la cocina con intención de hacer la comida. Tampoco me interrumpió entonces y comimos en medio de un silencio sepulcral en el que los golpes de la cuchara contra el plato de loza parecían cañonazos.

La situación durante la primera parte de la tarde no varió demasiado. La televisión estaba apagada y Federica la observaba mientras negaba una y otra vez con la cabeza. Yo, aburrída de no hacer nada, había llevado mi bajo al salón y acariciaba las cuerdas sentada en el sofá.

De pronto, Lucas apareció por la puerta con una sonrisa dibujada en el rostro y una cesta en la mano derecha.

—¿Cómo están mis chicas preferidas? —preguntó a modo de saludo, antes de acercarse a Federica para darle un beso en la frente. Después me miró a mí—. ¡Podías haberme avisado y me habría traído la guitarra!

—Ya estaba terminando... —dije, soltando el bajo con cuidado en el suelo.

Lucas desapareció tras la puerta de la cocina y, unos minutos después, regresó con el cucurucho de castañas que habíamos comprado por la mañana en la mano.

—¿Queréis que os ase unas pocas antes de irme? —preguntó.

Federica lo observó con los ojos encendidos.

—¡Ay, sí, hijo! Estaba esperando a que vinieras para pedírtelo —exclamó entusiasmada.

Él asintió con la cabeza y salió al patio.

—¡Podía haberme dicho a mí que lo hiciera! —le reproché bastante molesta. Estaba claro que a pesar de todo aquella anciana seguía tomándose por una inútil.

—Tú no sabrías hacerlo —me espetó—. Seguro que en la ciudad ya las compráis asadas.

Estuve a punto de rebatir su afirmación, pero después nos recordé a

Martina y a mí sentadas en la acera, compartiendo media docena de castañas asadas que habíamos comprado en un puesto del centro. Fruncí el ceño, cogí el bajo y me encaminé escaleras arriba para guardarlo en su funda. Me tomé la tarea con mucha calma, moviéndome de forma demasiado lenta para retrasar al máximo el momento de regresar al piso de abajo. Cuando no tuve más remedio que hacerlo, encontré a Lucas sentado en el sofá ante un plato de castañas asadas. Federica desmenuzaba una y se introducía pequeños trozos en la boca poniendo cara de felicidad en cada paladeo. Me llené los pulmones de aquel delicioso olor y me senté también en el sofá.

—¿Qué vamos a hacer mañana? —le pregunté a Lucas. Aquel fin de semana me tocaba quedarme allí, ya que en dos semanas tendría por fin unos días de vacaciones.

—¿Mañana? —preguntó él, poniéndose algo nervioso. Yo lo observé con el ceño fruncido—. Mañana... mañana... ¿Mañana ya es sábado? —preguntó, como si aquello supusiera una tragedia.

—Sí, después del viernes suele venir el sábado —respondí yo, deseando que aquello solo fuera una broma y que a continuación me dijera qué plan tenía preparado para nosotros. Me gustaba salir con Lucas los sábados por la noche a pesar de que no hiciésemos nada fuera de lo normal. Aunque yo no me había quitado el colgante desde que me lo regaló, lo que había sucedido tras la fiesta medieval parecía olvidado y era agradable abandonar aquella casa durante un rato para relacionarme con alguien de mi edad sin una anciana gruñona al lado juzgando cada palabra que salía por mi boca.

—¡Lo siento muchísimo, Leire! —dijo él con tono dramático—. Mañana no voy a poder quedar contigo. Tengo... tengo... Voy a estar... ocupado —soltó finalmente tras varios segundos de confusión.

—No pasa nada —solté yo con fingida indiferencia.

Pero claro que pasaba. ¡Claro que pasaba! Tendría que quedarme toda la noche del sábado en casa, viendo *reality* shows con Federica mientras Lucas... ¿Qué tendría que hacer Lucas para dejarme tirada en nuestro día de salida? Intenté pensar sobre ello, pero enseguida una voz gritó en mi interior: «¿Y a ti qué te importa lo que tenga que hacer?! ¿No estarás celosa?». «¡Pues claro que no lo estoy! ¡Me da exactamente igual lo que tenga que hacer este tío y con quién!». «¿Seguro? ¿No te importa con quién vaya?».

«¡Pues claro que no!». Aunque parezca una broma, aquella discusión se produjo realmente en mi cabeza; yo de verdad oía aquellas dos voces enfrentándose dentro de mi cavidad craneal: era mi propia voz, pero con diferentes tonos, el primero cargado de ironía y el segundo de ira. Me llevé las manos a las sienes para intentar acallarlas justo en el momento en el que Lucas se levantaba del sofá y besaba a Federica de nuevo en la frente.

—Tengo que irme —anunció—. Que paséis buena noche.

Y así, sin más, salió por la puerta, dejando sin respuestas a una tercera voz que decía muy bajito: «Por favor, dime adónde vas. No me dejes así».

CAPÍTULO 35

Marciano, que en paz descanse

Cuando Lucas nos dejó solas y el plato de castañas se quedó vacío, Federica y yo nos quedamos observando la pantalla de la televisión apagada. Moví los ojos con disimulo hacia la anciana y percibí en su cara una expresión que no había visto hasta entonces: no estaba enfadada, ni sonreía con malicia, ni siquiera dormitaba... Era una expresión nueva y deprimente: Federica estaba triste. Desvié la mirada hacia la otra punta del salón, pero mis pupilas tiraban de mis globos oculares con fuerza hacia la anciana. Y así pasé varios minutos: yo los dirigía hacia el aparador, ellos regresaban hacia Federica, yo apuntaba hacia el aparador, ellos volvían hacia la anciana... Al final vencieron y se quedaron clavados en las arrugas de los ajados mofletes. Se me empezaron a tensar los músculos de la boca y yo hice un esfuerzo sobrehumano para mantener el pico cerrado, pero fue inútil; las palabras se me escaparon de la garganta en un farfallo de sílabas apretujadas.

—¿Se encuentra bien?

Ella levantó la vista y me miró con unos ojos tristes de párpados caídos.

—No hace falta que preguntes —respondió en voz baja—. No quiero aburrirte con los asuntos de una vieja. No te interesan.

Segunda vez que alguien daba por hecho que no me interesaban sus asuntos...

—Si no me interesara cómo está no le habría preguntado —alegué yo—. Además... —hice una pausa—, es parte de mi trabajo hacer que usted se encuentre bien.

—Usted, usted, usted —repitió ella burlándose de mí.

—Venga, no sea tan cabezota —la apremié—. Cuéntemelo. Ya verá como después se encuentra mejor... No va a estar el resto de su vida en silencio...

Federica sacudió la cabeza y se retorció los dedos de las manos

mientras, supuse, meditaba sobre si debía confiar sus sentimientos más profundos a una cría consentida de ciudad con el pelo de color rojo. Finalmente, su barbilla tembló tres veces antes de empezar a hablar.

—La Panzarrota ha sido muy descarada esta mañana —soltó por fin—. No es quién para fustigarme.

—Pero si no ha dicho nada malo —intenté hacerle ver yo, sin conseguir entender qué era lo que le había molestado tanto—. La mujer se acuerda de Marciano. Es casi Navidad. Es normal que esté algo nostálgica. A todos nos pasa. En estas fechas siempre nos acordamos de aquellos seres queridos que ya no están...

—¡Mira que eres ingenua, moza! —refunfuñó ella—. ¡Ya se ve que no has crecido en las calles de un pueblo, curtiéndote entre las cabras y las víboras!

Yo la observaba con cara de póker. Durante un instante me imaginé que mis pupilas debían de haberse convertido en signos de interrogación. ¿De qué estaba hablando aquella mujer?

—¡Venga, Federica, que me tiene usted en ascuas! —Ella me fulminó con la mirada mientras con los labios dibujaba un «usted» rencoroso. Yo la ignoré y seguí intentando convencerla para que me explicara la historia que se ocultaba detrás de aquella frase que yo había tomado como inocente.

Entonces, como cuando ves en la tele una película antigua, pareció que los colores de la habitación se evaporaban para dejar paso únicamente a los tonos blanco y negro. Escuchaba la voz de Federica como la de una narradora que ponía en situación al espectador antes de que los personajes aparecieran en escena:

—Mi Marciano, que en paz descanse, y yo nos conocimos en el baile. Yo me había escapado de mi casa por la ventana de mi habitación, deslizándome por la enredadera que tapaba toda la tapia, porque mi madre no me consentía acudir. Ella decía que yo era todavía muy chica para trajinar por ahí después de que encendieran los faroles. ¡Figúrate! ¡Yo tenía quince años! ¡Ahora con esa edad sabéis latín! Cuando llegué a la plaza me quedé boquiabierta al ver a todas esas parejas meneándose al ritmo de la orquesta. Entonces apareció él, con una camisa azul claro y unos pantalones de domingo. Me tendió la mano y me sacó a bailar. ¡Ay, cómo bailaba mi

Marciano, que en paz descanse! Y era muy apuesto: llevaba el cabello castaño peinado con la raya al lado y un bigote con una barba muy bien recortada. Y olía a agua de colonia. Solo tenía cuatro años más que yo, pero parecía mayor. ¡Era tan apuesto!

Entonces Federica se levantó de pronto, interrumpiendo el relato. Yo la seguí con la mirada hasta que desapareció por la puerta de su habitación. Solo en ese momento me di cuenta de que estaba con la cabeza apoyada en la mano y poniendo cara de lela. Arrugué las cejas y sacudí la cabeza para recuperar la compostura. La anciana reapareció con una pequeña caja de hojalata en las manos. Volvió a sentarse con dificultad y la abrió. Tras unos minutos rebuscando, me tendió una fotografía. Estaba en blanco y negro, tenía los bordes ondulados y conservaba solo tres de sus cuatro esquinas, dos de ellas dobladas.

—¿Verdad que era gallardo? —me preguntó, mirando con ternura la fotografía.

En ella aparecía un chico muy sonriente, con un brazo cruzado sobre el pecho y la mano apoyada en su propio hombro. Yo sonreí.

—Sí que era guapo.

—Aquella tarde bailamos y me dijo que era de los Leñeros, una familia de un pueblo vecino. Antes todos nos conocíamos, pero los de la aldea de Marciano y los de la mía no hacían buenas migas. Tú sabes que durante la guerra hubo muchos hurtos, ¿no? Pues nos acusaban de habernos llevado al Cristo de su parroquia, entre otras reliquias. Y desde entonces siempre dicen que los de Villagamitos somos unos cortabolsas. ¡Y qué sé yo! Si yo no he visto una joya en toda mi vida. El caso es que yo le dije que era la hija de la Remedios y su expresión cambió de pronto, mientras miraba algo por detrás de mí. Entonces me di la vuelta y todo se fue al garete. Allí estaba mi madre, con su garrota en la mano. ¡Y no pienses que ella tenía dolores al andar! Fue dándome con ella en el trasero hasta que llegamos a casa. ¡Me lo puso rojo como un tomate! Pero, si te soy sincera, no me importó mucho porque me había enamorado. ¡No pongas esa cara! Yo también fui joven y sabes muy bien de lo que te hablo.

»Marciano y yo seguimos viéndonos a escondidas. Hasta que un día me pidió la mano. Yo le dije que sí y él, todo valeroso, acudió a mi casa y me

pidió a mi madre. Ella chasqueó la lengua dos veces hasta que al final accedió de mala gana. A ninguno de nuestros parientes le agradaba la idea, pero todos terminaron por claudicar. Menos su hermano, claro, que nos hizo la vida imposible hasta el mismo día que se fue de este mundo.

—¡Qué romántico! —suspiré yo.

—Sí, moza, sí —respondió ella—. Ahora os encamáis nada más deciros hola y os perdéis todas las buenas costumbres. ¡Tenéis tanta prisa por todo!

Dicho esto, volvió a rebuscar en la caja de lata hasta que encontró una nueva fotografía.

—Aquí ya era más mayor, pero ¿ves que mozo más apuesto era? —me dijo orgullosa, tendiéndome la instantánea.

Yo la observé detenidamente. Esta vez, el chico ya se había convertido en todo un hombre: llevaba una camisa con las mangas remangadas hasta los codos y alguna cana se asomaba ya en su pelo peinado hacia atrás. Sus ojos oscuros revelaban una mirada penetrante que parecía estar introduciéndose en el alma de la persona que sujetaba la cámara. Estaba sentado frente a una pequeña mesa, sobre la que reposaba un cajón lleno de clavos y tornillos de varios tamaños. En sus manos sujetaba un martillo que me pareció diminuto y sobre las rodillas tenía una pequeña cesta de madera.

—Era carpintero —me explicó Federica—. Era un artista. Era capaz de hacer maravillas con un pedazo de madera.

»Estuvimos casados sesenta y cinco años. ¡Sesenta y cinco! Ahora ningún matrimonio aguanta tanto tiempo. Ahora os casáis y a los dos días estáis aburridos y os dejáis. Yo estuve toda mi vida al lado de mi Marciano, que en paz descanse, y él al mío. Aunque era muy trabajador, siempre tenía tiempo para acompañarme a hacer los recados y para bailar. ¡Ay, qué bien bailaba mi Marciano! Estuvo a mi lado hasta que el pobrecito se fue de este mundo.

Federica sacó rápidamente un pañuelito de cuadros rosas y violetas de su bolsillo y se secó los ojos disimuladamente, pero la pillé: vi que de sus ojos colgaban dos diminutas lágrimas.

—Pero, Federica... —dije yo—, todavía no comprendo por qué se ha enfadado tanto con Adelina...

—Mi Marciano y yo éramos un matrimonio feliz, pero aunque lo

intentamos no pudimos tener descendencia. Yo deseaba darle a Marciano un vástago al que enseñar su profesión, como él la había aprendido de su padre, pero no pude y eso me lastimaba: me sentía menos mujer que las demás, a las que veía por la calle con sus chiquillos colgando de la teta. Pero lo que más daño me hacía era ver que a mi Marciano no le importaba. Nunca se impacientó conmigo ni me dijo nada feo por no quedarme encinta. Lo natural era que todo hombre tuviera hijos con su esposa, pero a él nunca le importó y a esas deslenguadas les encanta echarme en cara esa indiferencia por parte de mi esposo. Su indiferencia es la única mancha en nuestro matrimonio... Nunca le importó...

Me sentía cruel por no desvelarle a Federica lo que sabía: que sí le había importado, pero que Marciano la amaba tanto que no había querido demostrarlo para que ella no sufriera más. Sé que habría sido un bonito detalle por mi parte contárselo, enseñarle las cartas, pero en ese momento sentía que la mujer empezaba por fin a confiar en mí y no quería estropearlo confesándole que había estado cotilleando la correspondencia privada de su difunto marido.

Federica repitió la última frase, convertida en un susurro, cuatro veces más mientras yo, en completo silencio, observaba la foto de Marciano ejerciendo de carpintero.

CAPÍTULO 36

Pasado y futuro

Tras la breve pero intensa conversación con Federica me costó muchísimo trabajo cerrar los ojos. Me arrebujé debajo de la pesada manta que cubría mi cama y me puse a repasar mentalmente lo que la anciana me había confiado. Me pregunté si aquello sería el comienzo de una nueva etapa entre nosotras dos, aunque también me di cuenta de que, en realidad, yo no había hecho demasiado por afianzarla. Le había prestado mis oídos para que se desahogara, pero no había sido capaz de brindarle ni una sola palabra de aliento. La principal razón era que la diferencia generacional entre Federica y yo era abismal y que mi mentalidad del siglo XXI no entendía que para aquella mujer fuera tan importante quedarse embarazada. ¿Qué había de malo en no tener hijos? De todas formas, había querido animarla; en serio, lo había intentado, pero finalmente de mi boca solo habían salido frases hechas del tipo: «Esa gente tiene una vida tan triste que por eso necesitan meterse en la de los demás» o «Si tanto les importa lo que hace es porque le tienen envidia». Aunque eso era a grandes rasgos lo que de verdad pensaba de la gente entrometida, también sabía que no era en absoluto lo que Federica necesitaba oír. Aun así, ella asintió con la cabeza mientras guardaba las fotos de nuevo en su caja.

Agucé el oído. Me parecía que estaba lloviendo. Tiré de la manta un poco más hacia arriba y mandé a mi imaginación que volara en el tiempo, setenta años atrás. Como Federica no me había enseñado ninguna foto suya de joven, tenía libertad para inventármela, así que me la imaginé con una larga melena castaña recogida en una elaborada trenza y con un vestido de rayas abotonado en el pecho. Los mismos ojos bribones de color azul, pero sobre una tez lisa y blanca. Aquella jovencita estaba asomada a la que entonces era mi terraza, suspirando. No sabía si Federica había vivido allí de niña, lo más seguro era que no, pero era el único escenario que conocía de ese

pueblo. Entonces observó con disimulo a ambos lados, se descolgó por una frondosa enredadera y corrió calle abajo en dirección a la plaza. Cuando miró a su alrededor enseguida se topó con unos ojos marrones y una enorme sonrisa de mandíbulas fuertes. ¿Lucas? ¿Qué hacía Lucas allí? Entonces Federica contempló su reflejo en un pequeño charco y ya no tenía los ojos azules, sino castaños, y su pelo se había teñido de un llamativo rojo. Y ya no era Federica, sino yo misma. ¿Qué hacía yo allí? Lucas se acercó a mí y bailamos toda la noche hasta que mi madre apareció cargada con la aspiradora inalámbrica y empezó a absorber mi pantalón con una fuerza imbatible. Así, atrapada en la boca de la aspiradora, me llevó a casa y me encerró en mi habitación. Entonces, un ruidoso trueno rompió el cielo... Y me desperté incorporándome violentamente en mi cama.

¡Menudo sueño tan extraño acababa de tener! Me tumbé de nuevo y me cubrí la cabeza con la manta para no escuchar la tormenta que se había desatado fuera. Volví a pensar en Federica y en Marciano, y en lo enamorados que debían de haber estado. Me imaginé al joven tirando piedrecitas a la ventana de Federica y a ella asomándose a escondidas de su madre para dejar caer una carta de amor. Por lo que contaba todo el mundo, y por lo que yo misma había podido leer, sí que debían de haber sido un matrimonio feliz. Me los imaginaba ya viejecitos y arrugados, yendo de la mano a comprar el pan... Siempre me habían enternecido los ancianos que, tras llevar juntos toda la vida, siguen caminando con los dedos entrelazados y dándose besos furtivos.

Entonces los pequeños colibríes que formaban mi imaginación regresaron volando hacia el presente, pero no se detuvieron, sino que siguieron volando hacia el futuro para mostrarme a mí misma cuando fuera anciana. Estaba allí, en medio de una habitación circular, con el pelo de color rosa, como el agua después de haber lavado una camiseta roja. Miré a mi alrededor y no vi nada, salvo un enorme telón negro que me rodeaba. No había nadie allí.

Entonces logré volver al presente para preguntarme a mí misma con quién me habría gustado aparecer con los dedos entrelazados, anciana y arrugada. Por primera vez en mucho tiempo pensé en Luis, mi ex. No. Definitivamente, no me habría gustado compartir mi futuro con él. Nunca

mientras estuvimos juntos llegué a plantearme tal cosa. Yo no estaba enamorada de él ni mucho menos. Al principio lo pasábamos bien. Luego casi ni eso. Pero aun así seguía metiéndome en su cama cada vez que él me llamaba y en ese preciso instante me cuestionaba por qué había sido tan estúpida.

En realidad Luis había sido el único «hombre» que había pasado por mi vida dejando algún tipo de huella, aunque esta fuera de orangután. Había habido otros, pero su paso había sido tan ligero que apenas si habían movido un poco la arena del suelo.

¿Y Lucas? Casi sin querer recordé la caricia de sus labios en mi cuello y me estremecí. No... Lucas ni siquiera había llegado a poner la punta del dedo gordo del pie en mi vida. ¡Y menos después de dejarme tirada el día siguiente!

Pensándolo bien... ¿qué más me daba aquello? Siempre me había imaginado a mí misma viviendo en un apartamento del centro de una ciudad grande y ruidosa, probablemente encima de un bar. Y, por supuesto, sola.

De pronto me agobié porque me di cuenta de que el telón que había rodeado a la Leire decrepita era ni más ni menos que el futuro que me aguardaba. No tenía amor, eso era lo de menos, pero es que tampoco tenía dinero, mis amigos casi se habían olvidado de mí y no tenía motivos para pensar que fuera a encontrar trabajo. Uno de verdad, quiero decir.

Mis ojos se abrieron como platos, negándose a cerrarse, y así pasé la mayor parte de la noche, observando la sábana desde el interior. Muy instructivo.

CAPÍTULO 37

No es una cita

El sábado por la mañana me desperté de mal humor. Apenas había conseguido dormir un par de horas y por culpa de Lucas me esperaba un aburrido sábado metida en casa con Federica. Bajé las escaleras restregándome los ojos. Suponía que la anciana seguiría apenada por el recuerdo de su no maternidad. Sin embargo, ya se encontraba trasteando en la cocina cuando entré en ella.

—Vaya —me dijo a modo de saludo—, sí que se te han pegado hoy las sábanas.

Me entraron ganas de decirle que por culpa de su historia no había conseguido pegar ojo, pero estaba segura de que eso iniciaría una discusión y no estaba de humor para ello.

—Buenos días —respondí, después de haber contado hasta diez en silencio, y me dispuse a preparar el desayuno.

A media mañana, mientras la anciana veía la televisión, escuché unas pisadas en la entrada de la casa. Sonreí al imaginar que sería Lucas que venía a visitarnos y quizá a decirme que al final sí tenía la noche libre. Pero mi sonrisa se derritió como una figura de cera junto a la chimenea cuando vi los hombros anchos y los ojos claros que me observaban.

—¿Y tú quién eres? —preguntó Federica, haciendo una mueca desdeñosa.

—Soy Juan —contestó él. ¡Bien! Por lo menos ya sabía cómo se llamaba de verdad—. Vengo a ver a Leire.

Federica arrugó la barbilla más de lo habitual, me miró de reojo y después volvió a fijar los ojos en la pantalla, donde un día más estaba aquel presentador despeinado y con gafas de culo de vaso contando siniestros crímenes que parecían más bien sacados de una novela negra; no importaba el día de la semana que fuera, él siempre estaba allí. Yo me levanté del sofá y

caminé hasta la calle, seguida por Juan. Una vez en el umbral de la casa, él me dio sus inevitables dos besos para después comenzar a hablar como si le hubieran dado cuerda:

—¡Menuda putada! Tenía todo preparado para pirarme este *finde* a casa y de pronto viene la tía esa que se viste como una *drag queen* y me dice que los días que quedan hasta vacaciones tengo que trabajarlos. ¿Te parece normal? ¡Estoy quemadísimo! ¡A ver si el viejo la palma de una vez para poder volver a mi casa! —parloteaba sin control, y el desayuno empezaba a revolvérseme en la boca del estómago—. En fin... perdona por soltarte todo este rollo. En realidad venía a preguntarte si te hacía venir a tomar algo conmigo esta noche. Muchos sí que han podido librar y otros están ocupados, así que podemos hacer algo tú y yo solos.

Valoré su oferta durante un instante. No me apetecía quedarme en casa, pero salir a solas con aquel tío me parecía un tanto arriesgado después de lo que había pasado las anteriores veces que lo había tenido cerca.

—Lo siento, pero es que... —improvisé— tengo que... hacer... ¡algo! —improvisé mal—. Tengo que hacer algo —repetí para intentar darle credibilidad—. Lo siento.

Él me observó con una expresión impertinente.

—Bueno... tú te lo pierdes —soltó al final—. De todas formas, si al final se cancela el algo que tienes que hacer, vente al bar. Estaré allí bebiendo igualmente.

—Vale. Hasta luego —respondí, antes de entrar apresuradamente en la casa.

Pasé el resto del día con los ojos pegados a la ventana del salón, esperando a que la silueta de Lucas hiciera su aparición. Pero no lo hizo. Federica me miraba de reojo de vez en cuando y decía cosas como: «Qué duras son las esperas», «Los celos despiertan a quien duerme» o «Hay gente que se harta de insistir y que no la miren». Sabía que con ello quería hacerme explotar, pero, como nada más cerrar la boca ponía esa expresión suya de no haber roto nunca un plato, me era imposible reprochárselo.

A las ocho y media preparamos la cena y a las diez menos cinco tomé una determinación. Subí a mi cuarto y me puse unos *leggings* gruesos de color negro y una sudadera verde que me llegaba por la mitad del muslo. Me calcé

mis botas negras y bajé al piso inferior. Federica estaba a punto de acostarse.

—¿Te marchas? —me preguntó, bastante confusa.

—Voy a salir con Juan —le respondí yo con rotundidad.

Ella no respondió, sino que arrugó los labios, dejando ver su desacuerdo con mi decisión, y después me dio las buenas noches. Yo esperé a que se hubiera metido en la cama y después salí a la calle, embutida en mi abrigo.

Bajé a buen paso hasta el bar de la carretera y entré estrepitosamente, urgiendo un poco de calor. Enseguida localicé a Juan, sentado en la misma mesa que la primera vez que lo vi. Pedí una cerveza y me acerqué hasta él.

—¡Has venido! —exclamó. Miré la mesa y conté tres botellines vacíos y uno a medio beber.

Yo le sonreí y me senté a su lado. Juan empezó a quejarse de nuevo de su existencia y yo me pregunté si de verdad pensaba que era el único que se encontraba en esa situación. De pronto detuvo su monserga y se me quedó mirando con ojos de felicidad alcoholizada.

—Estás muy buena, Colorina —farfulló, mientras dibujaba en su cara una estúpida sonrisa.

—Gracias —murmuré yo, apartando un poco mi silla de la suya.

—¿Estás liada con el granjero ese? —me preguntó a continuación.

—¿Con Lucas? No, claro que no —respondí yo, elevando la voz más de lo necesario. Entonces él acercó su silla a la mía.

—Yo con Natalia tampoco —soltó de pronto sin venir a cuento, a la vez que me ponía una mano sobre el brazo—. Aunque para pasar un buen rato está bien. Es un poco puta.

No me esperaba en absoluto aquella aseveración y por supuesto no supe qué decir, así que me metí en la boca una patata frita del platito que había en el centro de la mesa. Estaba rancia, sabía un poco a papel de periódico.

Juan, como dando el tema por zanjado, bebió un trago de su cerveza y empezó una larga tanda de preguntas sobre Federica. Se interesó por todo lo que incumbía a nuestra convivencia y a las costumbres de la anciana. Incluso me preguntó por Marciano para terminar suspirando y diciendo: «¡Qué potra has tenido, Colorina! Te ha tocado una vieja que es un chollo».

Yo no estaba tan convencida de ello, pero tampoco quise quejarme y provocar una nueva serie de gimoteos y lamentaciones por parte de Juan, así

que me limité a asentir con la cabeza.

Me pedí otra cerveza y seguimos hablando de todo un poco. Cada cierto tiempo, Juan pegaba su silla a la mía y me pasaba el brazo por los hombros. Yo me escabullía como podía y ponía de nuevo distancia entre nosotros, pero él volvía a insistir. Cuando empezó a acariciarme los muslos por debajo de la mesa, miré el reloj y comprobé que era casi la una de la madrugada. ¿Cómo había pasado el tiempo tan deprisa? Salir aquella noche, al final, no había sido tan mala idea. Por lo menos había conseguido despejarme durante unas horas.

—Tengo que irme ya —anuncié, arrastrando la silla hacia atrás para librarme de sus caricias y poder levantarme.

—Te acompaño, que no quiero que te rapten —respondió Juan. Se puso en pie tan deprisa que estuvo a punto de caerse.

—No hace falta, de verdad —objeté yo—. En este pueblo no hay ningún peligro.

—Nunca se sabe, Colorina —dijo él.

Y no hubo más discusión, porque se pegó a mí como un perrito faldero y me acompañó hasta casa. En varios momentos del trayecto intenté deshacerme de él, pero fue imposible y de pronto ahí estábamos los dos, parados frente a la puerta de la casa de Federica, envueltos en un incómodo silencio. Le di las gracias por acompañarme unas diecisiete veces y le dije «buenas noches» unas veintidós. Yo estaba esperando a que se fuera para poder sacar la llave de su escondite «secreto» en el interior de la maceta, pero él debió de interpretar de forma incorrecta mis señales, o, directamente, inventárselas, porque de pronto se abalanzó sobre mí con la pasión de un rinoceronte en celo. Notaba sus húmedos labios baboseando mi cuello, su aliento de cerveza acercándose peligrosamente a mis labios y sus manos pasando a toda velocidad por mi cuerpo. Aprovechando la ligera anatomía que mis padres me dieron, conseguí escabullirme del lazo de sus brazos agachándome. Saqué la llave a toda prisa y me metí en casa a la velocidad de la luz, dándole las gracias una vez más por haberme escoltado hasta allí, justo antes de cerrarle la puerta en los morros de forma muy amable.

CAPÍTULO 38

24 de febrero 1991

Querida Aquilina:

Hermana, esta es, sin lugar a dudas, la carta más difícil que he escrito en lo que llevo de vida. No te estremezcas, por favor, es solo que sé que ha llegado la hora de revelarte el secreto que te he escondido durante tantos años. ¿Y por qué ahora?, te preguntarás tú, hermana, que hoy sigues siendo tan curiosa como lo eras de chica. Pues bien, es ahora porque sé que mi secreto estará a buen recaudo contigo. No es que antes hubiera pensado que podrías traicionarme. ¡Claro que no, Aquilina! Lo que sucede es que yo nunca he querido verte en un aprieto por mi causa. Y ahora... bueno, hermana, solo espero que a pesar de las pocas ocasiones que hemos tenido para estar juntos durante los últimos años, no hayas dudado nunca del amor que te he profesado siempre. Para mí siempre serás la mejor persona que ha pisado este mundo: tan inteligente, tan observadora y tan indulgente con todos. ¡Y lo mucho que te agrada reír!

La cuestión que quiero revelarte es delicada. Quizá ahora de una vez para siempre te convenzas de que tu hermano es un verdadero tarado. Pero ¿acaso no somos todos un poco locos? A lo mejor, como tú eres tan abierta de miras, crees mi historia como verdadera. No lo sé, hermana, pero he de arriesgarme ahora que sé que no hay nada que perder. Ahí voy:

Aquilina ¿recuerdas el pedazo de madera con que me obsequió nuestro tío Enrique? ¿Sabes el humilde joyero que labré para mi esposa? Incluso es posible que aún tengas en mente todas las osadías que he ido narrándote a lo largo de estos años y que es bien posible tú nunca hayas llegado a comprender bien. Pues bien, hermana, son tantas cosas y una sola: el tío Enrique hablaba en serio. Su madera tenía magia de veras. Gracias a ella en algunas ocasiones de estos años he podido estar al tanto con anticipación de lo que iba a acontecer en mi vida.

Hermana, a estas alturas no voy a osar pedirte que me creas. Eres libre de pensar lo que creas que es adecuado a tus ideas. Mi única intención era compartir contigo lo que nadie más conoce, antes de que resultara ya muy tarde.

Querida Aquilina, tú has sido siempre mi puntal, una hermana y una compañera formidable. Madre, mi Federica y tú seréis siempre las mujeres de mi vida, por mucho que los caminos de la vida terminen por separarnos de manera eterna.

Te quiere,

Tu hermano Marciano

CAPÍTULO 39

Celos o indiferencia

Cuando entré en la cocina a la mañana siguiente, Federica ni siquiera me dio los buenos días.

—¿Qué es lo que he hecho ahora? —pregunté entre confusa y enfadada. Una vez más, la anciana estaba molesta conmigo y esta vez sí que no tenía ni idea de cuál era el motivo.

Durante un instante se me pasó por la cabeza que quizá había descubierto lo de las cartas, pero enseguida rechacé la idea. Era imposible que lo supiera. De todas formas, aquel asunto se había terminado para mí por dos razones. La primera y más obvia: la noche anterior había leído la última de las cartas que formaban aquel siniestro libro. Y la segunda: había quedado tan perturbada tras ello que aunque hubieran aparecido más, no estoy segura de haber tenido ganas de continuar con ellas. En realidad, lo tenía bien empleado por meter las narices donde no debía.

—Nada —respondió Federica con tono seco—. Cada cual es muy libre de comportarse como desee. Buenos días.

Y salió de allí de un modo de lo más teatral, rumbo al salón.

Preferí no darle más vueltas, así que la seguí y desayunamos en silencio. Como era domingo, tuvimos que salir a hacer la compra antes de que Luciana cerrara para irse a misa, y nada más atravesar la puerta de casa nos encontramos a Lucas, que venía cargado con una cesta de verduras.

—¡Esperadme! —exclamó, dándole un beso rápido a Federica en una mejilla—. Dejo esto en la cocina y os acompaño.

¡Fantástico! No había tenido tiempo para que saliéramos el día anterior, pero ahora tenía que acompañarnos a comprar el pan... ¿Qué pensaba? ¿Que nos íbamos a perder?

La anciana dejó el bastón en el interior de la casa y se agarró al brazo de Lucas con firmeza. Cuando empezaron a caminar y a charlar, pensé que era

absurdo que fuéramos los tres en plan procesión de Semana Santa. Yo podría haberme quedado perfectamente en casa... Pero, aun así, los seguí de cerca, sin participar en su conversación.

—Estaos aquí —dijo Federica cuando llegamos a la panadería. Aquello me empujó hacia un *flashback* de lo ocurrido un par de días atrás con Juan, y no había acabado precisamente bien la cosa... Solo esperaba que no se repitiera.

—¿Qué tal tu cita con el musculitos ese? —me susurró Lucas con tono cantarín en cuanto Federica desapareció en el interior de la tienda.

—¡No fue ninguna cita! ¡Solo estuvimos tomando unas cervezas! —le chillé—. ¿Por qué debo darte explicaciones? ¿Y cómo te has enterado?

Entonces Lucas sonrió y sacudió la cabeza. Y justo cuando iba a gritarle que qué le hacía tanta gracia, una voz demasiado aguda me interrumpió.

—¡Lucas!

Me volví para comprobar que Natalia se acercaba a paso lento, llevando del brazo a una anciana. Natalia sonreía y saludaba a Lucas con la mano que le quedaba libre. El pelo negro le caía sobre los hombros formando una perfecta cascada de tirabuzones y los ojos oscuros parecían expulsar destellos de felicidad. Lucas la miraba con cara de bobo y la saludaba también con la mano. Arqueé las cejas y me crucé de brazos a esperar a ver en qué derivaba aquella situación tan ridícula.

La chica ayudó a la anciana a subir el escalón de la panadería y después se lanzó a los brazos de Lucas y lo estrechó mientras le daba dos besos.

—¡Muchísimas gracias por lo de ayer! —exclamó ella, agarrando con suavidad la mano de Lucas—. Esta mañana, cuando me he metido en la ducha, no he podido evitar pensar en ti... Y eso mismo haré cada día a partir de ahora —añadió con voz melosa.

Por el calor que sentía en las mejillas a pesar de la baja temperatura que hacía en la calle, enseguida deduje que mi cara había decidido cambiar de color para hacer juego con mi pelo. Noté que tenía los puños cerrados con demasiada fuerza y la mandíbula apretada. ¿Qué me ocurría? ¿Eran celos? ¡Pues claro que no! ¡No me importaba en absoluto lo que Lucas hiciera en la ducha con esa tiparraca! Era solo que... ¡no me gustaba para él! Lucas era demasiado inocente y bueno para liarse con una tía como Natalia...

Por alguna extraña razón que hoy todavía desconozco, daba igual quién entrase primero a las tiendas, porque Federica siempre, siempre, siempre salía la última. Y así fue esa vez también. La anciana a la que acompañaba Natalia salió en ese momento por la puerta y la chica corrió a tenderle la mano para ayudarla a bajar. La mujer le sonrió y se agarró a su brazo.

—Te esperamos para cenar en casa de nuevo cuando quieras —le dijo Natalia a Lucas al pasar por su lado—. Nos encanta tu compañía, ¿verdad, Antonia?

La anciana sonrió de nuevo, dando a entender que estaba de acuerdo con su compañera, y siguieron caminando despacio hasta desaparecer de nuestro campo de visión.

Entonces Lucas me miró y empezó a reírse.

—¿Estás bien? —me preguntó con tono burlón.

—¡De maravilla! ¡Muchas gracias! —respondí yo de malas maneras.

Lucas negó con la cabeza y se acercó hasta mí. Me tomó las manos para intentar aflojar la tensión de mis puños, pero yo las retiré y me crucé de brazos con terquedad.

—No te dejé plantada para salir con Natalia —dijo con tono suave.

—¡No tienes que darme ninguna explicación! —le espeté—. ¡Puedes hacer lo que te dé la gana! Pero ten cuidado, que no eres tú al único que se tira...

—Pero ¿qué estás diciendo? —el tono de Lucas se había alterado de pronto.

—Lo que oyes —le respondí—. Me lo dijo ayer Juan.

—Bueno, pues para que te quedes tranquila y no gastes tiempo preocupándote por mí, ayer fui a su casa a arreglarles el calentador del agua. —Lucas me hablaba con tono agitado, aunque trataba de disimularlo—. El viernes a primera hora me las encontré y Antonia me pidió que fuera a echarle un vistazo porque no tenían agua caliente. Les prometí que iría al día siguiente y me invitaron a cenar. ¡Nada más, Leire!

Yo seguía en mis trece, con los brazos cruzados y el morro retorcido.

—Ya te he dicho que no me importa —dije, tratando de tragarme una sonrisa que Lucas estaba provocando con la suya. Entonces soltó una pequeña carcajada.

—Mira que eres terca cuando te lo propones. —Su sonrisa estaba tirando de la mía con tanta fuerza que ya casi era incapaz de ocultarla. Y cuando estaba a punto de claudicar, la voz de Federica, farfullando que qué hacíamos ahí como pasmarotes en vez de ayudarla a bajar el escalón, me devolvió a la aburrida rutina de mi existencia.

CAPÍTULO 40

Vacaciones navideñas

El veintitrés de diciembre me presenté en el umbral de la escalera con mi equipaje y una extraña sensación de nerviosismo dándome saltos en el estómago. ¡Volvía a casa para pasar diez días allí! Diez días sin aguantar las indirectas de Federica. Diez días sin horarios. Diez días sin vivir sumida en un aburrimiento prácticamente mortal.

Cuando Lucas entró en casa para cargar mi equipaje en la furgoneta, Federica ni siquiera se levantó de su sillón y prácticamente no retiró la vista de la televisión más que para decirme: «Que pases buenas fiestas».

—Igualmente —respondí yo—. ¡Adiós!

Y salí corriendo detrás de Lucas.

Me monté a toda prisa en el asiento del copiloto y empecé a mover la pierna frenéticamente, arriba y abajo, arriba y abajo, en un tic nervioso causado por la impaciencia. Un momento después, Lucas ocupó el puesto del conductor y arrancó el vehículo.

—Te vamos a echar de menos estos días —dijo, mirándome de reojo con una sonrisa triste dibujada en la cara.

—No creo que Federica piense lo mismo —lo contradije—. Seguro que ahora mismo está bailando por toda la casa, celebrando que por fin la dejo tranquila unos días.

—Claro que no —respondió él—. Estoy seguro de que en el fondo le habría gustado que pasaras las fiestas con nosotros...

Hice una pedorreta con los labios.

—¡Sí, claro! —añadí, para después fingir una sonora carcajada.

Cuando llegamos a la carretera y el autobús paró a nuestro lado, Lucas me ayudó a meter mi equipaje en el compartimento de las maletas y después me dio un beso demasiado largo en la frente. En ese momento me di cuenta de que mi vida se había convertido en una continua sucesión de despedidas,

es decir, en una cadena de torturas para mí.

—Feliz Navidad, Leire —me dijo, mirándome directamente a los ojos.

—Igualmente —contesté antes de volverme y poner el pie en el escalón para subir al vehículo.

Entonces, sentí el cálido aliento de Lucas junto a la nuca, lo que hizo que un agradable escalofrío recorriera mi columna de arriba abajo.

—Vuelve ¿vale? —me susurró.

Quise darme la vuelta para mirarlo, pero el conductor había cerrado la puerta. Tragué saliva, pagué mi billete y me desplomé en un asiento con una sensación extraña dando vueltas en mi interior.

Tras el viaje en tren, mis padres esperaban, como siempre, en el andén. Me sorprendió muchísimo encontrarme a mi padre, siempre tan recto, con un gorro de Papá Noel calado hasta orejas.

—Jo, jo, jo —dijo antes de coger mis maletas y comenzar a andar en dirección al parking. Lo dijo sin ningún tipo de ritmo y sin elevar un ápice el tono, pero viniendo de mi padre, aquello era toda una muestra de jovialidad.

Las vacaciones fueron bastante tranquilas. Mi madre se pasó la mayor parte del tiempo metida en la cocina, preparando verdaderos banquetes de los que después sobraba más de la mitad. Mi padre siempre le preguntaba que por qué hacía tanta cantidad y ella respondía que era mejor que sobrase que no que faltase. Las fechas señaladas tuvimos comidas y cenas familiares, de esas en las que de forma bochornosa tienes que contemplar cómo tus padres y tus tíos, tras haber bebido más de la cuenta, empiezan a hablar demasiado alto y a reírse de cosas demasiado absurdas. Y aunque parezca extraño, sí, incluido mi padre.

La mayoría de las mañanas las pasé con Martina, ya que las tardes las tenía ocupadas con los ensayos del grupo. En varias ocasiones me invitó a que fuera a verlos, pero no acepté; resultaba demasiado duro para mí volver a aquel garaje y saber que yo ya no tenía sitio allí.

La noche de fin de año, después de comer las doce uvas con mis padres y desear con cada campanada que mi vida mejorara lo antes posible, salí con Martina y los chicos a celebrarlo. Bebimos, nos reímos e incluso nos lanzamos a bailar cuando sonó uno de nuestros temas favoritos. Hacía muchos meses que no me lo pasaba tan bien. Me sentía libre, como si mi

cabeza se hubiera vaciado de preocupaciones de repente, y deseé con todas mis fuerzas que aquella noche no terminase jamás.

Pero terminó con un intenso dolor de cabeza cuando mi madre subió la persiana a la una del mediodía del primer día del año para informarme de que debía levantarme y ducharme antes de que llegasen los invitados. Me cubrí la cara con la almohada mientras trataba de espantar al pájaro carpintero que estaba perforándome las sienes desde el interior del cráneo.

Como siempre pasa con las cosas buenas, las vacaciones se me hicieron demasiado cortas. Siempre me he preguntado por qué el tiempo es tan sumamente cruel: estira como un chicle infinito los malos momentos y engulle con voracidad los instantes agradables. A veces me gustaría hacer como Salvador Dalí: derretir todos los relojes del mundo para poder avanzar o detener el tiempo a mi antojo.

La mañana del tres de enero arrastré los pies hasta el andén, haciendo un esfuerzo sobrehumano. Juro que estuve a punto de tirarme al suelo y ponerme a patalear como una niña pequeña, gritando que no quería irme, que no quería volver a ese pueblo, a esa casa en la que estaba segura de que Federica estaba ya esperándome, deseosa de lanzarme cuanto antes una de sus indirectas en forma de flecha envenenada. Quería quedarme en mi ciudad, quería volver a tocar con mi grupo, vivir en un apartamento en el centro y trabajar montando capítulos de series de televisión.

Pero me subí en el tren sin rechistar mientras mi madre, una vez más, lloraba como si en verdad me fuera a una guerra en Oriente Medio. Me puse los cascos y cerré los ojos, meditando sobre la paradoja de que la negrura que envolvía el túnel por el que acabábamos de sumergirnos era lo único real que tenía en mi futuro próximo.

CAPÍTULO 41

Una noche inesperada

A mi regreso de las vacaciones, Federica me había recibido con un «ya estás aquí» en un tono tan neutro que resultaba imposible identificar si se trataba de la típica pregunta retórica a la que te dan ganas de responder «no, todavía no he llegado», una exclamación de júbilo en plan «¡te echaba tanto de menos que estaba deseando que volvieras!» o un lamento del tipo «ya está aquí otra vez esta plasta; ojalá se hubiera atragantado con un trozo de turrón». Sin embargo, mi intuición me decía que, si iba a apostar, lo hiciera por la tercera opción.

Las vacaciones no nos habían sentado muy bien a ninguna de las dos. Para nosotras, ese dicho tan positivo de «año nuevo, vida nueva» parecía haberse vuelto del revés y más bien nos había hecho retroceder al principio de toda esta historia. Las dos habíamos tenido unos días para disfrutar de unos retazos de nuestra vida anterior y ese anhelo de recuperar lo que pensábamos que nos pertenecía se podía percibir en nuestros estados de ánimo. Cinco meses después, estábamos sufriendo de nuevo el duro periodo de adaptación, solo que en esta ocasión dentro de nosotras había menos paciencia e ilusión, si es que alguna vez habíamos tenido de eso...

A ratos, por mi cabeza vagaba la idea de renunciar a aquel trabajo y buscar otra cosa, pero esa tampoco era una opción demasiado esperanzadora.

Aquel sábado, sentados en un tronco caído del enorme pinar que flanqueaba la parte alta del pueblo, se lo comenté a Lucas. La luna estaba enorme y especialmente brillante aquella noche y su luz plateada bañó la expresión de terror que él puso al oír mis palabras.

—Estoy pensando en dejar el trabajo —anuncié, agachando la cabeza.

—¡No puedes hacer eso! —replicó él al instante—. ¡No puedes irte!

—No lo sé, Lucas. Es muy complicado, tú no lo entenderías. Creía que ya me había adaptado a todo esto, pero las vacaciones, a pesar de todo, han

sido increíbles. Estaba en mi sitio, en mi mundo, con mis amigos, en mi ciudad... Y aquí... bueno... Federica no me quiere con ella y la verdad es que la vuelta se me ha hecho mucho más cuesta arriba de lo que creía.

Mientras balbucía aquellas explicaciones inconexas, Lucas me observaba con la boca entreabierta y negaba sin parar con la cabeza.

—Yo creo que estás equivocada con Federica —me dijo de pronto—. La conozco desde siempre y sé que en realidad te aprecia mucho. Solo se hace de rogar para demostrarte que ella es la que manda en su casa, pero estoy convencido de que en el fondo se alegra de que estés acompañándola. Yo puedo hablar con ella si quieres, puedo pedirle que no sea tan dura, puedo...

—Lo siento mucho, Lucas —lo corté—. Si en realidad no es solo por eso. No sé si...

Entonces, sin previo aviso, sus labios se posaron sobre los míos de una manera dulce y comenzó a besarme lentamente. Nunca nadie me había besado de ese modo. Me pilló por sorpresa, pero me sentí tan bien que lo único que logré hacer fue cerrar los ojos y dejarme llevar mientras sus manos me acariciaban suavemente la nuca.

—No quiero que te vayas... —me susurró antes de besarme el lóbulo de la oreja.

La cortina plateada de la luna nos envolvió con su magia mientras los besos y las caricias se sucedían, primero con ternura y después casi con urgencia.

CAPÍTULO 42

Asalto a medianoche

Como cada vez que salíamos, Lucas me acompañó a casa dando un paseo por las oscuras calles de Villagmitos. La enorme luna llena, que brillaba con todo su esplendor minutos antes, estaba ahora totalmente cubierta por un manto de nubes y solo un triste resplandor mortecino lograba descender del cielo, dibujando extrañas sombras en las fachadas de las casas y en las piedras del camino. La poca iluminación que quedaba daba un aspecto bastante tétrico a las calles.

Lucas trató de tomarme de la mano en varias ocasiones, pero en todas ellas lograba escabullirme de él. No estaba preparada para eso. Una pareja camina de la mano cuando hay una relación amorosa de por medio, cuando se quieren y saben que desean estar juntos siempre, aunque después no sea así. Es como un símbolo de compromiso, de complicidad. Y desde luego nosotros no estábamos en esa situación. Lo que había pasado había sido cosa del momento. Había estado genial y me había hecho sentir muy bien, pero no podía verlo como algo más. Así que seguimos caminando en silencio, hasta que por fin se dio casi por vencido y se conformó con agarrar mi dedo meñique.

En un momento dado, cuando ya estábamos llegando a casa, nos cruzamos con dos tipos. Los saludamos en un murmullo, pero debido a la oscuridad que envolvía todo no fuimos capaces de reconocerlos. Las bufandas y los gorros que llevaban para protegerse del frío tampoco ayudaban. Supusimos que sería algún vecino que volvía del bar.

—Entonces... —dijo de pronto Lucas—, ¿has cambiado de idea con respecto a quedarte?

Yo lo miré y vi la esperanza en sus ojos. Y sentí lástima porque sabía de sobra que lo que había pasado antes no había cambiado nada en mi mente. Seguía decidida a marcharme en cuanto se me ocurriera un modo de

encontrar algo mejor.

—No, Lucas —respondí—. Ya te lo he explicado antes. No es cuestión de cambiar de idea. No es tan sencillo.

—Pues si no lo haces por ella, al menos hazlo por...

De súbito dejé de escuchar lo que me decía Lucas, ya que algo horrible reclamó toda mi atención. La maceta que solía colgar de la fachada de la casa de Federica estaba en el suelo hecha pedazos y la llave reposaba en la cerradura de la puerta entreabierta. Sin darme ni un segundo para pensar, recorrí como un rayo el trecho que nos separaba de la casa. Lucas no debió de tardar ni una milésima de segundo en entender lo que había pasado porque lo oí echar a correr en la dirección por la que habían desaparecido los dos tipos.

Empujé la puerta con decisión y entré corriendo con torpeza. Me tropecé con el paragüero de barro, que estaba volcado en la entrada, pero no me detuve a observar el desastre en el que estaba sumido el salón. Eso no era importante.

Abrí la puerta de la habitación de Federica. Estaba todo muy oscuro. Volví a tropezarme con algo y me caí, golpeándome bruscamente las rodillas contra el frío suelo. Gemí de dolor, pero no me concedí ni un segundo más para recuperarme. Como pude, llegué hasta el interruptor de la luz y la encendí. Tenía la respiración agitada y el corazón luchaba por escapar de mi cuerpo. Recorrí la habitación con la mirada. Los cajones del tocador estaban abiertos, así como el armario, y todo su contenido se encontraba esparcido por el suelo. El muñeco que solía descansar sobre la cama de Federica tenía la cabeza aplastada, como si se la hubieran pisado. Me pareció terrorífico. Las piernas me temblaban y las sienes me latían con violencia. Me acerqué hasta la cama de la anciana, tambaleándome. Estaba toda cubierta con un revoltijo de sábanas y plumas. Con manos temblorosas las aparté un poco para liberar el bulto que se intuía justo debajo. Entonces descubrí el cuerpo de la anciana, hecho un ovillo. En aquel momento rompí a llorar como hacía siglos que no lo hacía. Las lágrimas me abrasaban la cara y me empañaban la vista. Cada vez se me hacía más duro respirar y empezaba a notar un ligero dolor en un costado.

—Hija... —dijo la mujer en un susurro quebrado, mientras giraba la cabeza levemente.

—Estoy aquí —respondí.

Retiré el resto de aquel amasijo de trapos y con mucho cuidado la ayudé a incorporarse. Me pareció tan diminuta sentada en aquella cama tan enorme...

—¿Está bien? —pregunté sin poder dejar de llorar.

—Te he dicho cientos de veces que no me llames de usted, me haces parecer una vieja —respondió ella muy bajito.

Sin ser capaz de decir ni pensar nada más, la abracé. Ella me devolvió el abrazo y noté que estaba temblando. Creo que fue en aquel preciso instante cuando el muro construido entre nosotras con nuestro orgullo como cemento se derrumbó por completo, dejando totalmente desnudos sus cimientos.

No sé cuánto tiempo pasamos abrazadas, pero lo que sí sé es que de pronto oí que la puerta de entrada se cerraba. Federica y yo nos sobresaltamos. Aunque estaba muerta de miedo, me sequé las lágrimas con la manga e instintivamente agarré un trozo de madera que se había desprendido de alguno de los muebles. Sujetándolo con firmeza, me situé delante de la anciana, conteniendo la respiración. Un segundo después sentí que su mano temblorosa asía la manga de mi abrigo.

Afortunadamente, enseguida apareció Lucas en el umbral de la puerta. Abrí la mano, dejé caer la madera y liberé un ruidoso suspiro de alivio.

—¿Estáis las dos bien? —preguntó con la voz entrecortada por la fatiga—. No he conseguido alcanzarlos. Se subieron en una moto y... ¿Te han hecho algo?

Lucas se acercó deprisa hasta la anciana y comenzó a examinarla con delicadeza.

—Estoy bien, hijo, pero no comprendo qué es lo que querían esos bribones —respondió la mujer, tomando a Lucas de la mano—. Ya sabes que todo lo que hay en esta casa son baratijas.

En aquel momento se me encendió la bombilla de las ideas, varios recuerdos de los últimos meses se entrelazaron y de repente lo vi todo con total claridad.

Salí de la habitación a la carrera y crucé el salón en dirección a las escaleras que conducían al piso superior. La casa estaba sumida en un completo caos. El silloncito de flores estaba volcado y todas las pertenencias

de Federica tiradas por el suelo. Pero no me detuve a recoger nada. Subí los escalones de dos en dos y noté que el alma se me caía a los pies cuando vi el destrozo que aquellos individuos habían hecho en la salita de estar. Caminaba torpemente y, con todo el dolor de mi corazón, pisoteé libros y empujé puertas de armarios que, avergonzados, mostraban sin pudor su interior. Pero nada de ello me preocupaba, estaba segura de que no faltaba nada o, bueno, de que al menos todas nuestras pertenencias continuaban allí. Ni siquiera me detuve cuando vi todas mis cosas, incluido mi bajo, desperdigadas por todas partes.

Me arrodillé en el suelo de mi habitación y con mucho cuidado desencajé una pequeña porción del rodapié de madera. Suspiré bastante aliviada y lo coloqué delicadamente a mi lado. Introduje la mano en el hueco y saqué la pequeña cajita de madera.

CAPÍTULO 43

El tesoro escondido

Cuando regresé al piso de abajo, las piernas y las manos seguían temblándome. El silloncito de flores estaba ya de pie y Federica estaba sentada en él, arropada con una manta. Lucas estaba recogiendo el desastre y Anselmo también se encontraba allí. Me acerqué a la anciana.

—¿Te encuentras bien? —pregunté, arrodillándome delante de ella. Me sonó muy raro hablarle de modo informal, pero sabía que no me quedaba otra opción que acostumbrarme.

—Sí, hija, pero me siento inútil —respondió, sacando las manos de debajo de la manta—. No puedo estar aquí sentada mientras vosotros trabajáis.

Lucas levantó, la cabeza y nos miró.

—Es tarde y hace mucho frío —le expliqué a Federica—. Puedes supervisarnos desde aquí. Tienes que decirnos dónde van colocadas las cosas que nosotros no sepamos.

Sé que no la convencí, pero tampoco protestó. Le tomé la mano y noté que estaba helada y temblorosa, así que la ayudé a volver a meterlas debajo de la manta.

—Voy a prepararte una infusión calentita —añadí—. Lucas, ¿puedes ayudarme un momento en la cocina?

Él miró a su padre y Anselmo asintió con la cabeza mientras se afanaba en volver a encajar la puerta del aparador en su sitio.

Así que nos dirigimos hacia la cocina. La puerta estaba entrecerrada y nos costó bastante abrirla, porque debía de estar atascada con algo que había caído al suelo. Pero ni siquiera se nos pasó por la cabeza el estropicio que íbamos a encontrarnos cuando estuviéramos dentro. Platos, vasos y tazas hechos añicos cubrían el suelo. Una de las gallinas estaba allí, picoteando los granos de arroz y las lentejas que se habían derramado. Yo grité y Lucas se

apresuró a cogerla y sacarla al patio con los demás animales que, aunque bastante revolucionados, se encontraban bien.

Recogí del suelo un pequeño cazo y puse agua a calentar mientras buscaba una taza que se hubiera salvado del desastre. Finalmente, encontré una de cerámica blanca a la que solo se le había picado un poco el asa.

Lucas regresó del patio con una bolsa de basura grande y comenzó a introducir en ella los trozos de cristal y cerámica. Yo, mientras tanto, recogía los cubiertos y los cacharros que habían quedado a salvo.

—Tengo que contarte algo —le dije a Lucas en voz baja—. Creo que sé qué es lo que buscaban esos tipos.

Él me miró extrañado. Supongo que pensaba que era imposible que alguien que llevaba allí apenas unos meses pudiera conocer algo sobre aquella casa que a él le hubiera pasado desapercibido durante toda la vida.

—Uno de los primeros días, cuando acababa de llegar, me enfadé muchísimo. No recuerdo por qué fue exactamente... —aquello le hizo sonreír—. Pero el caso es que estaba tan furiosa que le di una patada a una de mis botas, que se estrelló contra la pared. Un trozo de rodapié se desencajó y cayó al suelo. En la pared había un hueco. Me asomé, alumbrándome con la luz de mi móvil, y vi que había algo dentro, así que metí la mano.

Lucas seguía observándome bastante desconcertado y el agua del cazo empezó a chisporrotear, avisándome de que ya estaba caliente. Me levanté a apagar el fuego, introduje un saquito de tila en el agua y lo cubrí con un trapo limpio.

—¿Vas a decirme qué encontraste? —me preguntó, un poco nervioso. Sinceramente, a mí también me extrañaba que no estuviera al tanto de aquello.

—Dentro de la pared había una pequeña cajita de madera. Vacía —le expliqué.

—¿Y por qué alguien iba a armar todo este desastre para robar una caja de madera vacía? —cuestionó Lucas, aún más tenso.

—No lo sé, Lucas —le respondí y me guardé de forma intencionada el tema de la correspondencia de Marciano. No quería que pensara que era una paranoica—. Pero junto a ella encontré algo más que quizá pueda darnos una explicación... —añadí, sacando de mi bolsillo el sobre en el que estaba

escrito su nombre.

—Es la letra de Marciano —dijo Lucas en un susurro, visiblemente emocionado.

No sé muy bien si fue un pensamiento en voz alta o si verdaderamente me lo estaba diciendo a mí. De todas formas, yo respondí muy suavemente:

—Pues ábrelo...

CAPÍTULO 44

La última carta de Marciano, que en paz descanse

Querido Lucas:

Si estás leyendo esto me figuro que será por dos razones. La primera es que yo ya no estoy en el mundo. La segunda es que no debí de ser demasiado diestro en mi afán de ocultarlo. Lo cierto es que mi intención no era que la encontraras, mas tampoco tuve bastante valor como para destruirla. Por eso, la mejor idea que se me representó fue esconderla en mi casa y dejarte estas letras por si algún día caía en tus manos.

Lucas, tú sabes que nunca fui muy ducho en la escritura, lo mío era labrar la madera, pero trataré de ir al grano. La caja que tienes en tus manos la tallé yo mismo de un pedazo de madera que un pariente me trajo desde un bosque de Irlanda. Por lo visto, en ese país existe la magia. ¡Y qué sé yo! Pero te digo, Lucas, que algo de eso tiene esta madera.

Al inicio, yo tenía intención de regalarle la caja a mi Federica, para que guardase sus alhajas. Pero cuando empecé a barruntar lo que hacía, me pareció que no era oportuno.

Lucas, hijo, ese joyero no es un simple cachivache ornamental. Algunas veces, cuando lo abres, encuentras dentro un pedazo de papel pequeño. Sabes que nadie lo ha puesto ahí, pero sin embargo ahí está. En el papel siempre hay algo escrito, algo que te augura lo que va a acontecer. No sé si me explico bien, hijo, pero tú que eres tan listo seguro que lo comprenderás.

Sé que Federica, mi amada esposa, nunca me perdonará mi quietud cuando hablábamos de su problema. Tú sabes, Lucas, que mi Federica no era capaz de engendrar herederos. La cuestión es que yo conocía que no iba a ser siempre así. Me lo dijo: «Federica será madre de dos hijos». Parece que no acertó del todo, pero sí tuvimos un hijo que hizo muy feliz a Federica. Hijito

mío, Lucas, tú sabes que aunque no te hubiera dado a luz, ella siempre te ha tenido por su hijo. Y yo también.

Ahora que me marcho, quiero pedirte un favor porque sé que tú eres más valiente que este viejo que ya se encuentra en los últimos suspiros de la vida. Hijo, deshazte del joyero. Sé que tú no eres ambicioso como yo. Puede parecer un don el conocer lo que acontecerá mañana, pero no es tal cosa. Hoy, cuando sé que no me quedan más que un par de días en la Tierra, me doy cuenta de que habría sido mucho más dichoso si no hubiera pretendido ir por delante del tiempo.

Lucas, no permitas que la caja caiga en manos de nadie más. Deshazte de ella. Es el último favor que te pide este anciano.

Bueno, no sé si es abusar requirierte algo más. Aun a merced de parecer un pedigüeño... Por favor, cuida de mi esposa. Jamás podré perdonarme el abandonarla así.

Te quiero, hijo.

Marciano

CAPÍTULO 45

Ningún sospechoso

Por el tiempo que Lucas estuvo mirando la carta, le habría dado tiempo a leerla por lo menos diez veces. A continuación me la pasó, cosa que le agradecí, porque al ser algo tan personal podría habérselo reservado solo para él; no tenía por qué compartirlo conmigo.

Leí detenidamente aquella caligrafía que me resultaba ya tan familiar. Noté que en esa ocasión los trazos eran mucho menos precisos, mucho más desordenados, probablemente escritos por una mano temblorosa. Lo que leí me sorprendió, porque en un principio pensé que la historia del joyero era algo entre Marciano y su hermana, algo así como un código de camaradería para seguir unidos a pesar de haber dejado atrás la niñez. Sin embargo, allí estaba contándose también a Lucas, como si que una caja tuviera poderes mágicos fuera lo más natural del mundo. Yo no sabía ya qué creer. Levanté la cabeza y me encontré los ojos marrones de Lucas clavados en mí.

—¿Quién más sabe esto? —me preguntó muy serio.

—Yo no se lo he contado a nadie, Lucas, ni siquiera a Federica. No sabía lo que era. Las dos veces que la he tenido en las manos no me pareció nada más que una caja de madera vacía —le respondí, a la vez que le devolvía la carta—. Pero quizá él sí lo hizo.

—¿A qué te refieres? —cuestionó, escrutándome con la mirada.

Yo no sabía qué pensar en ese momento. ¿De verdad existía la magia? Si aquello me hubiera pasado en mi casa, en la ciudad, automáticamente habría pensado que era una broma de alguien y habría empezado a reírme a carcajadas. Pero allí, en Villagamitos de Tuétano, todo era diferente: el ambiente, la luz que la luna y las estrellas proyectaban sobre las piedras del camino, el sonido del viento entre los árboles... todo propiciaba un escenario en el que creer en sucesos fantásticos era mucho más sencillo.

Tampoco sabía qué estaba pensando Lucas, si sospechaba que le

ocultaba algo o si simplemente se encontraba tan desconcertado como yo. Lo único que sabía era que había llegado el momento de confesar y atenerme a las consecuencias de haber metido las narices en la correspondencia de un muerto.

—Encontré en la biblioteca un libro con cartas que Marciano le había escrito a su hermana —solté en un susurro—. ¡Soy lo peor! ¡No tenía que haberlas leído! ¡Lo siento! Fue casi sin querer. Una noche no podía dormir y fui a buscar un libro para entretenerme. Y ese me llamó la atención. Y luego ya no pude parar. ¡Lo siento, Lucas! He violado su intimidad. Me siento fatal.

Lucas me puso una mano en el hombro y me lo acarició con suavidad.

—Bueno, bueno, no te preocupes por eso —me dijo con tono tranquilizador—. Aquilina murió hace muchos años y nunca tuvo familia. Estuvo trabajando como doncella durante toda su vida en la casa de unos señoritos de su pueblo. No creo que esto tenga nada que ver con ella.

—No se lo digas a Federica, no quiero que se enfade conmigo por hurgar en sus cosas.

—No se lo diré —respondió él, esbozando una sonrisa que no duró más que un pestañeo—. ¿Quién crees que ha podido ser? Porque desde luego parece obvio que ha entrado a por algo en concreto y después de leer esto... Pero ¿quién?

Me esforcé por encontrar la respuesta a aquella pregunta repasando mentalmente las caras de toda la gente con la que me había cruzado durante los últimos días. Y, de pronto, como ocurre algunas veces cuando llevas mucho tiempo pensando acerca de algo sin dar con la solución, un recuerdo me golpeó con fuerza en el pecho.

—¡Soy una idiota! ¡Soy una idiota! ¿Cómo me pude fiar de ese tío? —exclamé, apretando con fuerza el puño.

—¿De qué hablas? —me preguntó Lucas, situándose delante de mí y agarrándome por los hombros.

—La otra noche, cuando salí con Juan, me vio sacar la llave de la maceta —expliqué—. Mi intención era esperar a que se marchara, pero intentó besarme —Lucas arqueó las cejas— y me puse tan nerviosa que cogí la llave y entré en casa a la carrera. Además, durante el rato que estuvimos juntos, me hizo muchísimas preguntas sobre Federica. Quería saberlo todo.

Pensé que era mera curiosidad. ¡Lo siento mucho!

Nos quedamos en silencio un momento. Estaba avergonzada por haber sido tan inocente. Estaba claro que, teniendo a todas esas tías locas por él, aquel chico jamás se interesaría por mí a no ser que tuviera un buen motivo. ¡No entendía cómo había podido ser tan tonta!

—Bueno, Leire —dijo Lucas, abrazándome con ternura—, eso no asegura nada. Mucha gente del pueblo ha visto a Federica guardar la llave ahí, lleva haciéndolo toda la vida. Así que no te preocupes. Hiciste muy bien al escaparte del musculitos ese.

Apoyé la cabeza en su pecho y respiré hondo, aspirando el olor a jabón que emanaba su piel. Un ruido fuera me hizo regresar a la realidad y me deshice de sus brazos con algo de brusquedad.

—Voy a llevarle la tila a Federica —me excusé y vertí el líquido en la taza. Salí de la cocina y dejé a Lucas recogiendo los restos del desastre.

Cuando entré al salón, Federica tenía los ojos cerrados, pero al notar que me acercaba se despertó de golpe. Le tendí la taza y me acerqué a Anselmo para preguntarle si necesitaba ayuda. Como me dijo que no, me fui a ver qué podía hacer con el dormitorio de la anciana. Era tan triste ver las condiciones en las que había quedado...

Retiré todo lo que había sobre la cama, arreglé como pude la almohada y puse las sábanas y mantas. Después saqué de allí todo lo que había en el suelo, barrí y volví al salón.

Durante varias horas Federica estuvo dormitando en el silloncito de flores. Intentamos convencerla de que se fuera a la cama, pero ella, cabezota como de costumbre, se negó hasta que no le quedó más remedio que reconocer que no aguantaba más sentada. La espalda y las piernas le dolían, así que por fin me permitió que la acompañara a la cama. La ayudé a subir y a arroparse antes de volver al salón.

—Hija... —susurró justo antes de que saliera de la habitación— gracias por estar aquí conmigo.

Quise decirle que no tenía por qué agradecermelo y que me quedaría a su lado todo el tiempo que ella me lo permitiera. Quise tranquilizarla, hacer que entendiera que nunca más estaría sola, que podía contar conmigo y que cuidaría de ella hasta que llegara el momento de decirnos adiós para siempre.

Pero no, no dije nada de aquello.

Me limité a soltar un «de nada».

Y apagué la luz.

CAPÍTULO 46

El tema del día

Los primeros rayos de sol de la mañana siguiente nos sorprendieron aún metiendo en bolsas los desechos que no podían arreglarse y colocando en su sitio las pocas cosas que se habían salvado del destrozo. Lo peor de todo había sido el piso de arriba. Muchos de los discos se habían partido en varios pedazos y decenas de páginas amarillentas cubrían parte del suelo como una ligera alfombra de historias. Estuve a punto de echarme a llorar, pero Anselmo y Lucas se encontraban también allí y no era el momento de flaquear. Me dolía todo el cuerpo y notaba la cabeza embotada. Me movía de forma mecánica, como un robot: objeto roto, a la bolsa; objeto utilizable, a su sitio.

Por suerte, todas mis cosas, a excepción de la funda del bajo, que estaba rajada, se encontraban en buen estado. Esa mañana no volví a meter mi ropa en las maletas, sino que la coloqué en las baldas y los cajones del armario. Me sentía rara, y un poco tonta, haciendo aquello tanto tiempo después, pero no cabía duda de que ya era hora de empezar a comportarme como una persona adulta habitante de esa casa.

Cuando se levantó Federica, le preparé el desayuno en la única taza que quedaba en la cocina y un rato después las dos salimos a hacer algunas compras. Necesitábamos de manera urgente platos, vasos y algunos alimentos. Después ya habría tiempo para hacer balance de daños y reponer el resto de las cosas.

La mujer cogió su bastón y se agarró a mi brazo. Caminar así me resultaba un poco difícil; no lograba coordinarme con los pasos de la anciana y parecíamos un par de personas ebrias que se mueven lentamente dando tumbos. Hacía muchísimo frío y el cielo estaba de color gris, preparado para descargar nieve en cualquier momento.

—Podía haber salido yo sola —le dije, temiendo que la tormenta nos

sorprendiese por el camino.

—Pero ya sabes que no me gusta quedarme todo el día en casa, hija — me respondió ella—. Soy un culo de mal asiento.

La sonrisa pícaro que dibujó me impidió contradecir su teoría.

—De acuerdo —concedí—. Pero no nos entretenemos mucho, solo compramos hoy lo más urgente, para que nos dé tiempo a volver antes de que empiece a nevar.

Ella asintió y entramos en los ultramarinos para comprar arroz, legumbres y algunas otras cosas que habían terminado tiradas por el suelo entre cristales la noche anterior. También fuimos a una pequeña tienda, alojada en el patio de una casa, donde nos facilitaron algunas piezas de vajilla.

Lo de no entretenerse ya fue otro cantar. Como siempre decía Lucas, en ese pueblo era imposible mantener oculto un secreto y la noticia del asalto a la casa de Federica había corrido como un galgo por todos los rincones de Villagamitos de Tuétano. Sin embargo, nadie parecía haber visto nada raro durante la noche. Los vecinos nos paraban para pedirnos más detalles sobre el suceso, aunque a la mayoría de ellos ni siquiera les importaba el estado de Federica y de su casa, sino que, acostumbrados a vivir en un pueblo en el que nunca pasaba nada interesante, estaban sedientos de morbo y cotilleo. Querían conocer los detalles más escabrosos y se decepcionaban un poco cuando la anciana les decía que no le habían hecho daño y que tampoco se habían llevado nada. Otros, sin embargo, se cuestionaban cuál podría ser el motivo de entrar en una casa para después no robar nada y murmuraban entre dientes que seguramente Federica escondía algo. La mujer no los oía, o no los quería oír, así que se despedía de ellos con un «buenos días» y se aferraba de nuevo a mi brazo para continuar nuestro camino.

Tardamos bastante más de lo planeado en regresar y cuando empezamos a recorrer la calle de Federica, comenzaron a caer los primeros copos silenciosos.

Cuando abrimos la puerta, la casa estaba como nueva. Cerré con llave y ayudé a Federica a despojarse del abrigo y la bufanda. Después, nos dirigimos al salón. Anselmo ya se había marchado a atender sus cultivos, pero Lucas seguía allí, instalando el tocadiscos en el aparador. Nos miró con

una sonrisa.

—He pensado que sería una buena idea tenerlo aquí. Allí arriba no sirve para nada y así podrás escuchar música cuando quieras —dijo, mirando a Federica.

La anciana se emocionó y se acercó para acariciar el aparato.

—Gracias hijo —respondió—. ¡Cuánto le gustaba a mi Marciano, que en paz descanse, este cachivache! ¡Y qué buen bailarín era! Nos pasábamos las horas muertas bailando pasodobles en la biblioteca.

—Bueno, pues ahora podrás bailar conmigo —respondió Lucas, colocando la aguja sobre el disco. La música empezó a sonar enseguida.

—¡Sí! Para bailar estoy yo... —dijo la anciana—. Ahí tienes a Leire, que es buena moza. Yo ya estoy muy mayor para estos trotes.

La mujer caminó despacio hasta su silloncito de flores, se sentó en él y comenzó a tamborilear con la mano sobre el brazo del mueble al ritmo de la música.

Lucas se acercó a mí balanceándose suavemente e incluso antes de que llegara yo ya había adivinado sus intenciones.

—¡Ni hablar! —protesté, echando a correr por el salón con las bolsas de la compra en la mano, en dirección a la cocina.

Oí a Lucas reírse y a Federica murmurar algo que hizo que el chico riera aún más fuerte. Y no pude evitar sonreír sin saber muy bien cuál era la razón.

CAPÍTULO 47

Nueva realidad

A la vista de cualquiera que observara la escena desde el exterior, daba la sensación de que todo había vuelto a la normalidad enseguida. La casa de Federica volvía a tener aspecto de hogar y nuestras vidas habían recuperado la rutina de las últimas semanas. Pero desde dentro todos éramos conscientes de que aquella aparente normalidad no era más que un espejismo. Las cosas habían cambiado y yo estaba prácticamente convencida de que la transformación era irreversible.

Debo reconocer que tenía miedo. Sentía pánico solo de pensar que aquellos tipos pudieran regresar en busca de lo que no habían encontrado la primera vez y de que en esa ocasión no fueran tan considerados con quien hubiera en el interior de la casa. Aun así, en ningún momento me atreví a volver a nombrar a la policía. Ya habíamos discutido sobre ello el día del asalto, cuando regresé al salón tras haber ordenado la habitación de la anciana.

—Federica, ¿por qué no llamamos a la policía? A lo mejor ellos encuentran alguna pista para pillar a quien haya sido —se me ocurrió sugerir.

—¡Uy, no, hija! ¡Menudo alboroto que se iba a formar! Si no se han llevado nada. Esos seguro que vienen, me registran toda la casa, la desordenan y se marchan para no volver jamás.

Tras ofrecernos esas razones y comprobar que no estábamos del todo de acuerdo con ella, cambió de táctica y ya ninguno pudimos negarnos a hacerle caso.

—Por favor, hijos, no aviséis a nadie. Que yo soy muy mayor y no estoy para esos trotes. Solo quiero estar tranquila en mi casa y olvidarme del mal rato.

Dolores, la asistente social, también había barajado esa posibilidad cuando vino al día siguiente a visitarnos, pero su intento resultó igual de

infructuoso.

Así que yo trataba de, por lo menos, poner en marcha las medidas de seguridad que estaban en mi mano. Cada vez que salíamos a la calle cerraba la puerta y guardaba la llave en mi bolsillo. Y, al regresar, recorría toda la casa con una pequeña navaja, que Federica solía usar para pelar la fruta, escondida en la manga para asegurarme de que no había ningún intruso. En el fondo era una estupidez, porque probablemente no habría sido capaz de utilizarla en el caso de que hubiera sido necesario. Nunca más volvimos a dejar la puerta abierta, cubierta por aquella cortina de lunares. Y ni siquiera nos molestamos en reemplazar la maceta rota que solía colgar junto a ella.

Federica también había cambiado bastante. Ya poco quedaba de la mujer de carácter fuerte que había conocido cuando llegué. La notaba más débil, más cansada. Apenas tenía ganas de salir a la calle y aunque seguía ayudándome con algunas de las tareas de la casa, la mayoría de ellas se habían convertido en mi responsabilidad. Ella, que hacía unos pocos días solo era capaz de estarse quieta diez minutos en un mismo sitio si estaba viendo en la tele su programa de crímenes, ahora pasaba la mayor parte del tiempo sentada en su silloncito de flores, escuchando música con la mirada perdida. Ya ni siquiera le quedaban ganas de discutir.

Lucas pasaba mucho tiempo con nosotras. Desde el incidente, se resistía a dejarnos solas y permanecía sentado en el sofá hasta bien caída la noche.

Entre los dos tratábamos de animar a la anciana. Jugábamos al parchís, al dominó o a las cartas, pero ella enseguida se cansaba y se retiraba de la partida, convirtiéndose en una mera espectadora.

Cuando se asomaban algunos rayos de sol entre las nubes grises que lo cubrían todo, la ayudábamos a abrigarse y los tres dábamos un corto paseo por las calles empedradas o visitábamos a Anselmo. Ella se agarraba a mi brazo y Lucas solía caminar a su lado, un poco más atrás, apoyando suavemente una mano en la espalda de la mujer, como tratando de sujetarla. Pero aunque se esforzaba por disimular, Federica ya no desprendía la chispa que brillaba en ella días antes; estaba agotada y todos nos habíamos dado cuenta.

Por las noches, después de ayudarla a acostarse, Lucas y yo permanecíamos mucho rato en el sofá, arropados con una manta viendo la

televisión o leyendo alguno de los libros de la biblioteca de Marciano. No habíamos vuelto a hablar del asalto a la casa. Supongo que, tanto nosotros como Federica, evitábamos pronunciar en voz alta algo referente al suceso por si acaso así pudiéramos provocar que volviera a pasar. Tampoco nos habíamos vuelto a referir a la cajita ni a las cartas de Marciano. Lucas guardaba ambas cosas en su casa o, al menos, eso suponía yo. Él nunca hablaba de ello y yo no me sentía con derecho a hacerle preguntas. De vez en cuando trataba de comentarle algo sobre el programa que salía en la pantalla o la trama de la novela que tenía entre las manos, pero él, tras escucharme unos minutos y asentir, me interrumpía con un beso que abría la veda para todos los que venían a continuación. Cuando protestaba, me decía que se le hacía muy difícil pasar todo el día a mi lado fingiendo que no ocurría nada entre nosotros y que por eso tenía que aprovechar las noches. Aquellas interrupciones al principio me molestaban bastante, pero secretamente me preguntaba si, el día en que dejaran de suceder, no las echaría de menos.

Lo peor de todo fue cuando llegó el fin de semana siguiente. Antes de que sucediera todo aquello, ya había prometido a mis padres y a Martina que iría a visitarlos. El sábado por la mañana, cuando bajé la escalera con la mochila colgada en los hombros, Federica me esperaba de pie en el salón, apoyada en su andador. En aquel momento me pareció que había encogido varios centímetros durante el rato que había estado en mi cuarto preparándome. Anselmo se encontraba sentado en el sofá, leyendo el periódico.

—No te preocupes —me dijo—. Lucas y yo cuidaremos de ella estos dos días. Disfruta del fin de semana.

Fingí una sonrisa y les dije adiós antes de salir a la fría calle. Estaba nevando ligeramente y el aire congelado me cortó la piel de la cara. No estaba convencida de que debiera irme. Nada convencida.

Lucas me esperaba con el maletero de la furgoneta abierto. Guardó mi mochila y subió al asiento del conductor. Yo me senté a su lado y, mientras arrancaba, eché un último vistazo a la casa. Cuando vi a Federica asomada a la ventana diciéndome adiós con su arrugada mano, se me hizo un nudo en el estómago. Le devolví el saludo y sostuve la mirada hasta que la ventana desapareció de mi campo visual. Un terrible presentimiento de que no

volvería a ver a la anciana me invadió y me provocó náuseas, y estuve a punto de tirarme del coche en marcha para regresar y darle un abrazo de despedida. Pero no, no lo hice.

—Te prometo que no la dejaremos sola en ningún momento —dijo Lucas de pronto, mirándome de reojo durante un instante.

Yo no respondí nada, pero le dirigí una mirada suplicante. Me sentía fatal... No me gustaba lo que estaba haciendo, pero sabía que mis padres querían verme después de tantos días. Además, Martina me había reservado la tarde del sábado para pasarla juntas, como en los viejos tiempos. Solo serían un par de días... y Lucas cuidaría de Federica mientras no estuviera. Debía tranquilizarme y confiar en él.

Cuando llegamos a la carretera aún quedaban unos minutos para que el autobús hiciese su parada. Lucas detuvo la furgoneta en el arcén y se desabrochó el cinturón de seguridad.

—Te voy a echar de menos —me dijo mientras me acariciaba la cara.

De nuevo no respondí y me limité a recibir sus labios en los míos.

Justo antes de que el autobús asomara por el final de la carretera, nos bajamos de la furgoneta y me colgué la mochila en los hombros.

—Vuelve, ¿eh? —me pidió Lucas, dándome un beso rápido en la nariz.

Asentí, dibujando una sonrisa en la cara, y subí al autobús asegurándome de no volver la vista atrás.

Capítulo 48

Fin de semana eterno

El viaje hacia casa se me hizo infinito, pero cuando por fin llegué a la estación mis padres me esperaban ya en el andén. Mi madre me abrazó y noté que trataba de palpar mi cuerpo bajo el abrigo.

—Leire, hija, qué delgaducha te estás quedando —dijo con tono preocupado—. ¿Seguro que comes bien?

—Sí, mamá no te preocupes. Es por el abrigo. Me hace parecer más pequeña.

Ella me observó y arqueó las cejas, dándome a entender que aquella conversación no se había terminado. A continuación, mi padre me dio dos besos y me hizo las preguntas de rigor correspondientes a cada uno de nuestros encuentros. Aquellas escenas empezaban a resultarme graciosas. Cada vez la misma historia, cada uno de nosotros cumpliendo perfectamente nuestro rol.

Cuando llegamos a casa me dirigí sin pasos intermedios hacia mi habitación y comprobé que mi cama seguía funcionando como soporte para puzles. El Tower Bridge de mi padre había avanzado mucho desde la última vez, pero todavía le faltaba bastante para estar terminado, así que aquella noche me tocaría volver a dormir en el sofá cama. Dejé la mochila en el suelo y me convencí de que aquello era lo que había y que no merecía la pena protestar.

Saqué el móvil y comprobé que no hubiera ninguna llamada, pero entonces caí en la cuenta de que ni siquiera me había acordado de dejarle a nadie mi número. En ese momento me puse muy nerviosa y el nudo del estómago volvió a formarse. ¿Cómo iba a avisarme Lucas si pasaba algo? Me maldije por no haberme dado cuenta de algo tan básico antes de coger el autobús. Entonces pensé en Dolores, la asistente social. ¡Ella tenía mi teléfono! ¿Me avisaría si le sucedía algo a Federica? Imaginé la

conversación: «Hola, Leire, lamento comunicarte que ya no tienes trabajo». ¡No! ¡No quería que fuese ella la que me diese la mala noticia! Quizá Lucas le pediría mi teléfono para llamarme él. ¿Se le ocurriría esa opción? Por una vez necesitaba que el tiempo corriese y llegase el domingo por la tarde. Estaba claro que no iba a poder disfrutar el fin de semana...

—Hija... —Mi madre me observaba desde el umbral de la puerta con semblante preocupado—. ¿Ocurre algo?

—¿Eh? —Estaba claro que me había quedado un rato ensimismada, porque no me había dado cuenta de que estaba allí—. No, no... Todo bien —respondí fingiendo una sonrisa.

No tenía pensado comentarles nada acerca del asalto a la casa ni de mi preocupación por la salud de Federica. Sabía que mi madre se agobiaría pensando que de nuevo iba a quedarme sin trabajo y que empezaría a sufrir antes de tiempo. Y, desde luego, no estaba dispuesta a volver a aquella situación hasta que fuera completamente inevitable. Incluso era posible que no me dejase volver a Villagamitos por miedo a que me sucediera algo si volvían los asaltantes. No, definitivamente no debía enterarse de nada.

Como era de esperar, a la hora de la comida, mi madre llenó mi plato de lentejas como si no fuera a volver a llevarme nada a la boca en varios meses.

—Mamá... no es necesario que me alimentes hoy para que me dure hasta que vuelva a venir... —intenté protestar, pero no dio su brazo a torcer.

—Estás muy flaca, Leire. Tienes que comer, que estás creciendo —me respondió, volviendo a llenar el cazo—. Además, esto es muy sano, es todo natural.

La idea de mi madre de que a mis veinticuatro años iba a seguir creciendo era cuando menos para estudiarla. ¡Lo decía en serio! Estaba convencida de que cualquier día me levantaría y habría dado un estirón. Lo que no sé muy bien es en qué se basaba para mantenerse firme. Mi principal teoría era que no le parecía correcto que me hubiera quedado tan pequeña, apenas alcanzo el metro sesenta y siempre he sido bastante delgada, y pensaba que en algún momento aquello se arreglaría y conseguiría ser tan alta como mi padre y utilizar una noventa y cinco de sujetador como mi prima Clara, la estrella de la «alfombra roja» de los eventos familiares.

—Si me como todo esto creceré, pero a lo ancho —dije para hacerle

rabiar— y mañana podréis ponerme directamente en las vías del tren y darme un empujón para que me vaya rodando.

Miré a mi padre de reojo y vi que estaba luchando por no reírse. Aquello me gustó, porque rara vez veía a mi padre reír.

—Y de postre te he hecho arroz con leche —anunció mi madre, haciendo oídos sordos a mi comentario.

—Genial —respondí—. Quizá después de las lentejas aún me quede algo de sitio en los oídos.

Aquello fue demasiado para mi padre, al que se le escapó una carcajada que enseguida disfrazó de tos. Pero la oí y me encantó.

Tras la copiosa comida, los tres nos sentamos en el sofá frente a la televisión, que daba una de esas películas dramáticas que suelen acompañar las sobremesas de los fines de semana. Casi no hablamos. De vez en cuando, uno de los tres hacía alguna pregunta trivial, pero la mayor parte del tiempo lo pasamos luchando con nuestros propios párpados para no caer inminentemente en las redes de Morfeo.

Yo aún mantenía el móvil en el bolsillo del pantalón y temía que en cualquier momento llegara la fatídica llamada. Por una parte, prefería que si le pasaba algo a la anciana fuera mientras yo no estaba. Sé que era un pensamiento egoísta, pero me asustaba demasiado estar allí y no saber qué hacer. Todo sería mucho más fácil si el domingo simplemente tuviera que regresar para recoger mis cosas. Pero por otra parte no quería que se fuera sin poder despedirme. Aquel era un sentimiento nuevo para mí; odiaba las despedidas más que nada en el mundo, pero sentía que aquello no podía terminar con un simple adiós y un gesto con la mano...

Cuando volví a mirar el teléfono vi que eran casi las cinco y media de la tarde. Resoplé, invadida por la pereza.

—¡Necesito una grúa! —dije en voz alta.

Mi madre dio un respingo, despertándose violentamente, y miró hacia ambos lados algo desorientada.

—¿Qué has dicho? —me preguntó cuando por fin se dio cuenta de dónde se encontraba.

—Me tengo que ir, que he quedado con Martina —le expliqué—. Pero no sé muy bien cómo voy a levantarme de aquí.

—¡Anda, hija! ¡Mira que eres exagerada! —me dijo mi madre, sacudiendo la cabeza—. ¿Vienes a cenar?

Aquella pregunta casi hizo que me desmayara. ¿Cómo podía seguir pensando esa mujer en comida?

—No creo que vuelva a cenar en los próximos veinte años —contesté—. No sé a qué hora volveré. Luego os aviso.

CAPÍTULO 49

Martina

Un rato después me reuní con Martina en un parque cercano a su casa. Se abalanzó sobre mí y me rodeó el cuello con los brazos mientras gritaba mi nombre. Yo apoyé con suavidad las manos en su espalda y le di unas palmaditas.

Mi amiga era de esas personas que llaman la atención allí por donde pasan. Solía llevar la melena rubia por encima de los hombros y con las puntas teñidas de llamativos colores. Por aquel entonces tocaba el color azul y ese día llevaba dos pequeñas coletas a ambos lados de la nuca. Vestía una camiseta blanca tan larga que apenas dejaba ver el borde de unos *shorts* negros bajo los que escondía un liguero que sujetaba las medias negras que cubrían sus delgadas piernas hasta la mitad del muslo. Un abrigo negro con la cremallera desabrochada y unas zapatillas de lona negras con plataforma completaban su atuendo.

—Azul, ¿eh? —le dije, señalando sus coletas.

—¡Sí! Ya estaba cansada del rosa —respondió ella acariciándose las puntas del cabello—. ¡Me alegro tanto de que estés aquí! ¡Tenía tantas ganas de verte!

Aquello me causó una pequeña punzada en el pecho, porque durante un instante me hizo acordarme del primer fin de semana que volví a la ciudad unos meses atrás. Aquel día ninguno de mis amigos me hizo ningún caso, ni siquiera ella. Es cierto que después se había disculpado y me había explicado el asunto del concurso de bandas, pero aun así me habían hecho sentir como que ya no les importaba, que me habían olvidado.

—¿Qué tal el concurso? —le pregunté, sin haber conseguido entender todavía del todo en qué consistía.

—¡Espero que bien! —me respondió ella, entusiasmada—. Hemos grabado ya el tema y lo hemos enviado. Ahora hay que esperar a que el

jurado elija a los finalistas, que tendrán que tocar en directo en un evento que harán. Allí elegirán al ganador.

—¿Y cuándo es eso? —pregunté, sintiendo bastante envidia.

Me daba rabia no compartir esa aventura con ellos. Juntos habíamos creado el grupo, lo pasábamos bien y trabajábamos duro, soñando con que algún día quizá conseguiríamos hacernos un hueco en el mundo de la música. Ahora ellos seguían persiguiendo esa quimera mientras yo cuidaba de una anciana en un pueblo a cientos de kilómetros de allí. Entonces, por un instante deseé que sonara mi móvil y que alguien me informara de que ya no hacía falta que regresara. Inmediatamente lo borré de mi mente y me arrepentí siquiera de haberlo imaginado.

—Dentro de tres semanas está previsto que anuncien a los finalistas. ¡Estoy muy nerviosa! ¿Te imaginas que nos cogen?

Martina estaba realmente entusiasmada. Aunque en algunas ocasiones habíamos tocado en pequeñas salas, siempre había sido delante de no más de veinte personas, así que si quedaban entre los finalistas del concurso, aquello sería totalmente diferente y nuevo para ellos. Tocarían con otros grupos del mismo nivel, delante de más gente e incluso quizá acudiría algo de prensa para cubrir el evento.

—Seguro que os eligen —dije—. Lo poco que escuché aquel día sonaba bastante bien.

Martina se me quedó mirando muy seria, con los ojos grises muy abiertos y los labios fruncidos.

—Me encantaría que estuvieras... Al final hemos tenido que coger a un chico para poder meterle bajo a la canción...

—Ah... —farfullé, justo antes de morderme el labio inferior.

Eso sí que me había pillado por sorpresa, no me lo esperaba. Aún guardaba la esperanza de que cuando regresara tendría mi hueco en The Frozen Armadillos, pero alguien ya había ocupado mi lugar.

—Lo siento, Leire —dijo Martina, agarrándome del brazo—, nos sonaba todo muy raro sin que hubiera un bajo. Le faltaba fuerza al tema. Pusimos un anuncio y después de probar a varios aspirantes elegimos a este chico. Es bastante bueno. Aunque no tanto como tú, claro...

—Lo comprendo —respondí secamente.

En realidad tenía sentido, aquello era lo más natural. El grupo siempre había estado formado por cuatro instrumentos y si uno faltaba lo lógico era que otra persona lo reemplazara. Pero por muy lógico que fuese, a mí no me gustaba.

Durante un momento nos mantuvimos en silencio.

—Bueno... —fue Martina quien terminó por romper el hielo— ¿y tú que tal en tu destierro?

—¡Bah! —respondí, haciendo un gesto con la mano, que anunciaba que no tenía nada interesante que contar—. Lo normal de un pueblo casi deshabitado en el que la media de edad son ciento ocho años.

—¡Ya imagino! —exclamó mi amiga, resoplando—. Ojalá encontrases algo aquí y pudieras volver. ¡Qué asco de momento nos ha tocado vivir! Yo cuando me siento en el estudio y pienso que estoy trabajando seis horas al día por un sobre con doscientos euros a final de mes, me entran ganas de prenderle fuego. Pero claro ¡encima tengo que dar las gracias! Si fuese por mí ya habría mandado todo a la mierda y me habría ido a buscarme la vida a otro sitio... pero no puedo dejar solo a mi padre.

—Lo sé... Es todo muy complicado...

La conversación se había desviado de Villagamitos y por una parte deseaba reconducirla hacia allí. Quería contarle a Martina lo del asalto a la casa, quería hablarle sobre el estado de salud de Federica... y sobre Lucas. Pero no sabía cómo hacerlo. No me gustaba hablar de mí misma, me sentía egoísta cuando lo hacía, como si por convertirme en el centro de la conversación estuviera despreciando a la otra persona, quitándole importancia.

—Al menos tu padre te comprende...

—Sí —dijo ella, dirigiendo la mirada un segundo hacia el cielo—, no me puedo quejar. La verdad es que siempre ha sido bastante enrollado. Me gusta convivir con él.

—¿Qué tal está?

—En general, bastante bien —contestó, encogiendo un poco los hombros—. Sale y entra, queda con sus amigos para ver el fútbol... Ya sabes... Aunque sé que sigue echándola de menos. Me gustaría que encontrase a una mujer que lo quisiera para que no se quedase solo el día que

yo me independice.

—Es normal... —Como siempre en aquellos momentos, no encontraba nada acertado que decir.

—Bueno —me interrumpió Martina, sacudiendo sus coletas—, no hablemos de cosas tan dramáticas. ¡Cuéntame cómo es un día en tu aburrida vida rural!

—Pues... ya te he dicho que no es nada del otro mundo... Me levanto, me arreglo, preparo el desayuno, vemos programas de crímenes sin resolver en la tele, salimos a dar un paseo y a comprar, preparo la comida, vemos un poco la tele, preparo la cena, vemos un poco la tele y nos acostamos —enumeré las actividades con tono cansino y a medida que las iba diciendo más patética me iba pareciendo mi propia existencia.

—¡Guau! —gritó Martina—. ¡Estás hecha toda una temeraria!

—¡No te rías tanto! Que el otro día me llevé un buen susto —le solté, asintiendo con la cabeza para dar más credibilidad a mi personal tragedia—. Y cuando tengo noche libre, salgo con un chico de allí a tomar algo.

—¡Vale, vale, vale, espera! —chilló mi amiga de nuevo, haciendo muchos aspavientos con las manos—. ¡Por partes! ¿Ese chico tiene menos de setenta años?

—Sí.

—¿Menos de cincuenta?

—Ajá.

—¿Menos de cuarenta?

Arqueeé las cejas a modo de respuesta.

—¿Tiene todos los dientes?

—¿Por qué no iba a tener todos los dientes?

—¿Está bueno? —me preguntó a bocajarro, haciendo que yo volviese a arquear las cejas—. Vale, eso es que no. ¿Es, al menos, pasable? ¿Te vale para calmar un calentón?

—¡MARTINA! —Le di un manotazo y terminé riéndome contagiada por su euforia—. A decir verdad, está bastante bien —admití al final.

—¿Y el susto no será que creías que estabas embarazada? —volvió a lanzar la pregunta como si nada y yo ya no sabía si me estaba hablando en serio o solo bromeaba.

—¡NO! —me apresuré a responder, por si acaso—. El susto fue que alguien entró en casa para robar, pero al final no robaron nada, y creo que buscaban una caja que había escondida en mi habitación. —Nada más decir esto último me arrepentí y por suerte fui capaz de detenerme antes de revelarles lo que se suponía que hacía esa caja.

—¿Y qué tenía la caja? —preguntó ella, muy nerviosa—. ¿Cómo puedes decirme que te aburres? ¡Si parece sacado de una película! ¡Ahora solo dime que el lugareño buenorro entró en la casa rompiendo la puerta, luchó contra los malos y te salvó la vida!

—Sí —le respondí yo con sarcasmo—. Venía a caballo, vestido con su brillante armadura, sin nada debajo, y luchó en un duelo de espadas a muerte.

—¡Pues habría estado bien! —exclamó Martina, mientras se retorció una de las coletas—. ¿Por qué no vamos a mi casa a tomar unas cervezas y me lo cuentas con todos los detalles?

La idea me pareció estupenda. Pasamos el resto de la tarde sentadas en el suelo del cuarto de Martina, bebiendo cerveza, comiendo patatas fritas y hablando sin parar. Como en los viejos tiempos. Le conté con todos los detalles lo que había sucedido el día del asalto a la casa, obviando solamente las cartas de Marciano y los extraños poderes que estas le atribuían a la cajita de madera. Martina me escuchaba en silencio, haciendo muecas cuando algo le sorprendía y llevándose una patata tras otra a la boca.

—Entonces... —dijo cuando terminé mi relato—, ¿no habéis conseguido averiguar quiénes eran los ladrones ni qué es lo que buscaban en realidad?

—¡Qué va! —le respondí—. Según Lucas, todo el pueblo está en condiciones de saber que Federica escondía la llave en la maceta. Y sobre el objetivo del ataque... todo son suposiciones nuestras.

—¡Jopé! —exclamó ella—. ¡Deberías preguntarle a tu ancianita si puedo ir algún día a visitaros! ¡Podríamos investigar y seguro que encontrábamos alguna pista que lo resolviera todo! ¡Sería muy emocionante!

Ver a Martina tan alterada me hizo reír.

—Está bien, se lo preguntaré —concedí—. Seguro que a Federica le caerías muy bien.

—Te tomo la palabra, ¿eh? —dijo ella muy seria—. Además, así podrías

presentarme a tu amorcito.

—¿Qué clase de cursilería es esa? ¿Amorcito? —le pregunté, llevándome los dedos a la boca y simulando que iba a vomitar.

—¡Anda, Leire, no seas así! —dijo mi amiga casi canturreando—. Si te brillan los ojos cuando hablas de él...

—Pero ¿qué dices? —le reproché—. ¡No es más que un rollo! Lo pasamos bien juntos, de vez en cuando nos enrollamos y ya está.

—Ya, bueno... lo que tú digas... —admitió con tono cansino, antes de apurar el botellín que tenía en la mano.

Justo entonces recibí un mensaje de mi madre, preguntándome si iba a tardar mucho en llegar. Resoplé.

—Tengo que irme ya —anuncié, mientras me levantaba del suelo—. Mi madre quiere que cene con ellos. Mañana a mediodía tengo que coger el tren.

—Vale. —Martina también se levantó y juntas caminamos hacia la puerta—. Espero que nos veamos pronto. ¡Acuérdate de preguntarle a la ancianita si puedo ir!

—Lo haré —respondí, sonriendo.

Entonces Martina me abrazó.

—Te echaré de menos, amiga mía —me dijo—. Llámame alguna vez.

—Claro —contesté, saliendo a la calle—, quiero estar informada sobre las novedades del concurso.

—¡Y yo sobre las novedades con tu amorcito! —gritó.

Luego se despidió con la mano y cerró la puerta.

CAPÍTULO 50

Otra vez en la estación

Aquella noche tardé mucho en conseguir dormirme. La enorme tortilla de patatas con pimientos que había preparado mi madre para cenar me había desvelado. Pero no era lo único. Mi cabeza trabajaba a toda velocidad. Pensaba en Federica y en qué me encontraría al día siguiente cuando llegase a Villagmitos de Tuétano. ¿Habría empeorado o por el contrario habría superado el susto y habría recuperado su anterior vitalidad? No tenía ni idea. Lo cierto era que cualquiera de las opciones era viable, incluso existía alguna posibilidad peor.

También pensaba en lo que me había dicho Martina... ¿De verdad me brillaban los ojos cuando hablaba de Lucas? No lo creía. Sabía que entre él y yo no había nada serio o romántico. Estaba a gusto a su lado y sus besos y sus caricias me hacían sentir muy bien. Pero nada más. En ningún momento me había planteado una relación con él. Sabía que aquello duraría hasta que me quedase sin trabajo, quizá incluso menos, así que lo mejor era no cogerle cariño. Tarde o temprano aquella historia terminaría, por lo que lo más sensato era que nunca empezase.

Al final, después de dar muchas vueltas, me quedé dormida entre un amasijo de sábanas, sobre aquel colchón fino del sofá cama que dejaba que los muelles se me clavasen en la espalda.

A la mañana siguiente, me desperté sobresaltada. Cuando abrí los ojos, vi a mi madre, aspirador en mano, limpiando el salón.

—¿Qué hora es? —pregunté mientras me estiraba.

—Las diez en punto —respondió ella.

—Qué bien... —farfullé, cubriéndome la cara con la almohada.

—Levántate, anda —me dijo ella, revolviéndome el cabello—. No puedes perder el tren.

—Mamá, el tren sale a las tres de la tarde —contesté, exasperada—. No

tardo cinco horas en vestirme y llegar a la estación.

Pero la expresión de su cara no dejaba lugar a dudas. Quería que me levantara de inmediato. Le gustaba llegar siempre pronto a los sitios. Así que me levanté, me duché y recogí mis cosas. Y, a la una y media, los tres salíamos por la puerta en dirección a la estación de tren.

—Te he preparado un bocadillo para el camino —anunció mi madre, entregándome una bolsa de plástico que contenía, además de un enorme bocadillo envuelto en papel de plata, un paquete de galletas y un par de mandarinas.

—Gracias —respondí, confirmando que aquella mujer estaba realmente convencida de que Federica me mataba de hambre.

Cuando llegamos a la estación, mi tren ni siquiera estaba anunciado en el tablón de salidas. Odiaba las esperas en los viajes. Me senté en el suelo mientras mi madre observaba con nerviosismo la pantalla de los horarios. Mi padre también la observaba, pero por otro motivo.

—Me gustaría saber cuántos trenes salen de esta estación cada día —comentó en voz alta, sin dirigirse a nadie en particular—. Voy a ver si consigo un folleto con los horarios.

—¡No te alejes mucho! —le gritó mi madre—. No sea que pongan la vía y no puedas despedirte de la niña.

Él, por supuesto, no respondió.

A veces me preguntaba cómo podían seguir juntos siendo tan diferentes. Llevaban veinticinco años casados, más los que habían estado saliendo antes, y ahí seguían, aguantando todo lo que se les venía encima. Suponía que lo que los mantenía unidos era la costumbre, la rutina. Aunque confiaba en que, en el fondo, a su manera, se quisieran.

Media hora más tarde estábamos los tres, una vez más, de pie en el andén. Mi madre con los ojos húmedos y mi padre entregándome a escondidas los cincuenta euros de rigor. Me pregunto dónde se pensaba que vivía y en qué pretendía que me gastara ese dinero. Pero bueno, aquella época de reclusión en un lugar anclado al pasado me sirvió para ahorrar bastante.

Me despedí de ellos y subí al tren. Me acomodé en mi asiento y en cuanto la locomotora arrancó, la angustia me invadió por completo. Necesitaba llegar ya. No podía esperar más. Cada dos minutos observaba el

reloj de mi muñeca, tratando de empujar las agujas para que corrieran más deprisa. Sin hambre, me comí el bocadillo, las galletas y las mandarinas, masticando a la velocidad más lenta que me permitía mi mandíbula. Volví a mirar el reloj. Aún faltaban casi dos horas más. Indudablemente, aquel fue el viaje más largo de todos los que hice durante mi etapa en casa de Federica.

CAPÍTULO 51

Preocupaciones

Cuando el autobús se detuvo en el arcén de la estrecha carretera, me despedí del conductor y bajé dando un salto. Lucas me esperaba junto a la furgoneta unos metros más allá. Corrí hacia él mientras escrutaba la expresión de su cara. Estaba serio, lo que hizo que me preocupara. Pero cuando casi había llegado a su altura, dibujó una sonrisa y abrió los brazos. Rodeó mi cuerpo con fuerza y comenzó a besarme el cuello.

—¡Por fin has vuelto, pequeña! —me dijo, aún sin soltarme—. Se me han hecho eternos estos dos días.

—Bueno... —respondí yo, intentando zafarme de su abrazo— técnicamente solo ha sido un día y medio. ¿Cómo está Federica? —Quizá sonó brusco, pero no pude esperar más para hacer la pregunta.

Lucas por fin me soltó y me miró fijamente.

—Más o menos igual —explicó—. Parece que de salud está bien, dice que no le duele nada, pero se la ve un poco alicaída. Seguro que cuando te vea se anima.

—Eso espero —dije yo, una vez que estuvimos dentro de la furgoneta—. No me gusta verla así de desganada. Me preocupa.

—Estate tranquila, anda —me pidió Lucas—. Seguro que no es nada. Federica es como una roca. Solo está un poco asustada por lo que ocurrió. Se le pasará pronto.

Su tono parecía sincero, pero dudé mucho que él mismo fuera capaz de creer lo que decía. Supuse que aquello era lo que él desearía que pasase y que, de alguna manera, se había convencido de que así ocurriría en realidad.

—Eso espero —repetí, justo antes de desviar la vista hacia la ventanilla.

La carreterucha que entraba en el pueblo tenía restos de nieve. Lucas conducía despacio, en primera, para que la furgoneta no patinara. Aquello hizo que el pequeño trayecto hasta la casa fuera más lento de lo normal.

Cuando por fin llegamos, me bajé de la furgoneta a la carrera y me dirigí a la puerta con intención de entrar lo antes posible. Después me di cuenta de que la puerta estaba cerrada, así que miré a Lucas con nerviosismo para ver si captaba el mensaje y se daba prisa en seguirme.

—Llama —me dijo, asomándose por la ventanilla. Su expresión era triste, quizá porque se esperaba otro recibimiento por mi parte—. Está mi padre. Yo voy a llevar la furgoneta a casa.

No me dio tiempo a reaccionar. Antes de que pudiera responderle, cerró la ventanilla y arrancó el vehículo. Me encogí de hombros, sintiéndome un poco culpable. Lo último que quería era que se sintiera molesto. Pero por el momento no podía hacer nada más. Quería ver a Federica.

Debido al frío que hacía, en los pocos minutos que había estado parada en el umbral, se me habían congelado las manos, así que me hice bastante daño cuando golpeé la puerta con los nudillos. Enseguida escuché unos pasos y Anselmo apareció al otro lado cuando la puerta se abrió.

—¡Hola! —saludé efusivamente, entrando a toda prisa.

Me dirigí hacia el salón casi a la carrera y me encontré a Federica haciendo un tremendo esfuerzo para levantarse del silloncito de flores. Me acerqué hasta ella, sin siquiera quitarme el abrigo.

—¿Adónde vas? —le pregunté, mientras le agarraba del brazo para ayudarla.

—¿Adónde voy a ir? ¡Pues a darte la bienvenida, hija! —me respondió la mujer, sacudiendo la cabeza.

—¡Pues para eso no hace falta que te levantes! —No quería regañarla, pero no me gustaba que hiciera aquel esfuerzo por mí.

—¿Cómo no? Madre me enseñó que cuando alguien entra en la casa en la que se está, debe uno levantarse para demostrar buenos modales —me explicó, mirándome fijamente.

—¡Pues tienes que empezar a pasar de los buenos modales! —exclamé yo—. ¡No hace falta ser siempre tan educado!

Anselmo nos observaba curioso, apoyado en el marco de la puerta.

—Ahora que ya tienes compañía, me voy a ir a mis tareas, ¿eh, Federica? —dijo en voz demasiado alta.

—Muy bien, hijo —respondió la anciana—. Yo ya me quedo aquí con la

moza.

El hombre se acercó a ella y le dio un beso en la mejilla.

—Que paséis buena noche —añadió, antes de desaparecer por el pasillo.

Lo seguí y en cuanto salió cerré la puerta con llave.

Me sentía aliviada, pero no del todo. Federica seguía ahí, viva, pero estaba más torpe. Como si hubiera envejecido de repente. Era increíble el bajón que había pegado en tan solo unos días. Definitivamente, la angustia que había sufrido durante el asalto a la casa le estaba pasando factura y, aunque Lucas pensaba que era algo pasajero, yo ya empezaba a no estar nada de acuerdo con su teoría.

CAPÍTULO 52

Perdiendo la salud

Las siguientes semanas fueron bastante duras para todos. Federica empeoraba con el paso de los días. Cada vez estaba más cansada y se movía menos. Utilizaba el andador para desplazarse por la casa y no salía a la calle porque decía que no quería que los vecinos del pueblo pensaran que era una vieja. También empezó a necesitar ayuda para asearse y comenzó a contarme las mismas historias una y otra vez.

Yo trataba de conservar la calma, sonreía mucho más que de costumbre e intentaba mantener a Federica entretenida. Pero estaba asustada. Tenía mucho miedo de que llegase el momento final. No sabía cómo reaccionaría ni si sería capaz de ayudarla para que no sufriera.

Lucas y yo nos turnábamos para salir a hacer la compra y que la anciana no se quedase sola en casa. También Anselmo venía algunas noches a hacerle compañía para que nosotros pudiéramos salir a despejarnos.

En los momentos en los que estábamos a solas, Lucas no tardaba ni dos minutos en comenzar a besarme. Acariciaba con suavidad mi pelo, mis brazos y mi espalda, y yo me sentía querida, me relajaba y me dejaba llevar. Él parecía satisfecho con aquella situación y nunca me pedía más ni pasaba de ahí. Pero quizá en su interior anhelaba que llegara el día en el que yo correspondiese sus caricias o que tomara la iniciativa y lo abrazara por sorpresa. Pero, mientras tanto, aguantaba con paciencia robándome besos y aspirando el aroma de mi melena roja.

Siempre que salía de casa para comprar algo, intentaba darme la mayor prisa posible. Sabía que Federica estaba en las mejores manos, pero aun así no me gustaba estar fuera demasiado rato. Sin embargo, una mañana me permití tomarme un poco más de tiempo para hacer una visita a Dolores, la asistente social. La situación estaba empezando a asfixiarme. Veía que la vida de la anciana se esfumaba mientras yo sonreía y escuchaba las anécdotas que

ya me sabía de memoria y que cada vez salían más deformadas de su boca.

—Voy a enviar al médico para que la reconozca —dijo Dolores, después de que yo le hubiera explicado con todo detalle cómo estaba la situación—. Intentaremos hacer lo que esté en nuestras manos, pero, Leire, Federica ya es muy mayor, ha vivido muchos años y ha tenido una vida plena. Si el doctor no encuentra nada más, creo que lo único que podemos hacer por ella es intentar que sus últimos días sean lo más agradables posible.

Al escuchar aquello, algo se retorció en mi interior y los ojos comenzaron a arderme. Tenía tantas ganas de llorar que le agradecí a Dolores su atención, prometí que la llamaría en cuanto supiera algo y salí de su despacho casi corriendo. Afortunadamente, el viento helado que me golpeaba la cara congeló las lágrimas antes de que se me pudieran escapar de los ojos. ¿Hacer que sus últimos días sean lo más agradables posible? ¿Cómo podía haber dicho aquello? ¿Es que no le importaba nada?

Lo que yo no sabía era que aquella mujer llevaba ya muchos años en aquella profesión y que con el tiempo había conseguido endurecerse. Sus comienzos fueron terriblemente difíciles. Cada uno de sus asistidos se convertía enseguida en una parte de ella y verlos marchar siempre era un duro golpe. Sin embargo, tantos años después, había conseguido comprender que aquello era algo natural, que no podía hacer nada por evitarlo y que había que tratar el tema de la muerte como algo normal, no como un tema tabú.

Unos minutos después, ya caminaba a zancadas de vuelta a casa, con la bolsa de la compra balanceándose colgada de mi mano.

—¿Dónde estabas, hija? —me preguntó Federica en cuanto me vio aparecer en el salón.

Yo me acerqué, casi sin pensar, y la besé en la mejilla. Aquello pareció sorprenderla. Se llevó la mano a la cara y se la acarició con cuidado. Después me miró, como esperando una explicación.

—He ido a visitar a Dolores —dije, respondiendo a su pregunta—. Va a venir el médico a verte.

—¿Un médico? —inquirió ella—. ¡Yo no quiero que venga ningún pinchaúvas! Nunca en mi vida me he tomado ninguna pastilla y mira lo bien que he estado.

—Ya lo sé —contesté, arrodillándome frente a ella—, pero hay que

comprobar que todo sigue igual de bien. Y a lo mejor el médico puede darte algo para que estés más animada.

—¡Yo no quiero tomar nada! Seguro que viene y me encuentra algo que no tengo.

Lucas observaba la escena desde el sofá. Pareció captar mi mirada de auxilio porque se levantó y se acuclilló a mi lado.

—No seas tan tozuda, Federica —dijo, apoyando la mano sobre el muslo de la anciana. Ella levantó con cuidado la mano y la posó sobre la de Lucas—. A lo mejor el doctor te puede recetar algo para que no estés tan cansada y puedas salir a la calle de paseo. ¿No te gustaría?

La anciana se quedó pensando durante unos minutos, hasta que al final asintió levemente con la cabeza.

—Yo antes caminaba cinco kilómetros para ir a recoger el trigo para hacer pan...

Lucas y yo nos sentamos en el suelo y escuchamos por octava vez durante esa semana cómo Federica recogía los sacos de trigo para transportarlos al antiguo molino, en el que lo convertían en harina.

CAPÍTULO 53

La visita del doctor

El médico era un señor de unos sesenta años que llegó a casa en un coche antiguo de color azul celeste. Llevaba en la mano un maletín de piel negro, estaba casi calvo y tenía un espeso bigote de color gris.

—Buenas tardes, soy el doctor González. —Nos estrechó la mano a Lucas y a mí, y a continuación lo guiamos hasta el salón donde Federica lo esperaba con cara de pocos amigos, sentada en su silloncito de flores. Se acercó a ella y le tendió la mano, a lo que la anciana respondió torciendo el morro y farfullando algo que ninguno entendimos.

El hombre se quitó la gabardina y dejó ver un traje gris con rayas más claras y una corbata roja sujeta con una pinza dorada. Sacó del maletín una bata blanca y se la puso sobre el traje. Después, se colocó el fonendoscopio alrededor del cuello, sacó un palito de madera y se acercó a Federica.

—A ver, Federica, abra la boca y saque la lengua —le indicó.

La anciana frunció el ceño.

—Yo no estoy enferma. ¡Qué manía! —refunfuñó—. Que sepa que estoy muy sana y que he dejado que esté usted aquí solo para que mis hijos se convenzan de que no soy una vieja.

—Estupendo —respondió el médico con amabilidad—. Pues ábrame la boca y se lo demostraremos.

Entonces la mujer inclinó un poco la cabeza hacia atrás y obedeció las órdenes.

A continuación, el médico preparó el fonendoscopio.

—Muchachos, ¿nos ayudáis un momento? —nos pidió.

Lucas y yo nos acercamos hasta el silloncito de flores. Federica vestía una bata azul marino sobre un ligero babi de tela granate y unos calcetines altos de lana.

—Hay que quitarle la bata para que pueda auscultarla —dijo el doctor.

—¿Qué me va a hacer? —preguntó la anciana, agarrando con fuerza su bata.

—Voy a escuchar su corazón —explicó el médico.

Lucas y yo le desabrochamos la bata y, mientras él sujetaba a la anciana lo necesario para que quedase hueco entre ella y el sillón, yo le quité la prenda.

—¿Se puede desabrochar los primeros botones? —preguntó el doctor González.

Me dispuse a desabrocharle el babi, pero ella me dio un suave cachete en la mano para detenerme.

—Pero ¿usted qué se ha creído? —protestó Federica—. ¡Ay, si mi Marciano, que en paz descansa, estuviera aquí!

—Federica, no pasa nada —dijo Lucas con tono tranquilizador—. Este señor es médico, está acostumbrado a reconocer a un montón de mujeres.

—¡Pues a mí no me va a ver en porreta! ¡No, señor! —dijo Federica, dando por terminado el tema.

—Pero si solo son unos botones... —traté de convencerla, pero fue inútil. Sus labios fruncidos y su expresión solemne no daban lugar a dudas. No habría manera de hacerla entrar en razón.

Lucas y yo observamos al doctor, entre avergonzados y suplicantes.

—Está bien... Intentaré escucharle los latidos en el cuello —concedió el médico, colocándose el aparato en los oídos. La auscultó durante unos minutos a ambos lados del cuello y después nos pidió ayuda para intentarlo en la espalda—. Y, por último, voy a comprobar su tensión —anunció sacando del maletín un aparato portátil.

Se lo colocó en el brazo a la anciana y ella no tardó ni dos segundos en comenzar a quejarse.

—Pero ¿qué me está haciendo?

Le agarré la otra mano y se la apreté un poco para que sintiera que estaba allí con ella.

—No te asustes, no es nada —le dije—. Enseguida termina.

—¡Me va a estallar el brazo! —se quejó de nuevo.

Unos minutos más tarde, el doctor empezó a hacer una serie de preguntas a Federica: «¿Qué día es hoy?». «¿En qué año estamos?». «¿Cómo

se llama esto y esto?». Mientras sujetaba un lápiz y las gafas de la mujer.

Cuando dio por finalizado el reconocimiento, guardó los bábulos en su maletín y se dirigió a Federica, que aguardaba el veredicto muy seria.

—Como usted decía, no voy a recetarle ninguna medicina.

—¿Veis? —nos dijo a Lucas y a mí con tono orgulloso—. Ya os dije que estaba más sana que una lechuga.

El médico estrechó la mano a Federica, que en esta ocasión sí respondió al saludo y nos pidió que lo acompañásemos al coche.

—Sus latidos son muy débiles y el ritmo cardiaco es bastante lento. El nombre técnico es bradicardia y los síntomas suelen ser cansancio extremo, mareos y falta de aire —nos contó, con tono pausado.

—¿Y qué podemos hacer? —pregunté, después de haber cruzado una intensa mirada con Lucas.

—La solución sería colocar un marcapasos, pero a su edad es impensable —respondió, después de carraspear y tragar saliva.

—¿Entonces? —inquirí yo, con un tono que después me di cuenta de que había sido demasiado agresivo.

—Lo siento mucho, chicos, me gustaría poder hacer algo más, pero es ley de vida. Podría solicitar una ambulancia para que la trasladen al hospital, pero no creo que ella lo permitiera. Creo que estará mucho más a gusto aquí con vosotros —dijo con tono serio—. Esta es mi tarjeta —explicó, tendiéndonos una pequeña cartulina de color blanco—, llamadme si se pone mal y estaré aquí enseguida. Lo único que podré hacer es calmar el posible dolor de los últimos momentos.

—Pero ¿cómo puede ser? —volví a vocear. Lucas me hizo un gesto para pedirme que bajara la voz—. ¡Hace unos días estaba bien, tenía más vitalidad que yo misma!

—Bueno, con la edad que tiene debo asumir que se debe simplemente a un proceso degenerativo natural —me explicó él, manteniendo el tono pausado—. Quizá ha habido algo que haya provocado que se acelere, pero no puedo decírtelo sin hacerle más pruebas. Y no creo que merezca la pena fastidiarla con eso... A no ser que vosotros penséis diferente...

—No —dijo Lucas enseguida—. Lo que usted opine nos parece bien.

De nuevo me tragué el nudo de la garganta y obligué a mis lágrimas a

quedarse donde estaban. Ni siquiera fui capaz de mirar a la cara a Lucas cuando le dio las gracias al médico, le estrechó la mano y cerró la puerta tras él.

El resto de la tarde lo pasamos con el tocadiscos encendido. Sacamos el tablero del parchís, de la oca, el dominó y la baraja de cartas, pero Federica no quiso jugar a nada, así que estuvimos sentados, sin más, hasta que a las ocho me levanté para preparar algo de cena y Lucas anunció que tenía que marcharse.

—Lucas... ¿puedo pedirte algo? —Antes de que saliera de la casa lo agarré de la manga y agaché la cabeza.

—Claro, bonita —respondió él, tomándome la barbilla con suavidad y empujando despacio mi cara hacia arriba para que lo mirase—. Puedes pedirme cualquier cosa.

—¿Podrías traer aquí la cajita de Marciano?

Su expresión dulce cambió súbitamente para transformarse en un gesto de confusión.

—Pero, Leire, no creo que... —Ni siquiera le dejé terminar la frase, sabía perfectamente qué era lo que estaba pensando.

—No es para eso —dije para tranquilizarle—. Te lo prometo, Lucas, ni siquiera tengo intención de abrirla. Ya sé lo negro que es mi futuro, no hace falta que una caja de madera me lo confirme.

Él asintió dos veces con la cabeza, se agachó y me besó en los labios, primero con dulzura y luego más apasionadamente. Yo le devolví el beso y sus brazos rodearon mi cintura. Entonces escuché a Federica que me llamaba.

—Es mejor que te vayas —le dije, separándome de él despacio—. Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Me dedicó una sonrisa y se encaminó por la calle empedrada. Yo suspiré y cerré la puerta.

CAPÍTULO 54

¿La misma Leire de siempre?

El sábado por la mañana, Lucas llamó temprano a la puerta. Me dio los buenos días y me besó en los labios.

—Ahora viene mi padre con la furgoneta para llevarte al autobús —dijo, pasando por mi lado y dirigiéndose hacia el salón. Llevaba en las manos unas bolsas llenas de frutos del huerto familiar. Lo agarré de la manga y lo detuve.

—No voy a irme —anuncié con firmeza.

Él se volvió y me miró a los ojos.

—Es tu fin de semana libre... —respondió, como si yo no tuviera ni idea de qué día era—. Sabes que mi padre y yo cuidaremos de ella, como siempre que te has ido. No tienes de qué preocuparte.

—Ya lo sé —repuse—. Pero no voy a irme. Me quedo aquí.

Lucas dejó las bolsas en el suelo y me puso las manos sobre los hombros.

—Es increíble lo que has cambiado en este tiempo —hablaba despacio, con emoción en la voz—. Pareces otra. Aunque a mí ya me gustabas cuando llegaste.

—¡No digas tonterías! —exclamé—. Soy la misma de siempre.

—Lo que tú digas —contestó él justo antes de darme un beso en la nariz y desaparecer en el interior de la casa.

Yo no lo seguí. Me quedé de pie en la calle, con el dedo índice sobre la nariz y meditando acerca de lo que acababa de decir Lucas. ¿De verdad había cambiado en esos meses? ¡Pues claro que no! ¡Qué estupidez! Yo seguía siendo la misma Leire que había sido siempre. Además ¿qué iba a saber él si apenas me conocía?

Unos instantes después, Lucas volvió a aparecer en la puerta.

—¿Ya te vas? —le pregunté, extrañada por su corta visita.

—Sí. Voy a avisar a mi padre de que no hace falta que traiga la furgo.

—Oye... —él me interrumpió.

—Esta tarde te la traigo, no te preocupes —añadió, guiñándome un ojo—. Luego nos vemos.

Me dio un rápido beso en los labios y se fue a toda prisa.

Cuando regresé al salón, Federica estaba sentada en el silloncito de flores, con la cabeza ligeramente inclinada hacia un lado y los ojos cerrados. La televisión estaba puesta. Me detuve un momento junto al umbral de la puerta y la escudriñé atentamente conteniendo la respiración hasta que vi que su pecho se elevaba muy despacio con cada bocanada de aire que tomaba. Me acerqué hasta ella y traté de colocarle un cojín bajo la cabeza para que no se lastimara el cuello. Entonces abrió los ojos de golpe.

—Me he quedado un poco traspuesta —dijo en voz baja—. ¡Es que ya no se puede ni ver la tele! No ponen nada entretenido.

—Ya —respondí yo, sentándome en el sofá—. La televisión de hoy en día es una completa basura.

Federica casi no probó bocado aquel día y en cuanto terminamos de comer se volvió a quedar dormida en el sillón. Aquella vez decidí no molestarla, así que subí a la biblioteca de Marciano para coger un libro y pasé el resto de la tarde sentada a su lado leyendo.

Lucas llamó a la puerta casi a la hora de cenar. Nada más abrirle, estiró la mano y me tendió la pequeña caja de madera.

—¡Gracias! —dije yo, tomándola—. Te la devolveré lo antes posible.

—No te preocupes —me contestó él—. Sé que la dejo en buenas manos.

Los dos nos dirigimos al interior de la casa. Lucas se detuvo frente al silloncito y se acuclilló. Yo crucé el salón deprisa y subí las escaleras hasta mi cuarto para guardar la pequeña caja.

—Creo que voy a acostarme —anunció Federica cuando regresé al piso inferior.

—No —contradije yo—. Tienes que cenar algo, aunque sea un poquito.

—Pero, hija, es que no tengo gana —respondió ella, con tono cansino.

Yo miré a Lucas, pidiéndole ayuda. Me sentía inútil, no sabía cómo afrontar aquella situación. Hacer compañía a Federica mientras había estado bien no había sido tan complicado, pero cuidar de ella cuando estaba completamente indefensa y débil me sobrepasaba, no me veía capaz y

agradecía cada minuto que Lucas pasaba con nosotras.

—Venga, tienes que cenar un poquito —añadió él—. Os voy a preparar una sopa de arroz con verdura que os vais a chupar los dedos. Ya verás como, en cuanto lo huelas, te entra el hambre.

E inmediatamente desapareció en la cocina.

—Este muchachote es una joya, ¿no crees? —me preguntó la anciana, con cierto brillo en los ojos y un ademán de sonrisa en los labios.

—Eso es porque lo has criado muy bien —respondí yo, sonriendo también.

—Estás muy guapa cuando sonríes, Leire —dijo ella, respirando pesadamente—. Deberías hacerlo más a menudo.

La cena que nos preparó Lucas estaba deliciosa. Él ayudó a Federica a tomarse la sopa, pero, cuando apenas había tragado cinco cucharadas, la anciana anunció que no tenía más hambre y que estaba cansada de estar sentada en la silla.

—¿Te duele algo? —le preguntó Lucas mientras la ayudaba a levantarse y a llegar hasta su sillón.

—No, hijo —respondió ella—, solo estoy cansada. Debe de ser este frío. ¡Estoy como el tiempo!

Lucas y yo terminamos de cenar en silencio. El nudo que tenía en el estómago me había quitado el hambre, pero no quería despreciar el plato que Lucas había preparado con tanto mimo, así que hice un esfuerzo para terminármelo.

Después, acompañamos a Federica a su habitación, la ayudamos a ponerse la ropa de dormir y la arropamos.

—Voy a dejarte esto aquí, como todas las noches —avisé, colocando un almirez de bronce un poco abollado sobre la mesilla de noche. Llevábamos haciendo eso durante algún tiempo, desde que la anciana comenzó a perder vitalidad. Aunque había desarrollado un sentido del oído parecido al que desarrollan las madres cuando nacen sus bebés, como mi habitación estaba en el piso de arriba seguía teniendo miedo a no oír si la mujer me llamaba—. Si necesitas algo, haz todo el ruido que quieras y vendré corriendo.

—¡Qué jovencita, esta! —dijo Federica, mirando a Lucas—. Se preocupa demasiado, ¿no crees, hijo?

Lucas sonrió y le dio un beso a la anciana en la frente.

—Buenas noches. —Acarició un momento su cabello blanco y salió de la habitación.

—Hasta mañana, Federica —dije yo antes de seguirlo.

—Adiós, hijos —respondió ella en tono casi inaudible.

CAPÍTULO 55

Noche de amor

Lucas y yo nos acomodamos en el sofá con la televisión encendida. Enseguida, empezó a acariciar con suavidad mi melena.

—Me encanta tu pelo... —comenzó a susurrar muy cerca de mi oído—. Es suave y brillante. Y tus ojos castaños... Y tu pequeña naricita... —mientras hablaba, iba acariciando con dulzura cada parte de mi cuerpo que iba nombrando—. Tus labios rojos, tan misteriosos... La piel de tu cuello, tan blanca y delicada...

Quizá en otro momento y con otras circunstancias me habría zafado de sus caricias, pero entonces necesitaba relajarme, darme un respiro. Así que dejé la mente en blanco durante un rato y le permití continuar.

Entonces me besó despacio, mientras deslizaba las manos por mis costados. Se tendió en el sofá y me invitó a tumbarme sobre él. Me acarició la espalda y la nuca, provocándome un agradable escalofrío. Yo introduje las manos por debajo de su camiseta y acaricié su torso musculado.

—¿Subimos a tu habitación? —me preguntó, introduciendo un suave murmullo entre su respiración jadeante.

Me levanté y lo tomé de la mano para conducirlo escaleras arriba. Ni siquiera habíamos llegado a mi cuarto cuando Lucas me besó apasionadamente y tiró de mi camiseta hacia arriba, dejándola caer después en el suelo de la biblioteca. Yo hice lo mismo con la suya y, como pudimos, llegamos hasta mi cama. Me tendí sobre el colchón y Lucas comenzó a besar mi cuello, descendiendo mientras paseaba los labios por mi pecho y mi estómago. Me desabrochó el botón de los pantalones y tiró de ellos suavemente. Después, continuó besando mis muslos, mis rodillas y mis piernas. A continuación se incorporó y me observó de arriba abajo con una sonrisa en el rostro.

—Eres preciosa —dijo justo antes de besarme de nuevo en los labios.

Después introdujo las manos bajo mi espalda con la intención de desabrocharme el sujetador. Aquella maniobra desembocó en una carcajada cortada por un rápido beso en los labios justo antes de que yo misma me llevase las manos a la espalda para deshacerme de la prenda. Lucas posó los labios suavemente sobre mis pechos, antes de levantarse para dejar caer sus pantalones al suelo. Después retiró despacio mis bragas y sus manos comenzaron una expedición por cada rincón de mi cuerpo. Se movían con deseo, pero también con suavidad, provocándome oleadas de calor que se entremezclaban con agradables escalofríos.

Hacía mucho tiempo que no me encontraba desnuda delante de un chico, pero, de todas maneras, Luis jamás me había hecho sentirme de aquella manera. Con él todo era más rápido, más brusco, más salvaje, sin mimo e incluso podría decir que sin ningún tipo de muestra de cariño. Con Lucas era todo lo contrario: la dulzura y la pasión se fundían en cada uno de sus gestos, consiguiendo que me sintiera especial.

Por un momento, se apartó de mí para rebuscar en los bolsillos de sus pantalones, que yacían en el suelo de la habitación. Abrió la cartera y sacó un preservativo. Aquellos segundos me parecieron una eternidad; deseaba que volviera cuanto antes para poder sentir de nuevo sus músculos calientes sobre mi pálida piel. Se colocó el preservativo y se tendió sobre mí. Nos besamos con pasión, casi con urgencia, mientras mis manos recorrían su espalda tratando de llegar hasta sus nalgas. Entonces, nuestros suaves gemidos se fundieron con la oscura y silenciosa noche de Villagamitos de Tuétano.

Cuando el reloj dio la una de la madrugada, Lucas y yo estábamos abrazados entre las sábanas, en silencio. Me besó en la frente antes de incorporarse.

—¿No te quedas? —le pregunté, haciendo pucheros.

—Es mejor que no —respondió él mientras se vestía—. En menos de cinco horas tengo que estar en pie para ayudar a mi padre con el reparto.

Cuando se sentó en la cama para calzarse, me levanté y me senté sobre sus rodillas, todavía completamente desnuda, y comencé a besarlo. Él me devolvió el beso y soltó la bota que tenía en la mano para rodearme con los brazos.

—Nena, tengo que... —trató de decir, pero mis labios cortaron la frase.

No tuve que insistir demasiado para que se diera por vencido y se quitara de nuevo la ropa. Después lo empujé con suavidad, obligándole a que se tumbara sobre la cama. Besé su torso y acaricié su piel morena. Lo escuché jadear mientras le ponía un nuevo preservativo. Me coloqué sobre él a horcajadas y le hice el amor, tratando de devolverle todo lo que me había regalado durante tantas semanas sin reclamar nada a cambio. Lucas me acariciaba los pechos mientras luchaba por no gemir demasiado alto. De golpe, retiró las manos de mi cuerpo y agarró con todas sus fuerzas las sábanas.

Eran más de las dos de la mañana cuando Lucas volvió a ponerse de pie. Yo lo observaba vestirse desde la cama, tratando de atesorar los últimos instantes de su fantástica desnudez.

—Espera, que te acompaño —anuncié, saltando de la cama. Cogí la primera prenda que encontré (una camiseta grande que usaba de vez en cuando de pijama) y me la puse.

Lucas sonrió y me besó una vez más.

—Eres maravillosa —me susurró antes de salir de la habitación.

Yo lo seguí escaleras abajo y cuando estaba a punto de irse me dijo «Espera un momento» y se dirigió hacia la habitación de Federica. Observé desde la puerta como arropaba a la anciana y le daba un beso en la frente.

—Está dormida —dijo cuando salió. Yo le respondí con una sonrisa—. Hasta mañana, preciosa.

Y me dio un largo beso de buenas noches antes de desaparecer tras la puerta de la casa.

CAPÍTULO 56

Hasta siempre

Cuando me desperté aquella mañana me sentía distinta: estaba feliz y totalmente renovada. Aunque Lucas se había ido de madrugada, las sábanas de mi cama continuaban oliendo a él.

Fuera había un completo silencio. Me asomé y comprobé que grandes copos de nieve caían a cámara lenta del cielo y cubrían poco a poco las calles del pueblo.

Lo que me extrañó fue la quietud del interior de la casa. A esa hora, Federica ya debería estar despierta, intentando levantarse de la cama por sí misma. Me puse algo de ropa para estar por casa y bajé a toda prisa la escalera. La felicidad y la ilusión del despertar habían dejado paso a la angustia. Entré en la habitación de la anciana como un huracán y la encontré metida en la cama con los ojos cerrados. Me acerqué deprisa y comprobé que respiraba con pesadez, haciendo un ruido similar a un débil ronquido. Abrió los ojos despacio y me miró.

—Hija... —murmuró.

Yo fruncí los labios, negándome a dejar escapar las lágrimas. Veía en sus ojos la angustia, el miedo... la despedida.

—¿Te duele algo? —pregunté, sin saber muy bien qué debía hacer.

Ella negó con la cabeza, con un movimiento muy lento.

—Espérame un minuto ¿vale? —rogué, apretándole la mano—. Espérame.

La anciana hizo un inapreciable movimiento de afirmación con la cabeza y yo salí corriendo de la habitación. Subí las escaleras de tres en tres y saqué la cajita de su escondite. Volví a bajar a la misma velocidad, trastabillando en una ocasión, y me detuve junto a la cama con la cajita oculta detrás de la espalda.

—Federica... ¿reconoces esto? —le pregunté, colocando la caja delante

de ella. La expresión de la anciana cambió, se iluminó un poco. Levantó con dificultad un brazo y tomó la caja entre los dedos.

—La hizo mi Marciano, que en paz descanse —me contó con un hilo de voz—. Él me decía que guardaba algo muy importante, pero yo varias veces la abrí sin que él me viera y no tenía nada dentro.

—Marciano le dejó una nota a Lucas... —Federica fijó los ojos en mí, esperando a escuchar lo que tenía que decirle—. Le explicaba que en esta caja a veces aparecían papeles que decían el futuro y en uno de ellos ponía que tú serías madre de dos hijos —intentaba hablar con calma, para que Federica captara lo que estaba tratando de explicarle. Sabía que el tiempo del que disponía era limitado, pero necesitaba que la mujer supiera que nunca había existido ningún punto negro en su relación con el amor de su vida—. Por eso él no estaba preocupado. Confiaba en que tú tendrías dos hijos. Tu felicidad era lo más importante para él, porque te amaba.

—Ya... —dijo Federica, dibujando algo parecido a una sonrisa—. Mi Marciano era un cuentista, pero en esto no se equivocó. Ahora podré estar con él de nuevo...

Aquella última frase estuvo a punto de provocar que mis ojos se desbordaran. Federica me tomó la mano con la que le quedaba libre. Cada vez notaba que le costaba más respirar, pero, aun así, la anciana se aferraba a esas últimas dosis de oxígeno con todas sus fuerzas.

—¿Te duele algo? —volví a preguntar. No estaba segura de que estuviera haciendo lo correcto no avisando al médico.

—Hija... gracias por haber cuidado de mí... —dijo, haciendo uso de su último suspiro.

—Gracias a ti por haberme hecho mejor persona —respondí.

Pero entonces noté que su mano había dejado de presionar la mía. Se había quedado dormida para siempre, con una mueca de paz en el rostro y el secreto más preciado de su amado preso entre los dedos. Solté su mano con cuidado sobre la cama y rompí a llorar.

CAPÍTULO 57

Otra vez no

Cinco minutos después de avisarlo, Lucas había llegado a la casa con el pelo húmedo por la nieve y la respiración entrecortada por una fatiga causada por el dolor y por haber venido corriendo.

—Lo siento... —farfullé con voz entrecortada.

Él no respondió. Se dirigió directamente hacia la habitación de Federica y se detuvo junto a la cama de la que había ejercido como su madre durante toda su vida.

—Ha dicho mi padre que prefería no verla... —dijo en voz baja.

Yo agaché la cabeza y fijé la vista en mis zapatillas.

No quería volver a pasar por lo que ya había experimentado al lado de Martina cuando murió su madre, víctima de un cáncer de mama. Recuerdo que en aquella ocasión tampoco supe qué decirle. La gente que para intentar consolarla le decía que entendía su dolor me parecía una hipócrita. Es completamente imposible imaginar el dolor que se debe de sentir al perder a una madre. Entonces, lo único que se me ocurrió fue abrazar a mi amiga y dejar que empapase mi camiseta de lágrimas hasta que se cansara. Estar a su lado fue lo único que pensaba que podía hacer por ella en aquel momento.

Y allí estaba de nuevo, frente a Lucas, sin saber qué decirle.

Él estaba de pie, mirando con ternura el cuerpo de la anciana, pero, a diferencia de mí, él no lloraba. Se volvió y me abrazó, y acarició suavemente mi pelo. Durante toda mi vida me había ocultado de la gente cuando necesitaba llorar; no me gustaba que nadie me viese de esa forma, pero con Lucas era diferente.

Entonces me pareció injusto y absurdo mi comportamiento: Lucas acababa de perder a la persona que lo había cuidado desde que nació y en lugar de consolarlo estaba dejando que él lo hiciera por mí.

Levanté la cabeza para mirarlo a la cara. Tenía una expresión calmada,

que no me dejaba adivinar lo que estaba pasando por su cabeza.

De pronto, algo llamó su atención, me soltó y se inclinó sobre la cama de la anciana. Tomó con cuidado la cajita que todavía reposaba en una de sus manos y la observó con detenimiento, como si nunca antes la hubiera visto. Pasó así, como en trance, varios minutos en los que llegué a asustarme un poco. Después, su expresión fue cambiando poco a poco hasta convertirse en una mueca tensa, llena de rabia.

—Lucas... —balbucí, posando suavemente una mano sobre su antebrazo.

—Seguro que el asalto a la casa desencadenó esto... —masculló—. Si no hubiera pasado, ella podría seguir viva.

Entonces, sin decir nada más, se metió la cajita en el bolsillo del pantalón y salió corriendo.

—¡Lucas! —grité, pero no me escuchó. Así que cogí las llaves y eché a correr detrás de él.

CAPÍTULO 58

Explosión de sentimientos

Mis zapatillas de lona no tardaron ni medio minuto en calarse por culpa de la nieve que cubría los adoquines del suelo y el frío intenso se colaba a través de la fina tela de mi chándal, cortándome la piel. Mientras trotaba a trompicones no cesé de gritar el nombre de Lucas, pero él no volvió la cabeza ni una sola vez. Corría contra el viento, deprisa gracias a sus fuertes piernas; me costaba muchísimo seguir su ritmo y al doblar varias esquinas me dejé atrás, haciéndome temer haberlo perdido. De súbito, se paró frente a la puerta de una casa y la golpeó con furia.

Yo me detuve, derrapando sobre una pequeña placa de hielo, y me doblé sobre mí misma para tratar de mitigar el dolor punzante que me perforaba el costado. Estaba helada, tenía los pies y el pelo empapados, y casi no podía respirar.

—¡Abre la puerta! —Oí gritar a Lucas—. ¡Como no abras te juro que la tiro!

Ni siquiera me había dado tiempo a fijarme en dónde estábamos. Traté de hablar para calmar a Lucas, pero la voz se negaba a salir de mi garganta. Hice un gran esfuerzo para levantarme, aunque no lo logré del todo y, presionando con fuerza el punto de dolor con la mano, avancé despacio, algo encorvada, hacia él.

En ese momento la puerta se abrió y un muchacho apareció en el umbral. Los ojos me lloraban y veía borroso, así que me costó un momento reconocer el semblante somnoliento y ojeroso de Juan. Tenía toda la pinta de haber salido la noche anterior.

—¡Eres un cabrón! —chilló Lucas, descargando con furia el puño contra la mandíbula del otro.

Ahugué un grito de horror y tiré de mi cuerpo hasta llegar a su altura. Lo agarré del brazo, intentando evitar que volviera a pegarle. Juan, al que el

ataque le había llegado por sorpresa, aún no había sido capaz de reaccionar y se sujetaba la cara, en la que se había dibujado una expresión de total desconcierto.

—¡Todo ha sido culpa tuya! ¡Has matado a mi madre! —seguía chillando Lucas con desesperación.

Yo seguía colgada de su brazo, sacando fuerzas de flaqueza para intentar controlarlo, pero obviamente yo no era nada al lado de sus músculos tallados a fuerza de trabajar en el campo.

—Lucas, por favor —supliqué, temiendo que Juan por fin se despertara del todo y comenzara a defenderse—. Tranquilízate. Por favor, tranquilízate.

De pronto, como si se hubiera percatado por primera vez de que yo estaba allí, dejó de forcejear y me miró con los ojos empañados.

—Federica ha muerto por culpa del asalto a la casa —murmuró como un autómatas, junto antes de desplomarse de rodillas en el suelo y romper a llorar. Toda la calma, la tranquilidad y la fortaleza que había demostrado cuidándonos durante los últimos días se quebraron de golpe y dejaron a la vista a un Lucas totalmente indefenso y huérfano.

Me arrodillé junto a él y lo abracé, dejando que llorara sobre mi ya empapada sudadera, como había hecho muchos meses atrás con mi amiga Martina.

Juan observaba la escena, todavía con la mano sobre el mentón, sin entender nada. Pero no gritó, ni hizo ningún ademán de pegar a Lucas. Simplemente mostraba un total desconcierto y permanecía de pie, sin moverse del umbral de la puerta, anhelando que alguien le explicara lo que estaba pasando.

Así transcurrieron más de diez minutos de completo silencio hasta que Lucas por fin levantó la cabeza y me miró. Tenía los ojos y las mejillas enrojecidos, y se había hecho sangre en el labio de morderse tan fuerte.

—Estás tiritando —susurró, observándome con preocupación.

—No pasa nada —dije para tranquilizarlo, tratando de contener el castaño de mis dientes.

Se puso de pie despacio y me ayudó a levantarme. Después me rodeó con los brazos y caminamos despacio hasta donde aún se encontraba Juan.

—Lo siento, tío —se disculpó Lucas con un hilo de voz—. No sé qué

me ha pasado.

No me quedó más remedio que explicarle a Juan que Federica había muerto esa mañana y nuestra sospecha de que el asalto a la casa había adelantado el momento.

—¿Y qué culpa tengo yo? —preguntó Juan, todavía más desconcertado que antes.

—En un primer momento se nos ocurrió que podías haber sido tú... —expliqué. El chico dibujó una expresión de disgusto—. Bueno... aquel día... me viste sacar las llaves de la maceta.

El chico arqueó las cejas.

—¡Ni me di cuenta de lo que hacías! —protestó—. Créeme: en ese momento tenía la cabeza totalmente colapsada por otros pensamientos... Lástima que no me dejaras que los llevase a cabo... —añadió con tono lascivo.

Lucas carraspeó ante aquella última afirmación.

—En serio, pelirroja, puedes acusarme de muchas cosas, pero no soy un ladrón ni un asaltaviejas —dijo Juan con un tono serio—. Siento lo de Federica —añadió, antes de cerrarnos la puerta en las narices.

El camino de vuelta a casa se hizo eterno. Caminábamos abrazados, con pesadez, tirando de nuestros débiles cuerpos con dificultad. Lucas había perdido toda su energía descargándola en forma de rabia y yo estaba tan congelada que las articulaciones y los dedos de los pies me dolían con cada movimiento. Pero aquello no había hecho más que empezar, los días que vendrían después serían largos, duros y llenos de decisiones y sucesos inesperados.

CAPÍTULO 59

El entierro

Hasta aquella fría mañana, nunca había acudido a un entierro. Cuando la madre de Martina murió, mi amiga no se encontró con fuerzas para asistir a la ceremonia y contemplar cómo el ataúd que contenía el cuerpo de su madre desaparecía bajo la tierra, así que ambas nos quedamos sentadas en la entrada del cementerio, intentando matar el tiempo con conversaciones sin sentido.

El camposanto de Villagamitos de Tuétano era una reducida parcela, rodeada por un muro de piedra gris, junto a la iglesia. Algunas de las tumbas contaban con ostentosas lápidas de granito, pero la mayoría de ellas estaban adornadas simplemente con una modesta cruz de piedra con el nombre del difunto grabado con un cincel. También, apoyados en algunas de las lápidas, había ramos de flores.

La ceremonia fue bastante peculiar ya que, como había solicitado Federica en varias ocasiones, el párroco del pueblo no estuvo presente. Ella solo quería descansar junto a su marido, sin excesos ni ceremonias estridentes. Y así lo hicimos para cumplir con su deseo.

—Si voy a estar muerta —justificaba ella cuando alguien intentaba convencerla de que el rito de los funerales era importante para conseguir descansar en paz—, ¿para qué quiero lujos? ¡Los lujos son para los vivos!

Anselmo, el alcalde del pueblo, Lucas y uno de los chicos que había llegado al pueblo para trabajar igual que yo portaban el humilde y ligero ataúd.

Durante el día del fallecimiento de Federica, Lucas y yo nos afanamos en preparar todo lo más rápido posible. La anciana no tenía familia, no había a nadie a quien avisar, y queríamos hacerlo de la manera más sencilla que se pudiera, como ella misma lo hubiera hecho.

Aunque la mayor parte del tiempo me movía de forma automática, sin ser en absoluto consciente de lo que estábamos haciendo, en varios

momentos de lucidez me sentí abrumada y mareada... Federica había muerto y yo estaba preparando su entierro. Muerte. Eso que siempre había considerado un tema completamente tabú me había caído encima de forma aplastante, sin dejarme siquiera prepararme.

La pequeña comitiva se detuvo junto a una zanja abierta al lado de una tumba en la que el nombre de Marciano aparecía escrito sobre una fina cruz. Miré a mi alrededor: además de los portadores del ataúd, estaban allí Dolores y varios vecinos del pueblo. Me llamó la atención ver a Luciana la Harinas con un sobrio vestido negro y sin su habitual delantal.

Lucas se situó de frente a todos nosotros y se aclaró la garganta. Llevaba un pantalón ancho de color negro y una camisa gris bajo un grueso jersey también negro. De pronto, sentí que mi pelo rojo chillón estaba fuera de lugar entre tanta oscuridad.

—Quiero daros las gracias a todos por venir a despedir a Federica — comenzó a decir Lucas.

Por un momento casi pude escuchar la voz de la anciana diciendo: «Y a los que habéis venido solo a chismorrear». Tuve que reprimir una sonrisa.

—Normalmente la gente sufre la muerte de una madre. Yo, por suerte o por desgracia, lo he sufrido dos veces, aunque la primera no la recuerde... — continuó Lucas. A mi derecha, Anselmo lloraba ruidosamente, ocultando la cara tras un pañuelo de tela azul claro. Me acerqué a él y le di un apretón en el brazo—. Solo tengo palabras de agradecimiento para esta mujer, que me cuidó como si fuera su propio hijo y hasta el último día de su vida hizo posible que disfrutara de momentos maravillosos y felices. Descansa en paz, madre.

Los presentes aplaudieron en señal de despedida y justo cuando iban a iniciar el protocolo del entierro en sí, me di la vuelta y abandoné el pequeño cementerio. Me daba claustrofobia solo el pensar que fueran a meter a Federica bajo tierra. Al menos, estaría al lado de su amado Marciano, por fin.

Al cruzar el arco de piedra que hacía las veces de entrada al recinto, algo me llamó la atención: había tres hombres apoyados en el muro, fumando. No los conocía. Aunque uno de ellos, bajito y algo fondón, me pareció el que había conseguido alcanzar el jamón el día de la fiesta, así que supuse que serían los tres periodistas de los que todo el mundo hablaba. Me alejé un poco

de allí para esperar a que saliera Lucas.

La gente fue abandonando el camposanto, sola o en grupitos que cuchicheaban. Anselmo, Dolores y el alcalde salieron juntos; los dos últimos iban inmersos en una conversación de la que intentaban hacer partícipe a Anselmo, pero este parecía no escucharlos.

Diez minutos después, me asomé al arco. El cementerio había quedado desierto, a excepción de un joven que se mantenía de pie frente a una de las tumbas. Esta poseía una pequeña lápida de granito. Él volvió la cabeza, como si supiera que lo observaba, y me hizo un gesto para que me acercara.

—Aquí está mi madre —me dijo, señalando la lápida.

Una vez más, no supe qué decir. Odiaba aquellas situaciones tan incómodas en las que me quedaba en silencio, dando vueltas a la cabeza con intención de decir algo amable, para finalmente no abrir la boca. Me agarré al brazo de Lucas y apoyé la cabeza sobre su hombro.

—Vámonos a casa —masculló, echando a andar hacia la salida.

CAPÍTULO 60

Recuperar lo que nos pertwece

Nada más atravesar el arco de piedra, los tres hombres que había visto antes se nos echaron encima. Uno de ellos me agarró de los dos brazos y me apartó de Lucas. La calle se había quedado completamente desierta, bajo el cielo grisáceo y el silencio del invierno.

—Hemos venido a por lo que nos pertenece —anunció con voz grave uno de los tipos.

El que me sujetaba a mí parecía el más joven de los tres, tendría más o menos la edad de Lucas, pero la fuerza que imprimía sobre mis brazos dejaba a la vista que no había venido al pueblo a hacer amigos. Cuanto más intentaba zafarme del cepo que formaban sus manos, más fuerte se volvía la trampa.

Los otros dos estaban parados delante de Lucas, impidiendo que pudiera avanzar. Uno de ellos era, en efecto, el hombre bajito y corpulento de la cucaña, y el otro era algo más mayor, alto y espigado.

—No sé de qué me estáis hablando —contestó Lucas manteniendo un tono calmado. Cada pocos segundos me dirigía una mirada de reojo y, cuando vio que mi captor me agarraba las dos muñecas con una sola mano y con el otro brazo me rodeaba el torso, apretó la mandíbula.

El hombre alto se golpeó una palma de la mano con el puño y dio un par de pasos hacia delante.

—Deja de burlarte de nosotros y ¡dánosla! —bufó, acabando con un sonoro rechinar de dientes.

Por un momento se me pasó por la cabeza que aquellos hombres eran una mafia y querían llevarme, pero enseguida deseché la idea... Tal y como me tenían apresada, podrían haberme llevado sin problema. La fuerza de mi cuerpo no suponía ningún impedimento para ellos.

—¿De qué me estás hablando, tío? —preguntó Lucas, elevando la voz.

Parecía que empezaba a desesperarse.

El bajito y corpulento le respondió con un puñetazo en la cara que le hizo caer hacia atrás.

—¡Lucas! —grité horrorizada, luchando por liberarme de los brazos de mi captor. Él ni siquiera se inmutó y simplemente me apretó más contra su cuerpo.

—¿Vas a dejar de jugar ya al chico valiente, pueblerino? —preguntó con sorna el más alto, provocando las carcajadas de los otros dos. A continuación, le propinó a Lucas una patada en las costillas.

Esperó durante un instante, pero Lucas no dijo nada. Entonces se volvió y caminó con desdén hacia mí. Me acarició la cara y el pelo, y me provocó náuseas.

—Si no te importa que te peguemos a ti, podemos hacer algo con esta pelirroja tan guapa... —habló con la cara tan cerca de mí que pude oler su apestoso aliento a cebolla y tabaco—. Pero te aseguro que no nos iremos sin ese joyero que lee el futuro...

De pronto, todo encajaba. Aquellos hombres eran los que habían asaltado la casa de Federica y, efectivamente, andaban buscando la cajita de Marciano. Pero... ¿cómo se habían enterado?

—No sé de qué joyero hablas —contestó Lucas, aún tumbado en el suelo, con el pie del otro hombre apoyado sobre el pecho.

El hombre alto, cada vez más enfadado, agarró del hombro al que me sujetaba y nos condujo a ambos junto a Lucas, para que pudiera observarnos perfectamente. Los ojos de Lucas estaban enrojecidos y mostraban una expresión de súplica; de la boca le chorreaba una hilera de sangre y tenía la mejilla colorada. El hombre que me sujetaba retiró el brazo que rodeaba mi cuerpo y me agarró del pelo mientras el alto me desabrochaba el abrigo.

—Podemos pasárnoslo muy bien con ella, pero la verdad es que prefiero conocer el futuro —dijo, mientras paseaba su gordo dedo índice por mi sudadera—. Así que tú eliges, Lucas...

—¿Quiénes sois? —solté de pronto, al ver que Lucas no reaccionaba.

El alto, que daba la sensación de ser el líder, se echó a reír a carcajadas. Cuando paró, acercó su cara a mí, obligándome a reprimir las arcadas.

—Somos los sobrinos de Marciano —explicó con prepotencia. Después,

se apartó y se dirigió a Lucas—. Sabemos que un tío de nuestro padre le regaló al perfecto Marcianito un trozo de madera mágica con el que construyó una caja que predice el futuro. Leímos las cartas que el estúpido le enviaba a nuestra tía Aquilina hace muchos años, pero hasta ahora no habíamos tenido huevos para venir a este pueblo maloliente. Nos corresponde tenerla a la familia. Tú no eres nadie para quedártela, niño —añadió con crueldad.

—¡Lucas era como un hijo para ellos! —grité, al observar la expresión de Lucas. El más alto de los sobrinos se volvió y me dio una sonora bofetada.

—¡A ella déjala en paz! —chilló Lucas, intentando levantarse bajo el peso del pie del otro.

—¿Ves? —dijo el alto con menosprecio—. Ya nos vamos entendiendo. Tú quieres a tu chica sana y salva, y nosotros queremos el joyero para hacernos ricos. Tiene una muy fácil solución —añadió, volviendo a pasear sus asquerosas manos por mi sudadera—. No pienso irme con las manos vacías, eso te lo aseguro, así que decídete de una vez.

—¡Eso! ¡Que no tenemos todo el día! —agregó el bajito, aumentado la presión de su zapato sobre el pecho de Lucas.

Lucas se llevó con dificultad la mano al ancho bolsillo de su pantalón.

—¡No, Lucas! ¡No se la des! ¡Es tuya! ¡Él te la dejó a ti! —chillé, completamente fuera de mí. No podía creer que aquellos idiotas fueran a conseguir lo que querían.

—Vaya, vaya, Félix... Parece que la señorita prefiere tu oferta de venirse a pasarlo bien con nosotros... —dijo el que me sujetaba.

Félix, el jefe, se acercó a mí con expresión lasciva y justo cuando estaba a punto de ponerme las manos encima, la voz de Lucas lo detuvo.

—¡Toma! ¡Toma la caja! —gritaba desconsolado, sujetando la pequeña cajita en la mano—. ¡Es tuya! ¡Pero a ella no la toques! ¡Déjala en paz!

—Estupendo. Trato cerrado —anunció Félix en cuanto tuvo la caja entre los gruesos dedos—. ¡Vámonos de este pueblo de mala muerte antes de que se nos pegue algo!

Para despedirse, me tiró un beso y le propinó a Lucas una última patada en las costillas. Los vi alejarse, riendo, hasta un espeso matorral del que sacaron tres motos. Se subieron y se marcharon haciendo rugir el motor.

Yo todavía estaba paralizada. Dos peleas en tan poco tiempo habían sido demasiado para mí. Conseguí forzar los músculos para que se movieran y me acerqué hasta donde Lucas yacía tumbado en el suelo. Me arrodillé y lo ayudé a incorporarse.

CAPÍTULO 61

Decisiones difíciles

—No me puedo creer que esos matones fueran sobrinos de Marciano — le comenté a Lucas mientras le limpiaba la herida del labio con un algodón y agua oxigenada. Estábamos sentados en el salón de la casa de Federica, todavía con el susto metido en el cuerpo.

—Ya... Sabía que el hermano de Marciano lo odiaba por haberse casado con una mujer de Villagamitos, pero jamás imaginé que ocurriría algo así — añadió él. Tenía los puños apretados y la nariz arrugada a causa del escozor de las heridas—. Y tampoco puedo creerme que no sospechásemos antes de ellos. Han estado entre nosotros todo este tiempo y no nos hemos dado cuenta de nada...

Me planté delante de él y lo miré a los ojos.

—Lucas... ¿Por qué les has dado la cajita? No tenías que haberlo hecho, era tuya.

—No podía permitir que te hicieran daño. —Aquello hizo que me sintiera culpable y creo que mi cara dejó que Lucas se diera cuenta—. Además... no funcionaba —añadió.

Su tono serio y tajante, y sus ojos, que se marcharon de donde los míos pudieran interrogarlos, dejaron claro que él acababa de dar el tema por zanjado. Yo tampoco quise hacerle más preguntas. Pensaba que, en el fondo de su ser, se sentía mal por haberle fallado a Marciano al no haber sido capaz de cumplir con su última petición.

—¿Qué vas a hacer ahora? —me preguntó de pronto.

Entonces, por primera vez, fui consciente de verdad de que Federica ya no estaba allí y que, por tanto, yo ya no tenía nada que hacer en aquel pueblo. Me había quedado sin trabajo y debía regresar a casa. La parte buena de haber trabajado durante esos meses en un lugar como Villagamitos de Tuétano era que casi todo mi sueldo había ido directamente al banco. No

había tenido apenas gastos, así que había podido ahorrar la mayor parte del dinero y en cuanto llegara a mi ciudad quizá sí sería posible alquilarme un pequeño piso en el que independizarme. Ya no tendría que depender de mis padres mientras buscaba un nuevo empleo...

—Tendré que volver a casa... —respondí, volviéndome en dirección a la habitación de la anciana para guardar el frasco de agua oxigenada en el armarito del baño.

—¡No! —exclamó Lucas—. Puedes quedarte aquí, conmigo y con mi padre. En casa hay sitio de sobra y puedes ayudarnos con los cultivos y los repartos. No puedes irte...

—Lucas... —dije, situándome delante de él. Sus manos tomaron las mías con cariño—. Sabes que no pinto nada aquí. Yo no sirvo para recoger verduras y no puedo permitir que tu padre me mantenga.

Entonces, unos golpecitos en la puerta interrumpieron la frase que acababa de empezar a salir de sus labios.

CAPÍTULO 62

El legado

Cuando abrí la puerta, me encontré con tres figuras con expresiones en la cara muy diferentes entre sí. Dolores, la asistente social, esbozaba una cálida sonrisa que transmitía amabilidad. Anselmo estaba cabizbajo, con los brazos colgando inertes a ambos lados del cuerpo, los hombros caídos y en el rostro una mueca de completo abatimiento. Junto a ellos había un hombre alto, vestido con traje y corbata, que portaba una carpeta de piel negra; estaba serio y se mantenía erguido, como si nada pudiera perturbarlo.

—Hola, Leire —me saludó Dolores—. Está Lucas aquí contigo, ¿verdad?

Yo asentí, sin quitar ojo al hombre del traje.

—Este es el señor Aguado —prosiguió la mujer, señalando al desconocido—. Es notario.

El hombre me tendió la mano y yo se la estreché algo desconcertada. ¿Qué pintaba allí un notario?

Dolores pasó por mi lado y caminó hasta el salón, seguida por el señor Aguado. Anselmo se quedó parado un momento más en el umbral de la puerta. Estaba claro que no le resultaba nada fácil entrar en aquella casa y hacer frente a no encontrar a Federica sentada en su silloncito de flores.

—Pero ¿qué te ha pasado, muchacho? —oí decir a Dolores en voz demasiado alta. Era obvio que acababa de ver las magulladuras en la cara de Lucas.

Aquello pareció insuflar una pizca de fortaleza a Anselmo, lo justo para entrar en la casa como si fuera un zombi, mirando siempre al suelo, sentarse en una silla y esconder la cara entre las palmas de las manos.

Oía a Lucas contarles que se había resbalado con la nieve y se había golpeado contra un muro al salir del cementerio. Incluso después de todo lo que había pasado, él quería seguir guardando el secreto de Marciano... La

lealtad por encima de todo.

Yo cerré la puerta despacio y caminé hacia ellos lo más despacio que pude. No me apetecía participar en una conversación con un notario, pero parecía evidente que no me quedaba más remedio. Después de darle muchas vueltas, supuse que venía para arreglar la extinción de mi contrato, pagarme el finiquito y darme veinticuatro horas para que recogiera mis cosas y abandonara la casa; aunque no tenía muy claro que aquellas fueran funciones propias de un notario... Cuando llegué al salón, Dolores y el notario se habían acomodado en el sofá. El hombre había depositado su carpeta sobre la pequeña mesa de centro y hojeaba unos papeles que había sacado de su interior. Lucas estaba sentado en una silla enfrente de ellos. El silloncito de Federica estaba vacío y me dio la sensación de que la anciana aparecería en cualquier momento empujando su andador, se sentaría trabajosamente y nos echaría la bronca a todos por haber invadido su salón. Dolores me indicó una silla que habían colocado junto a la de Lucas y me invitó a que me sentara.

—Reunidos don Enrique Aguado Ponce como notario y don Lucas Machado Pino y doña Leire Álvarez Escudero como legítimos herederos, procedo a leer el testamento de doña María Federica Galán Tolosa.

Lucas y yo nos miramos, interrogándonos mutuamente. Después, al ver el desconcierto en los ojos del otro, trasladamos nuestra inquietud a la mujer que ocupaba el sofá junto al notario. Ella se encogió de hombros, como si estuviera excusándose y comenzó a hablar:

—Federica me llamó por teléfono hace dos semanas, cuando te fuiste en tu fin de semana libre —comenzó a explicar—. Me dijo que tenía que darme prisa porque Lucas y Anselmo habían salido durante una hora a hacer unos recados. Me insistió tanto que llamé al señor Aguado, que se encontraba de guardia, y vinimos. Ella no quería que lo supierais...

Lucas y yo volvimos a mirarnos. Anselmo, al escuchar su nombre, había levantado también la cara y nos observaba estupefacto.

—No quise dejarla sola, pero teníamos que entregar... —empezó a decir de forma nerviosa, retorciéndose los dedos.

—No pasa nada —interrumpí yo—. Todos sabemos cómo era Federica... —añadí, dibujando una sonrisa melancólica y mirando instintivamente al viejo sillón.

—Si les parece bien, procedo a la lectura del documento —anunció con tono cortante el notario. Se aclaró la garganta y comenzó a leer. Primero, un folio mecanografiado en el que se expresaba de forma técnica que Federica había hecho testamento. A continuación, sacó de un sobre un papel escrito a mano con caligrafía torpe y lo leyó en voz alta:

»“Yo, María Federica Galán Tolosa, manifiesto por la presente mi voluntad expresa de hacer mi testamento y nombro herederos de todos mis bienes a mis queridos hijos don Lucas Machado Pino y doña Leire Álvarez Escudero, esperando que esto los ayude a comenzar una vida de felicidad y amor”.

Al escuchar aquellas líneas que la propia anciana había escrito solo unas semanas atrás, abrí los ojos como platos y fruncí los labios. Mi corazón se había desbocado y mi respiración era entonces más rápida. No me esperaba aquello en absoluto; yo no era merecedora de nada, solo había hecho mi trabajo lo mejor que había sabido, incluso no en todos los momentos me había comportado bien. ¿Qué había empujado a la anciana a hacer algo así? Lucas era el único que tenía derecho a heredar los bienes de Federica. Aquella situación me abrumó y no supe cómo reaccionar. Miré de reojo a mi izquierda y vi a Lucas escudriñando la hoja de papel con admiración. Después, desvié los ojos hacia la derecha y vi que por el rostro de Anselmo rodaba una lágrima que fue a morir a una débil y triste sonrisa.

Durante las siguientes dos horas, Lucas y yo firmamos papeles, escuchamos enumeraciones de cosas y atendimos a explicaciones sobre trámites demasiado complejos para mi embotada mente. Él de vez en cuando me observaba con ilusión en los ojos. La última frase del testamento había calado muy dentro de él. Yo sujetaba y movía el bolígrafo como un autómata, sin ser capaz de entender del todo bien qué estaba pasando. Los bienes de Federica se reducían a aquella casa en la que nos encontrábamos, sus muebles y unos pequeños ahorros que escondía en un calcetín del cajón de la ropa interior; y en aquel momento, la mitad de todo aquello pasaba a ser mía. Aquello lo complicaba todo y no quería creer que fuera de verdad...

Cuando nos quedamos solos, Lucas me cogió de las manos y observó el salón que nos rodeaba.

—Qué mujer tan buena y generosa. —Lucas suspiró, con los ojos

empapados de agradecimiento.

—¿Crees que sabía que había algo entre nosotros? —pregunté, de forma inocente, aún peleando con mi mente por recobrar la lucidez.

—Ya te dije que en este pueblo no se puede guardar un secreto... —respondió él antes de abrazarme.

CAPÍTULO 63

Elegir un camino

Acababa de colgar el teléfono por segunda vez aquella tarde cuando Lucas apareció al otro lado de la ventana. Golpeó el cristal con el dedo índice y yo me apresuré hasta la entrada para abrir la puerta.

El poco tiempo que pasé sola en la casa, rodeada por los muebles y las pertenencias de Federica, me sentí rara y culpable por lo que estaba haciendo. Temía que, desde algún lugar, ella estuviera meneando la cabeza hacia los lados y chasqueando la lengua, disgustada por mi decisión.

La expresión casi sonriente de Lucas cambió rotundamente cuando vio mi maleta en el pasillo.

—¿Qué haces? —me preguntó, acariciando la bolsa como si quisiera cerciorarse de que estaba allí de verdad.

—Ya te dije que me iba... —contesté yo sin ser capaz de mirarlo a los ojos.

—Pero... pero... creía que... pensé... —balbució él, llevándose las manos al pelo y revolviéndolo—. La casa... tú y yo...

—Lucas, no puedo vivir aquí y dejar que tu padre me mantenga —expliqué, con el tono más sereno que pude—. Tengo que volver a casa... Además —añadí—, acabo de hablar con Martina. El bajista que habían incorporado al grupo los ha dejado tirados y resulta que han ganado un concurso muy importante: van a grabar un EP y hacer una pequeña gira por varias salas del país. Quieren que vaya con ellos ahora que ya no tengo que trabajar.

En cuanto terminé de decir aquello me sentí despreciable: estaba diciéndole a la cara que prefería irme para tocar con el grupo que quedarme con él. En ese momento era lo que sentía, pero quizá había sido demasiado brusca al soltarlo de aquella manera.

Cuando había llamado a mi amiga un rato antes, sus gritos de alegría me

habían perforado el tímpano en cuanto le había dicho que era yo. Enseguida me contó que el día anterior les habían comunicado que The Frozen Armadillos habían sido seleccionados por el jurado como ganadores del certamen de grupos. Durante las siguientes semanas grabarían un EP con cuatro canciones y un videoclip, y a lo largo de los meses de verano recorrerían varias ciudades y pueblos del país haciendo de teloneros de otros grupos más conocidos. Mi objetivo al marcar su número era decirle que Federica había fallecido y pedirle consejo sobre qué debía hacer, pero, al final, arrastrada por su euforia, me había limitado a contarle solo lo primero y a decirle que volvía a casa. Fue entonces cuando me confesó que estaban sin bajista porque el que me había sustituido se había marchado alegando que él solo quería tocar como *hobby* y que en ningún caso tenía intención de irse de gira, y se alegró de que pudiera ir yo con ellos. No supe decirle que no... O, mejor dicho, no quise decirle que no. Me entusiasmaba la idea de volver a tocar con mi grupo. Además, aquello solo reforzó la decisión que ya había tomado. Miré mi maleta, ya cerrada y colocada en el pasillo, y me despedí de Martina prometiéndole que lo antes posible me uniría a los ensayos.

—Lo comprendo —sentenció Lucas tras un momento de reflexión—.
¿Cuándo te vas?

En su tono no había rencor ni tristeza, sus ojos seguían mirándome como siempre lo habían hecho, y aquello me asustó y me hirió en secreto. Daba la sensación de que no le importaba en absoluto que me fuera...

—Me gustaría coger el tren mañana por la mañana —respondí, notando como si un cuchillo se me estuviera clavando lentamente en el pecho.

—De acuerdo. Te recogeré con la furgoneta para llevarte al autobús —anunció con toda la normalidad del mundo.

Fue entonces cuando de verdad comprendí el enorme dolor que puede provocar algo que a simple vista parece tan inocuo: la indiferencia dolía mucho y yo la había repartido a diestro y siniestro durante toda mi vida.

—Lucas... —lo llamé antes de que saliera por la puerta.

Él se volvió y me miró, esperando a oír lo que tenía que decirle.

—¿Estás enfadado? —le pregunté, como una niña pequeña le pregunta a su amiga después de haberse peleado por una muñeca.

Lucas se acercó a mí y me acarició la cara con dulzura.

—No estoy enfadado —aseguró, con el mismo tono comprensivo de antes—. Entiendo tu decisión y la respeto. Te pedí que te quedaras y no has querido. No voy a insistir.

—Gracias. —El nudo que se me había hecho en la garganta apenas dejaba pasar las palabras.

—No te preocupes —prosiguió—. Venderé la casa y te llamaré para darte tu parte.

—¡No! ¡No! ¡Ni hablar de eso! ¡Ni se te ocurra! —chillé con una voz demasiado estridente—. Digan lo que digan esos papeles, esta casa es tuya y quiero que la tengas.

—¿Estás segura? —preguntó—. Te correspondería una buena...

—Estoy segura —garanticé—. Además, así podré quedarme aquí cuando venga a visitarte.

Lucas sonrió, me dio un beso en la frente y se despidió antes de desaparecer por la puerta de la casa.

CAPÍTULO 64

Un nuevo adiós

A la mañana siguiente, la bocina de la furgoneta me avisó de que Lucas me esperaba en la calle.

Desde que me había levantado había ocupado el tiempo ordenando la casa de manera compulsiva pero lenta, como si estuviera despidiéndome de ella y de todo lo que había en sus rincones. La opresión que sentía en el pecho iba haciéndose más aguda a medida que se acercaba el momento de partir. Antes de abandonarla para siempre, dediqué una última mirada al silloncito de flores que parecía observarme con severidad desde el salón. ¿Estaba haciendo lo correcto? Por supuesto que sí, aunque, muchas veces, lo correcto es también lo más difícil y doloroso. Sabía que en ese pueblo no tenía ningún futuro; me negaba a dedicarme a regar plantas durante lo que me quedaba de vida. Agaché la cabeza y cerré la puerta con decisión.

Para entonces, Lucas ya se había apeado de la furgoneta y estaba guardando mi equipaje. Sujeté la pesada llave entre el dedo pulgar y el índice, y se la ofrecí. Él estiró la mano, con la palma hacia arriba, para recogerla. Aquella era la verdadera despedida.

Durante el corto trayecto hasta la carretera principal, nos mantuvimos en completo silencio. Anselmo no había acudido y se lo agradecí, porque su ausencia suponía una despedida menos. Últimamente no hacía más que despedirme.

—Sé que todo te irá bien —me dijo Lucas cuando la figura del autobús apareció a lo lejos—. Te echaré de menos.

Sus palabras no sonaban a un adiós, sino a un hasta luego. ¿De verdad confiaba en que cambiaría de opinión y regresaría? Yo no quise quitarle la ilusión ni hacer la despedida más dramática de lo necesario, así que esbocé una sonrisa.

—Espero que seas muy feliz —le dije yo.

—Lo seré...

Y justo antes de que el autobús se detuviera junto a nosotros, me regaló el beso más especial que había recibido en toda mi vida; estaba cargado de sentimientos y consiguió que mis pies prácticamente se despegaran del suelo.

—¡Te deseo mucha suerte en tu gira, Leire! —gritó, cuando ya había montado en el vehículo.

Sin lugar a dudas, había sido una despedida muy extraña. Lucas parecía seguir sin darle importancia a mi partida, había actuado como si fuera un hecho anecdótico o uno de mis viajes de ida y vuelta los fines de semana. No sabía si todo era una máscara para ocultar su verdadero dolor o si realmente le daba igual que me fuera. Aquello me contrariaba y por un momento quise detener el autobús y bajarme para preguntarle qué sentía. Pero, por supuesto, una vez más, no lo hice. Todavía notaba el calor de sus labios en los míos y el cosquilleo en el vientre. Pero no había marcha atrás. Estaba tomando la decisión más sensata y, además, de amor no se puede vivir. Entonces sacudí la cabeza, enfadada conmigo misma. ¿Amor? ¿Quién había hablado de amor? Lo que había tenido con Lucas solo había sido fruto de la amistad y la atracción física, pero desde luego no era amor, nunca habíamos sido una pareja.

Me coloqué los auriculares y me concentré en la música para espantar aquellos estúpidos pensamientos. Dentro de poco estaría tocando el bajo de nuevo, junto a Martina y los chicos. Eso era lo que más deseaba hacer en aquel momento.

CAPÍTULO 65

La gira

Tras el regreso a mi casa, apenas tuve tiempo para hacerme a la idea de que todo había vuelto a la normalidad. La mayor parte del día la pasaba ensayando, ya que debía esforzarme al máximo para ponerme al día con mis compañeros y aprender los nuevos temas. Mi padre no paraba de repetir una y otra vez que estaba perdiendo el tiempo, que la música no iba a proporcionarme ningún tipo de futuro y que cada minuto que pasaba en el garaje de Martina suponía sesenta valiosísimos segundos que estaba desperdiciando, en lugar de invertirlos en buscar un nuevo trabajo. Mi madre, por un lado, estaba contenta por volver a tenerme bajo su techo y poder controlar mi nutrición, pero por otro estaba volviendo a agobiarse al ver que de nuevo no tenía ningún proyecto «serio» en mi futuro. Sin embargo, intentaba que aquello no me afectara. Por fin estaba haciendo lo que deseaba y tenía que aprovecharlo; no iba a dejar que nadie me amargara el momento.

En cuanto me sentí preparada, nos pusimos manos a la obra. Los dos meses y medio que quedaban hasta que llegase el verano, y con él nuestra flamante gira, los dedicamos a grabar las cuatro canciones del EP, a rodar el videoclip y a ensayar los temas que compondrían el repertorio de nuestras actuaciones. Teníamos que preparar cinco versiones además de nuestras propias canciones y queríamos que todo fuera perfecto.

La experiencia durante los tres meses de la gira fue maravillosamente agotadora. Recorrimos un montón de ciudades y pueblos montados en una pequeña furgoneta que Xavi y Martina conducían por turnos. Antes de comenzar cada actuación, los cuatro hacíamos una piña y nos recordábamos que lo más importante era pasarlo bien. Pero la sensación al saltar al escenario... eso es imposible de describir... Me sentía gigantesca y llena de energía. Aunque el público en la mayoría de los casos estaba esperando a que llegara el turno del grupo al que teloneábamos, nosotros dimos lo mejor que

teníamos dentro en cada ocasión y conseguimos que, por lo menos con las versiones, algunos asistentes se animaran a cantar con nosotros.

La sorpresa más grande me la llevé cuando en el listado de lugares apareció un nombre que conocía a la perfección. Era una de nuestras últimas paradas, a finales del mes de septiembre, y cuando la furgoneta enfiló la cuesta que desembocaba en la rotonda, algo se me removió entre el estómago y los pulmones. Abrí la boca de par en par cuando comprobé cómo había cambiado todo en apenas seis meses: las lonas verdes que cubrían algunas casas habían sido sustituidas por cortinas de colores colgadas en las puertas, y el edificio junto al colegio lucía resplandeciente, con las ventanas y la puerta pintadas de granate. Pero lo que más me sorprendió fue ver a niños pequeños corriendo por la calle o paseando de la mano de sus padres.

En la plaza Mayor habían habilitado un pequeño escenario y enseguida vi el llamativo atuendo de Dolores, esperándonos para acompañarnos al lugar que usaríamos para dejar nuestras cosas y cambiarnos de ropa. Ella tampoco tardó en localizar mi pelo rojo y empezó a gritar mi nombre y a hacer aspavientos. En cuanto me tuvo lo suficientemente cerca, me abrazó y me repitió cuánto se alegraba de volver a verme. Yo sonreí y le dije que también me alegraba, pero ya no le presté atención, sino que empecé a observar a mi alrededor, registrando con la mirada cada rincón de aquella pequeña plaza. De pronto noté una mano que se posaba en mi espalda y me volví, con una sonrisa enorme dibujada en la cara, para encontrarme con los ojos de Martina clavados en mí.

—Anda, vamos... —me dijo con un tono que me recordó al que utilizaba mi madre cuando era pequeña y quería despegarme del escaparate de la tienda de instrumentos musicales que había en nuestra calle.

Recogí mis cosas del suelo y la seguí. Hicimos una corta prueba de sonido y nos metimos al cuarto que Dolores nos había prestado para prepararnos.

—Estoy segura de que vendrá —me dijo Martina, mientras le sujetaba un espejo frente a la cara para que pudiera pintarse los ojos.

—No lo sé —respondí yo, bastante desesperanzada—. Ha pasado mucho tiempo. No he vuelto a saber de él... A lo mejor ya ni vive aquí.

—¡Vamos, chicas! —gritó Edy, asomándose a la puerta—. ¡Nos toca!

Una vez en la plaza, justo antes de subir la escalera del escenario, los cuatro llevamos a cabo nuestro ritual. Notaba que el corazón me latía mucho más deprisa que en otras ocasiones. Me sequé el sudor de las manos en el pantalón y subí la escalera corriendo para colocarme en mi sitio. El escenario estaba a oscuras y muchas personas esperaban de pie en la plaza. Intenté distinguir sus caras, pero justo entonces Martina golpeó sus baquetas tres veces, la música comenzó y los focos del escenario se encendieron; mi misión de identificación se convirtió en algo imposible. A pesar de los nervios iniciales, enseguida conseguí concentrarme y pasarlo bien. Y creo que el público quedó bastante contento.

Al finalizar las actuaciones, en la pausa que quedaba hasta que saliera el grupo fuerte, Xavi acostumbraba a pasearse entre el público con un montón de EP. Y aquel día, mientras los demás nos recuperábamos, entró en la habitación todo excitado y gritando: «¡Hemos vendido uno! ¡Hemos vendido uno!». Se le veía verdaderamente orgulloso, hinchado como un pavo. Los otros tres nos acercamos a él y contemplamos el billete de 5 € que tenía en la mano como si fuera el tesoro máspreciado que alguien pudiera nunca poseer.

—Y además me ha pedido que se lo firmemos. Está ahí fuera esperando —añadió, cada vez más nervioso—. ¡Chicos, tenemos un fan!

—¡Anda ya! —gritó Edy, muerto de risa.

Pero Martina no tardó ni dos segundos en atar cabos y enseguida sus ojos, algo achicados por la pícara sonrisa que esbozaba, buscaron los míos. Yo negué con la cabeza, pero surtió el mismo efecto que si hubiera estado tratando de comunicarme con una pared.

—Danos cinco minutos para arreglarnos un poco y le dices que pase — le pidió a Xavi.

Él asintió con la cabeza y salió de allí seguido de Edy.

CAPÍTULO 66

El reencuentro

Martina y yo seguíamos discutiendo sobre qué debía hacer y decir cuando los chicos volvieron a entrar. Me di la vuelta y contemplé a Lucas cruzar el umbral de la puerta con nuestro disco en la mano. Mi cerebro creó el efecto cinematográfico de la cámara lenta para que mis ojos tuvieran tiempo de recorrer cada centímetro de su cuerpo. Estaba tan guapo como siempre; llevaba el pelo un poco más corto y su piel estaba más morena que la última vez que lo vi. Mi corazón empezó a latir a toda velocidad y mis rodillas se pusieron a temblar como si pertenecieran a una adolescente. Lucas sonreía y escuchaba educadamente la chachara de Xavi. Martina me dio un suave apretón en una mano y se acercó a ellos, tomó a Edy de una mano y a Xavi de la otra y los arrastró hacia el exterior sin darles tiempo siquiera a protestar.

—Enhorabuena por la actuación —me dijo Lucas, acercándose un poco más a mí—. Ha sido todo un éxito.

—Gracias —murmuré, sin poder retirar los ojos de los suyos.

En aquel momento me di cuenta de todo lo que lo había echado de menos y por dentro me estaba matando el deseo de lanzarme a sus brazos. Pero no lo hice y un silencio incómodo y espeso llenó la habitación. Había pasado mucho tiempo, quizá demasiado, y la confianza que habíamos cultivado con tanto esfuerzo, más por su parte que por la mía, parecía haber desaparecido por completo.

—Bueno... —dije para romper el hielo— ¿qué tal te va todo?

—Todo sigue igual, Leire —me respondió y aquella afirmación creó un completo caos en mi interior. ¿Qué quería decirme con eso? ¿Era una simple respuesta de cortesía o por el contrario escondía algo más?

—Ya... —Fue lo único que se me ocurrió decir.

A continuación me interesé por su padre y, por lo que me contó Lucas, ya se encontraba bastante mejor y seguía trabajando tan duro como siempre.

En ese momento la cabeza de Martina se asomó por la puerta para avisarme de que nuestro manager, si es que se le podía llamar así al hombre que nos acompañaba durante la gira para comprobar que cumplíamos con lo estipulado en el contrato que habíamos firmado tras ganar el concurso, había dicho que teníamos que recoger las cosas. En media hora nos quería a todos subidos en la furgoneta.

—¿Me firmas el disco? —me pidió Lucas, sin haber borrado la sonrisa de su cara en ningún momento—. Quiero tenerlo para cuando seas famosa...

Yo lo tomé, saqué un rotulador del estuche que teníamos sobre la mesa y le escribí una dedicatoria estándar, acompañada de mi firma y una carita sonriente.

—Gracias por haber venido —le dije, devolviéndole el disco.

—Gracias a ti —respondió, justo antes de darme un largo beso en la frente.

Cuando lo vi caminar hacia la puerta, noté que mis entrañas se anudaban fuerte y dolorosamente. Me sentí incapaz de moverme, como si mis pies estuvieran clavados al suelo. Los ojos me ardían y mis propias uñas me perforaban las palmas de las manos. Por lo menos, esa vez, no había habido despedida...

Cuando Martina regresó para recoger sus cosas, entró dando saltitos y chillando «¡Qué guapo! ¡Qué guapo!», pero en cuanto me vio allí plantada, su cara se tornó en una expresión seria, se acercó hasta mí despacio y me dio un cariñoso apretón en el brazo.

No hacía falta que me preguntase nada ni que yo le diera ningún tipo de explicación. Ya lo había entendido todo.

CAPÍTULO 67

Colorín colorado

Me resultó imposible disfrutar las últimas cinco actuaciones de la gira. Mi cabeza estaba en otro sitio, dando vueltas al frío encuentro con Lucas, a sus palabras... Y me arrepentía de no haberle dicho nada más, de no haberle preguntado qué significaba eso de «todo sigue igual».

Cuando todo terminó, los cuatro nos tomamos un mes para recuperarnos de la «resaca posconciertos». Había sido una de las mejores experiencias que habíamos vivido, por no decir la mejor, pero había acabado y, siendo realistas, todos sabíamos que nunca más se repetiría.

A principios de noviembre, tras una larga conversación con su padre y muchas lágrimas, Martina se marchó para trabajar en una emisora de radio inglesa. Durante la gira había recibido, a través de una red social laboral, una oferta de técnico de sonido, pero no le había dicho nada a nadie. Le aterraba dejar solo a su padre. Sin embargo, él había conseguido convencerla. Le repitió una y otra vez que era su turno de vivir la vida y que no podía desaprovechar una oportunidad así. Le aseguró que él estaría bien, que no tenía de qué preocuparse. Martina, hecha un mar de lágrimas, al final accedió, no sin antes prometerle que en cuanto tuviera un contrato fijo podría irse a vivir con ella si él quería.

Tras haberse tomado el verano libre, Edy retomó su labor como profesor de guitarra en una pequeña escuela de música, y Xavi empezó a trabajar como mozo de almacén.

¿Y yo? Por una vez dejé de escuchar el ruido que me rodeaba. Las voces de unos y otros aconsejándome lo que debía hacer se volvieron silenciosas y lo único que oía eran los latidos de mi corazón. Dejé durante un instante de preocuparme por lo que pasaría en el futuro para centrarme en lo que estaba sucediendo en el presente. No las tenía todas conmigo, había pasado mucho tiempo y las cosas habían cambiado mucho. Pero tenía que intentarlo. Lo

necesitaba.

Si salía mal, volvería por donde había ido y aceptaría la propuesta de mi padre de estudiar un módulo que me permitiera trabajar de secretaria, un puesto que, según él, siempre tenía demanda.

Con este convencimiento, me subí en el tren. Después hice el transbordo al autobús y recorrí a pie la empinada carretera que llevaba hasta la rotonda. En otras circunstancias no habría sido capaz de dar ni dos pasos. Acostumbrada a las ventajas de disponer de un abono transporte no era yo mucho de caminar largas distancias, pero en esa ocasión anduve los dos kilómetros sin permitirme vacilar en ningún momento; lo consideraba una parte más de aquella prueba.

Cuando vislumbré la primera casa de piedra, mis rodillas comenzaron a temblar. Me tomé un momento para tranquilizarme y recuperar un poco el aliento. Tenía miedo de tropezarme con uno de los desniveles del suelo y terminar con los dientes clavados en una piedra.

Recorrí las calles del pueblo, observando atentamente todo lo que me rodeaba. La esencia era la misma, seguía siendo Villagamitos de Tuétano, pero parecía mucho más alegre a como yo lo recordaba. Las cortinas estampadas que cubrían las puertas llenaban de color las calles y las risas de los niños ponían la banda sonora a mi camino. La verdad es que no sabía si de verdad había cambiado tanto o si solo era que, en esa ocasión, lo estaba mirando de una forma completamente diferente.

Cuando llegué a la casa de Federica, una extraña sensación me invadió el pecho. Esperaba encontrarla cerrada, pero, por el contrario, la puerta estaba abierta de par en par y en el interior se escuchaban ruidos. Dudé durante un momento. ¿Debía entrar? ¿Y si Lucas había vendido la casa y dentro me encontraba a un extraño? O lo que era peor... ¿y si dentro me encontraba a Lucas con una extraña? Golpeé con los nudillos el marco de la puerta, pero nadie acudió a recibirme, así que asomé la cabeza y me llevé una sorpresa mayúscula. Aunque el interior seguía conservando los detalles de la casa antigua que era, alguien había cambiado gran parte de la decoración, haciendo que esta fuera un poco más moderna. Entré despacio y recorrí todo el salón con la mirada. Estaba precioso. De pronto escuché unos pasos en la escalera y me volví, con el corazón aporreándose el pecho.

Y lo vi... Tenía el pelo húmedo, supuse que a causa del sudor. Llevaba puesta una camiseta blanca sin mangas y unos pantalones de chándal viejos. Estaba manchado de pintura, pero me pareció que estaba más guapo que nunca.

Él dibujó una sonrisa, pero no pareció que mi presencia allí le extrañara.

Quise pedirle perdón por haberme ido, quise preguntarle si todavía mantenía su deseo de tenerme allí con él, quise disculparme por no haber sido más cariñosa cuando tuve la oportunidad, pero no lo hice... porque no tuve tiempo. Lucas se acercó hasta mí y me rodeó con los brazos. Y no me importó que estuviera sudado ni sucio, porque eran esos brazos los que quería en mi futuro.

—Sabía que ibas a volver —fue lo único que dijo antes de besarme.

EPÍLOGO

Así están las cosas

Tras el reencuentro con Lucas, todo lo demás vino rodado. En cuanto estuve instalada, Lucas me acompañó a ver a Dolores y esta me ofreció un puesto de trabajo en el Centro Cultural y Lúdico que habían inaugurado recientemente. Ahora me ocupo un poco de todo: por las mañanas ordeno los libros de la biblioteca y preparo la agenda de actividades del mes siguiente, y por las tardes doy clases de música, unos días a niños y otros a personas mayores.

Para mi sorpresa, resultó que las medidas que proponía el alcalde sí habían llegado a buen puerto: ya se habían instalado en el pueblo veinte nuevas familias.

Mi padre, en un primer momento, me miró con una cara muy rara cuando le dije que había decidido irme a vivir a Villagamitos de Tuétano. Sé que le pareció una locura, que por su cabeza no dejaba de pasar la idea de que su hija sería toda la vida «simplemente» la compañera de un agricultor, alguien sin ningún tipo de futuro para valerse por sí misma. Sin embargo, cuando me acompañaron para ayudarme con la mudanza, conoció al alcalde y quedó impresionado por todo lo que el hombre estaba haciendo por el pueblo. Ahora, cada vez que vienen a visitarnos, pasa largos ratos tomando café con él mientras charlan largo y tendido de todo tipo de cosas organizativas, de esas que tanto adora mi padre.

La reacción de mi madre fue la contraria. Rompió a llorar como una chiquilla, dijo que me echaría de menos, pero que, si eso era lo que me hacía feliz, ella me apoyaría hasta el final. Aunque no siempre lo demuestre del modo correcto y a veces sea demasiado agobiante, ella lo único que ha querido siempre ha sido la felicidad de su hija.

Lucas nunca me ha echado en cara que me fuera cuando me pidió que me quedase con él la primera vez. Siempre me ha sorprendido la entereza con

la que asumió mi partida y la naturalidad con la que me recibió cuando decidí regresar. Algunas veces le doy vueltas a sus palabras: «Sabía que ibas a volver». ¿Y si de verdad SABÍA que iba a volver? Entonces me da por pensar en la cajita de Marciano. ¿Funcionaría de verdad? ¿Habría sido capaz Lucas de utilizarla a pesar de las advertencias del anciano? Él me había asegurado cuando se la entregó a los matones que no funcionaba, pero ¿y si me lo dijo solo para que no me sintiera culpable por la pérdida? A pesar de todo, nunca en todo este tiempo se me ha pasado por la cabeza preguntarle a Lucas sobre ello. Supongo que nunca en mi vida sabré si toda esa historia del joyero que predecía el futuro era real o fue solo una invención de Marciano, una fábula que se inventó el hombre, gracias a su afición por los cuentos y las leyendas, para hacer su vida un poquito más fantástica.

Parece mentira que ya hayan pasado casi cinco años desde que decidí regresar a Villagamitos de Tuétano. Ahora echo la vista atrás y me parece increíble todo lo que pasó. Recuerdo cuánto odiaba este pueblo al principio y el deseo que me invadía de salir huyendo cuanto antes. Y aquí estoy ahora, sentada en el sofá del salón de la casa que Federica nos regaló antes de morir. Lucas está a mi lado, tomándome la mano. La tele está encendida y en la pantalla aparece una vez más un vídeo que grabamos unos días después del asalto a la casa, mientras intentábamos animar a Federica. En él sale Lucas tocando la guitarra y cantando, yo tocando el bajo y la anciana aporreando una cacerola con una cuchara de madera. No puedo evitar sonreír al vernos, aparentemente, tan felices. Echo un vistazo rápido al silloncito de flores que todavía preside nuestro salón. En el suelo, sobre la alfombra, está sentado Tomás, tocando un pequeño tambor de plástico que Anselmo le ha regalado por su segundo cumpleaños.

No sabemos cuánto durará la prosperidad y la estabilidad en Villagamitos. Somos conscientes de que el lugar en el que vivimos constituye un oasis en medio de un país que hoy todavía no ha sido capaz de superar la crisis económica. Nadie puede asegurarnos dónde estaremos el mes que viene, pero mientras tengamos la oportunidad de seguir viviendo como hasta ahora, continuaremos aprovechándola al máximo. El destino es caprichoso y nunca se sabe hacia dónde te va a conducir. Lo importante es ser capaz de coger el tren en el momento en el que pasa por nuestra estación y probar, a

ver a dónde nos lleva. Si no, siempre queda la posibilidad de volver a tomarlo en la dirección opuesta. Las oportunidades no regresan, y si he aprendido algo de todo esto ha sido que perderlas por miedo a fracasar es un error imperdonable. El peso de la coraza que había construido a mi alrededor durante mi adolescencia me impedía tomar los trenes a tiempo, pero gracias a las personas que tuve al lado cuando todo esto empezó, el hierro fue derritiéndose poco a poco, hasta que volví a tener libertad para moverme y encaramarme al vagón en cuanto este pasaba por mi estación.

El vídeo casero está a punto de terminar, observo con admiración a la anciana que aparece en la pantalla golpeando la cacerola y en silencio le doy las gracias por el regalo tan grande que me hizo durante los meses en los que nuestros caminos se cruzaron en este complicado viaje que es la vida.

AGRADECIMIENTOS

Ha pasado tanto tiempo desde que escribí esta novela por primera vez que ahora tengo pánico de no acordarme de todas las personas que me han ayudado a sacarla adelante. Pero voy a intentarlo:

Primero, quiero agradecer a Ediciones Kiwi y en especial a Teresa, mi editora, por haberme dado esta oportunidad para contar la historia de Federica. Gracias por haber visto en ella lo mismo que veo yo.

También gracias a Elena Martínez Blanco por sus consejos para mejorarla.

A Pablo. Si hubiera tenido una caja que contara el futuro, sé que habría salido tu nombre.

A mis padres, mi hermana, mis primas, mis tíos, Carlos y Toñi. Y a la familia de Salamanca.

A Edu y Javi, por todas las veces que han tenido que aguantarme hablando sobre «la novela maldita». No podría haber pedido unos amigos mejores que vosotros.

A Javi Dut y a mis amigas (y a sus maridos/novios e hija), que al final son los que nunca se van.

A María Cabal, mi querida *miss* Cultura, porque siempre que aparece me pasa algo bueno y porque es una amiga maravillosa.

A María Villalón. Ya te echo de menos. Si no hubiera ido a ese concierto tuyo encima de un camión hace tantos años, a lo mejor nunca se me habría ocurrido crear Villagamitos de Tuétano.

A Laura y Tamara, que quisieron conocer a Federica al principio de los tiempos y han seguido confiando en ella (y en mí) hasta el final.

A todos los blogueros y escritores que siguen enseñándome cosas cada día. En especial a Paula Gallego, por ser tan adorable y convertirse sin querer en un apoyo enorme en los momentos de angustia previos a la publicación. Y a Fransy, por su apoyo incondicional durante todo el año pasado y por el amor que muestra hacia la literatura (el epílogo es para ti :P).

Y, por supuesto, a todos los lectores (y a ti en especial; sí, a ti) porque sin vosotros me temo que esta novela habría seguido guardada en un cajón

durante mucho tiempo más. Espero que la hayas disfrutado.
¡Gracias!